CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

631

enero 2003

DOSSIER:
Homenaje a Manuel Alvar

Rafael Narbona
Michel Tournier, un bosque de alegorías

Pablo Rocca
Marinetti en Montevideo

Entrevista con Alberto Ruy Sánchez

Notas sobre Ortega y Gasset, Jacinto Verdaguer, el arte guatemalteco y Mario Vargas Llosa

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

DIRECTOR: BLAS MATAMORO
REDACTOR JEFE: JUAN MALPARTIDA
SECRETARIA DE REDACCIÓN: MARÍA ANTONIA JIMÉNEZ
ADMINISTRADOR: MAXIMILIANO JURADO

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Cuadernos Hispanoamericanos: Avda. Reyes Católicos, 4
28040 Madrid. Teléfs: 91 5838399 - 91 5838400 / 01
Fax: 91 5838310 / 11 / 13
e-mail: Cuadernos.Hispanoamericanos@aeci.es

Imprime: Gráficas VARONA
Polígono «El Montalvo», parcela 49 - 37008 Salamanca

Depósito Legal: M. 3875/1958 - ISSN: 1131-6438 - NIPO: 028-02-003-1

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI
(Hispanic American Periodical Index), en la MLA Bibliography
y en Internet: www.aeci.es

** No se mantiene correspondencia sobre trabajos no solicitados*

631 ÍNDICE

DOSSIER
Homenaje a Manuel Alvar

PUNTOS DE VISTA

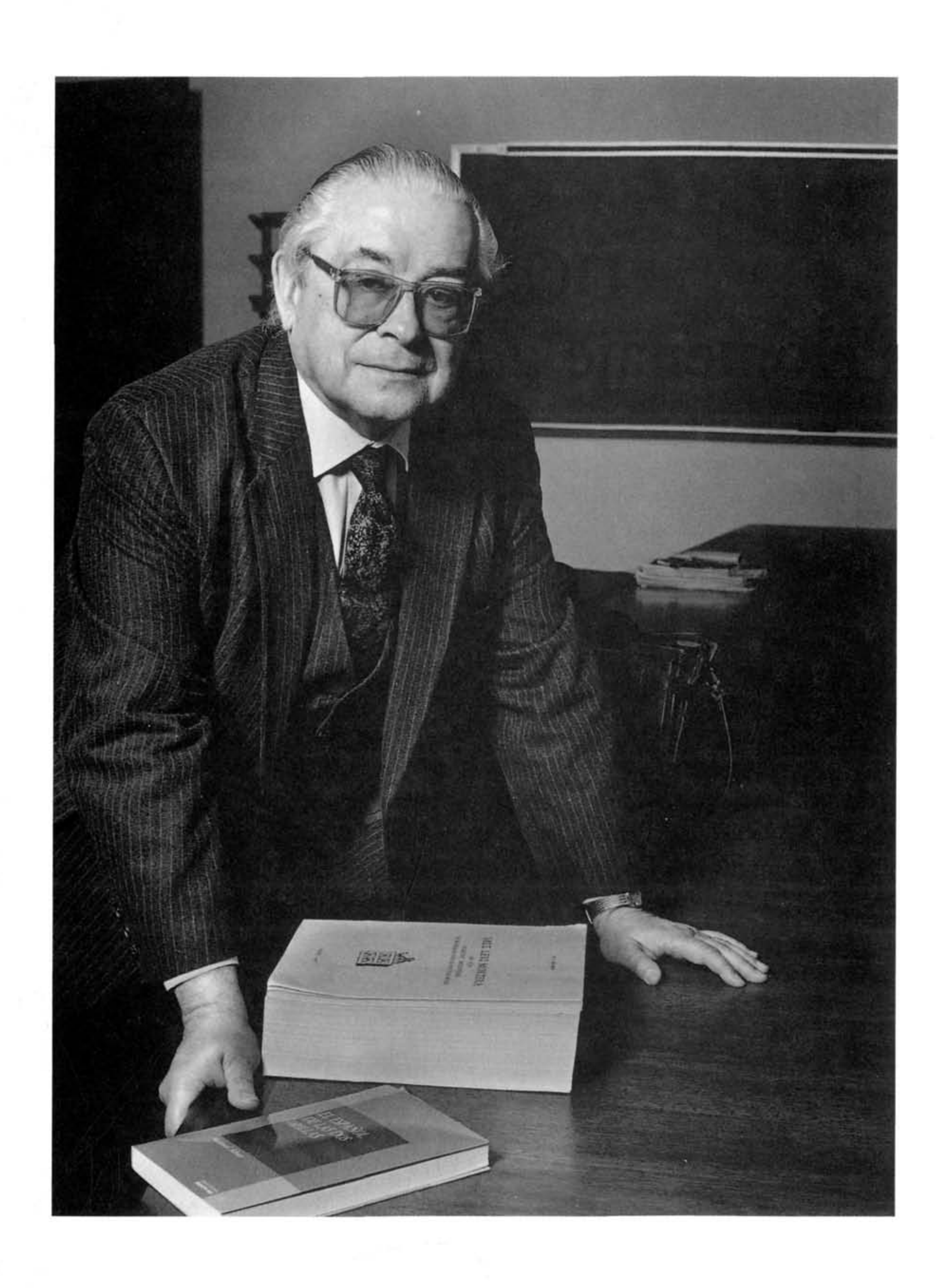
CALLEJERO

BIBLIOTECA

Las ilustraciones son gentileza de doña Elena Ezquerra de Alvar y la Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior.

DOSSIER
Homenaje a Manuel Alvar

Coordinadora:
ELENA ZAMORA



Manuel Alvar

Presentación

*Rafael Rodríguez-Ponga**

Al cumplirse un año del fallecimiento de Don Manuel Alvar, la Agencia Española de Cooperación Internacional quiere rendirle homenaje a través de *Cuadernos Hispanoamericanos*, a quien fue Director de la Real Academia Española, académico de la Historia, catedrático de varias Universidades, doctor *honoris causa* por otras muchas, autor de manuales y poemas, de atlas y estudios.

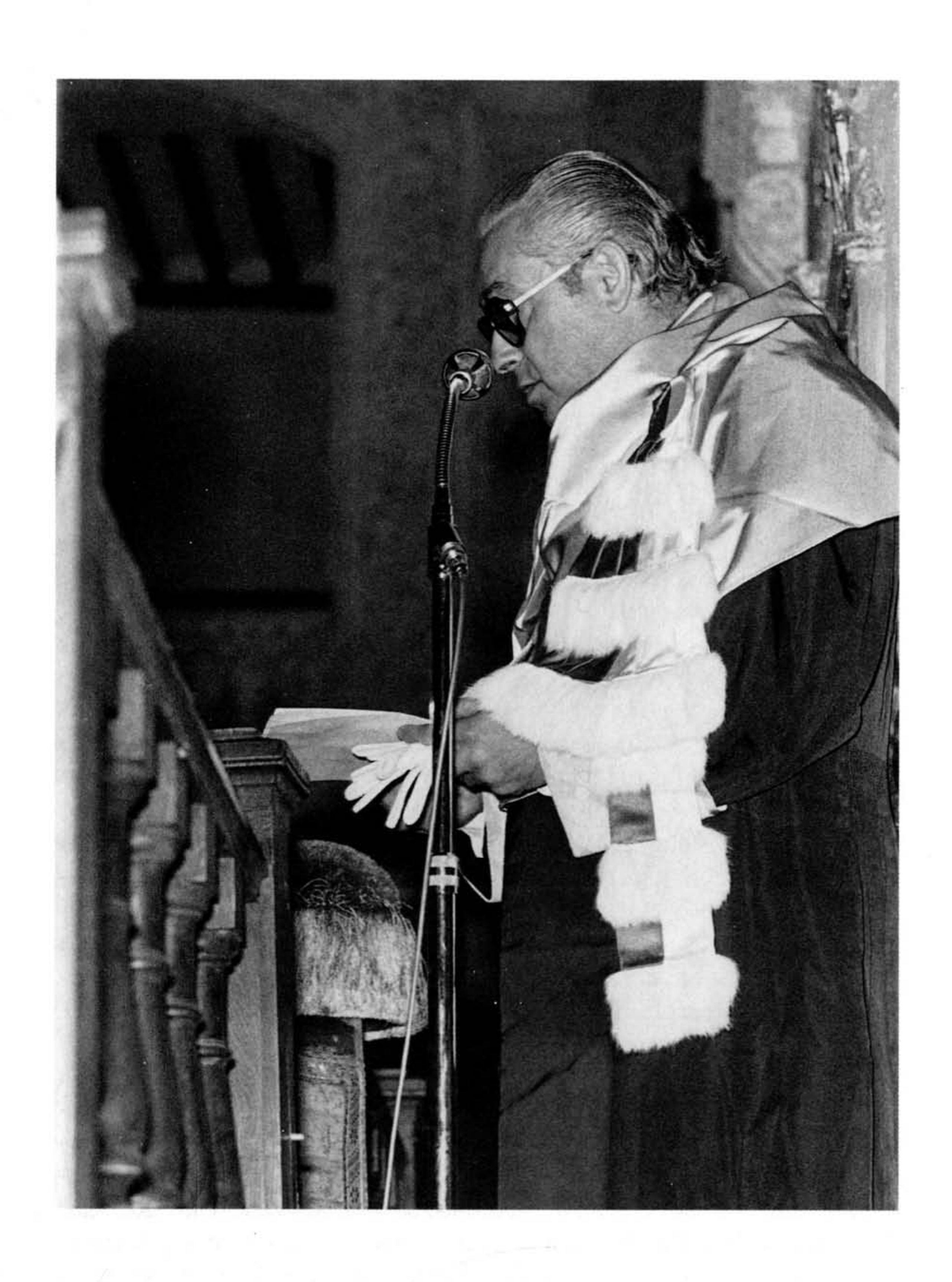
Durante muchos años, Don Manuel colaboró activamente tanto con el entonces Instituto de Cultura Hispánica, como después con el Instituto de Cooperación Iberoamericana, que en 1988 formó la Agencia Española de Cooperación Internacional. Durante décadas, hasta su muerte, la A.E.C.I. encontró en él a un pensador de visión universal, excelente conocedor de la realidad iberoamericana y viajero incansable por el mundo entero, que supo aportar su talento al servicio de la cooperación internacional, incluidas cuestiones de tanta importancia como la alfabetización, el bilingüismo y la integración de los indígenas o las políticas lingüísticas y educativas.

Profundamente creyente y leal, Don Manuel fue un humanista integral, que partía de la filología y la lingüística para, desde ahí, adentrarse en los caminos de la reflexión sobre la sociedad, la historia, el arte. Y supo, además, crear escuela.

Los que fuimos sus alumnos recordamos la gravedad de sus palabras, la autoridad que imponía, el rigor de sus planteamientos, el profundo conocimiento de lo que explicaba, su satisfacción al sentirse con sus discípulos.

Este número de *Cuadernos Hispanoamericanos* reúne, en su honor, en su memoria, artículos de quienes fuimos estudiantes en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, en la que obtuvimos la Licenciatura en Filología Hispánica hace veinte años. Alvar no sólo fue nuestro profesor de Dialectología, de Sociolingüística y de Geografía Lingüística; además, a varios de nosotros nos dirigió la memoria de licenciatura o la tesis doctoral o ambas. Representamos, pues, a una promoción de sus alumnos que, veinte años después, desde países distintos, desde profesiones cotidianas distintas, quiere recordarle como el maestro que nos impulsó nuestra pasión por el estudio de esa relidad tan profundamente humana que es la lengua.

* *Secretario General de la AECI.*



Manuel Alvar, académico de Historia

Manuel Alvar: escritos periodísticos

*Luis Guerra Salas**

Los artículos periodísticos de Manuel Alvar constituyen un apartado nada desdeñable del conjunto de su ingente producción escrita. Durante años, don Manuel colaboró asiduamente con Prensa Española, editora del diario *Abc* y del semanario *Blanco y Negro*. Las páginas que siguen pretenden glosar esta labor de articulista tomando como base una selección de los textos publicados en la década de los noventa. Más concretamente, hemos utilizado para nuestro análisis los artículos publicados por Manuel Alvar en el diario *Abc* entre el 1 de enero de 1991 y el 31 de diciembre de 1995. Como veremos, por las fechas en que están escritas (que coinciden, por ejemplo, con la celebración de las olimpiadas de Barcelona, o con la conmemoración de efemérides tan señaladas como el quinto centenario de la publicación en Salamanca de la *Gramática* de Nebrija, o el centenario del nacimiento de Jorge Guillén), estas colaboraciones nos proporcionan una muestra extraordinariamente rica y suficientemente representativa de los rasgos formales y de los contenidos que caracterizan la producción periodística de Manuel Alvar.

Las «terceras» de *Abc*

Los artículos de Manuel Alvar publicados en el *Abc* aparecen invariablemente en la tercera página del diario. En ella, y durante el período estudiado, la firma de Alvar y la de otros notables intelectuales (como Jesús Aguirre, Francisco Ayala, Camilo José Cela, Fernando Fernán Gómez, Fernando Lázaro Carreter, Julián Marías, José García Nieto, Francisco Nieva, Francisco Rodríguez Adrados, Gregorio Salvador, etc.) alterna periódicamente con la de políticos de relieve (como José María Aznar, Shlomo Ben-Ami, Bill Clinton, Manuel Fraga, Fernando Morán, Enrique Múgica, Gregorio Peces-Barba, etc.).

Encuadrada en el género periodístico del artículo (dedicado al comentario y la opinión), la tercera de *Abc* es un ejemplo perfecto de lo que pode-

* *Universidad Europea de Madrid.*

mos llamar columna de prestigio: el periódico cede un espacio privilegiado a una figura relevante (en lo político, social o cultural), para que ésta escriba de lo que quiera, con la única condición de que firme su trabajo y de que éste se ajuste al límite asignado.

Las terceras de *Abc* son una buena muestra de algunos de los subgéneros clásicos del artículo. Encontramos en ellas (siguiendo la clasificación de Martínez Albertos): el comentario o columna (de opinión y de análisis); el ensayo de divulgación doctrinal (exposición breve de cuestiones ideológicas: filosóficas, políticas, artísticas, literarias...); la semblanza sobre personas o lugares; y la columna personal (relato periodístico de alto valor creativo, a medio camino entre la opinión y la estricta creación literaria).

A diferencia de la crónica, el artículo no tiene que estar necesariamente ligado a una noticia. Se puede escribir un artículo sobre las olimpiadas de Barcelona (cuando tal competición deportiva sucede y es noticia), o sobre la cultura y el deporte, sin necesidad de apoyarse en un acontecimiento deportivo concreto. Como veremos, esta autonomía del artículo con respecto a la noticia inmediata, que no está reñida con la conveniencia de tratar un tema actual, caracteriza muchos de los textos de Manuel Alvar.

Contextualizados así los artículos periodísticos de Manuel Alvar, detengámonos en sus aspectos formales y de contenido.

Los temas

En la mayoría de los casos, los artículos de Alvar son las columnas de un filólogo y, en ese sentido, están en íntima conexión con sus textos científicos y académicos: el experimentado dialectólogo («Pocho o pachuelo», 26/07/94); el agudo observador de la realidad lingüística («Lengua y medios de comunicación», 08/04/91; «Las puertas del plurilingüismo», 28/05/91; «Pretendido bilingüismo», 05/01/94; «Triste bilingüismo», 13/11/95); el historiador de la lengua («La lengua hablada por San Ignacio», 19/11/91; «Hoy hace quinientos años», 18/08/92; «Japonerías», 14/09/93); el etnolingüista («Herencia sefardí», 02/11/91; «Lengua, literatura y utopía», 14/07/93; «Coincidencias sorprendentes», 10/10/94); y el profundo conocedor de nuestra literatura («El primer paisaje de nuestra literatura», 14/03/92; «Un viajero del siglo XV visita Valencia», 30/04/92; «Manuel Machado», 25/08/93; «Sobre el arte de traducir: Jorge Guillén y Paul Valéry», 06/04/94) desfilan ante nuestros ojos y recomponen juntos la figura del erudito que no deja nunca de sorprendernos con su conocimiento profundo de los más variados aspectos de nuestra lengua.

Pero hay más: hay también un Alvar lírico que se detiene en la descripción de lugares (Cáceres en «Ciudad del silencio», 28/01/91; Melilla en «Nupcias concordes», 04/09/91; Tánger en «Recuperar el pasado», 22/01/92; Nápoles en «¿Garcilaso?», 13/03/93); un Alvar humanista, que reflexiona sobre la cultura del libro («Responsabilidad del lector», 22/02/91; «Elogio del librero anticuario», 28/06/92) y sobre la pintura (analizando la obra de Picasso en «Mito, significado y realidad en la obra de Picasso», 04/09/92; y en «Un tropel vibrante de fuerza», 02/03/93; y relacionando pintura y literatura en «Pintores del 98», 06/12/93); un Alvar íntimo que nos revela anécdotas personales a las que dota de transcendencia («Mi amigo el agente comercial», 09/07/91; «La cabeza a grillos», 21/04/93); o un curioso observador del impacto del deporte en la sociedad moderna («¿Qué entendemos por deporte?», 26/07/92; «Cultura y deporte», 31/08/94; «Sobre teoría y deporte», 02/11/94).

Esta relación distaría mucho de estar completa si no tuviéramos en cuenta un tema presente en casi todos los artículos y abordado una y otra vez de mil formas diferentes: América. La América hispana recorrida incansablemente de norte a sur por el dialectólogo aparece al hablar de los cronistas de Indias («La cabeza a grillos», 21/04/93) o de la labor misionera llevada a cabo en aquellas tierras («Esperanza en la salvación», 11/08/93); al evocar un paisaje y una mitología («Grandeza de Teotihuacán», 27/06/91), al describir la Nueva Orleáns contemporánea («La tristeza me llega en Nueva Orleáns», 05/01/92) y al contar las andanzas del encuestador en Nuevo México («En otro confín de nuestra lengua», 21/06/95).

Un último grupo lo constituyen los artículos que muestran sus preocupaciones políticas, que se abordan siempre desde una perspectiva lingüístico-literaria; sobre la constitución de Europa trata «Europa, el plurilingüismo y la unidad cultural» (11/04/95); y sobre España, «Per salvar Espanya» (09/12/91) y «Evocación de Jorge Santayana» (24/01/95). En el primero, a partir de textos de Joan Maragall y Miguel de Unamuno, se reflexiona sobre la esencia de lo español; en el segundo, la remembranza del filósofo y poeta le lleva a escribir sobre la falta de conciencia nacional.

A un lector poco familiarizado con los escritos de Manuel Alvar podría llamarle la atención la cantidad de artículos que tratan del deporte (tres en el período analizado), por considerarlo un tema en principio alejado de las preocupaciones de un filólogo. Sin embargo, la reflexión sobre el deporte desde múltiples puntos de vista es un motivo recurrente en Manuel Alvar, sobre todo en la década de los noventa.

Los artículos publicados en *Abc* recogen esta diversidad de perspectivas: en «¿Qué entendemos por deporte?» (26/07/92), aparecido a raíz de las olimpiadas de Barcelona, pretende precisar la definición del término

«deporte» y, remontándose a los orígenes de la palabra, observa cómo la continuidad del significante a través de los siglos recubre significados diferentes: *sport* es «caza» en inglés medieval, ocupación de nobles y cortesanos que contrasta con la distracción democrática y masificada que el mismo significante evoca en nuestros días. Tras pasar revista a las opiniones vertidas sobre el asunto (Ch. H. Page, Schneider, L. Mumford, Talamin-Page, Sutton y Smith) se inclina por la segunda definición del diccionario académico («ejercicio físico, por lo común al aire libre, practicado libremente o por equipos con el fin de superar una marca establecida o de vencer a un adversario en competición pública, siempre con sujeción a ciertas reglas»[1]), que tiene la ventaja de admitir el doble carácter de «competición» y «cooperación».

«Cultura y deporte» (31/08/94) versa sobre la presencia de la cultura en el desarrollo de los deportes, sobre la dependencia de éstos de cuestiones que tienen que ver con la historia, la literatura o las artes plásticas. Recuerda que el origen de los deportes modernos está en la Inglaterra desarrollada de la revolución industrial, de donde nace esa hegemonía lingüística del inglés en el léxico deportivo que el auge de los Estados Unidos no hizo sino reforzar. De ahí también el desarrollo de una literatura en lengua inglesa inspirada en actividades lúdicas; el *baseball* y el boxeo serán los deportes preferidos de los relatos deportivos norteamericanos: Ring Lardner, Philip Roth o Norman Mailer se cuentan entre sus cultivadores. Hay una literatura periodística que va conformando una épica que acaba alcanzando al cronista del partido de fútbol de cada domingo.

«Sobre teoría y deporte» (02/11/94) es una continuación del trabajo anterior. Alvar ha seguido profundizando en el tema y enumera ahora la presencia de motivos deportivos en las diferentes artes plásticas. Señala luego la penetración de un léxico procedente de la filosofía en la narración y descripción deportivas: «fútbol especulativo» o «ciencia futbolística» son buenos ejemplos de ella.

Estos tres artículos sobre el deporte nos dan idea de la variedad de intereses y preocupaciones de Manuel Alvar. La lengua, siempre la lengua, es el punto de partida (el significado de «deporte», los anglicismos, las metáforas...); pero desde él se adentra en el tema con esa erudición de infatigable lector que le permite conectar diferentes aproximaciones (sociológica, histórica, plástica y literaria) para dar así una idea más exacta del complejo fenómeno cultural que es el deporte.

[1] *M. Alvar toma la definición de la vigésima edición del* DRAE *(1984). El diccionario* Manual *(1989) y la vigésima primera edición (1992), que se publicó meses después de aparecer este artículo, cambian la redacción de las acepciones.*

Rasgos formales

A esta variedad de temas le corresponde una amplia gama de registros: el académico del ensayo breve; el literario de las colaboraciones más íntimas y personales; el descriptivo de las evocaciones geográficas... Detrás de esta riqueza de temas y tonos, podemos encontrar una serie de rasgos comunes a todas las piezas; ejemplificaremos estos rasgos con ejemplos de «Ciudad del silencio» (28/01/91):

- Estructura libre (frente a la progresión lógica, asociaciones y digresiones que originan cambios en el avance del discurso e introducen nuevos temas): así, en el artículo citado, podría describirse la siguiente progresión: silencio > Cáceres > nominalismo > Castra Cecilia > Cáceres > silencio > cuarenta torres albarranas > sobrevolar la ciudad > cigüeñas > Cáceres, etc.
- Referencias a obras e ideas anteriores (que tienen la función de conectar el texto con una tradición legitimada por el paso del tiempo): «En una página de Butler consta algo bien sabido: el silencio es la virtud que nos hace agradables a los demás o, si se prefiere con el enunciado de Chaucer, la charlatanería es abominable a los ojos de Dios».
- Estructura deductiva (de lo general a lo particular): «El silencio parece una eternidad, y las eternidades –aun las que el hombre crea– duran tiempos que se muestran inacabables. Pisar las calles de Cáceres es como si nos encontráramos con un silencio de siglos, arraigado y perenne, metafísico y deshumanado».
- Brevedad (definida por la extensión de la página del diario).
- Carácter subjetivo (el texto proyecta la personalidad del escritor, el cual permite al lector observar cómo se enfrenta a cuestiones concretas): «Es la ciudad del tráfago y de los menestrales, la ciudad que deja en el palacio de los Golfines de Abajo una leyenda (Fer de fer) que yo veo clara, como trasunto de lo que es el vivir. Leámosla así: fer defer. Hacer y deshacer, que no otra cosa es el hombre cuando teje y desteje su azacaneado vivir».

En la mayoría de los casos, la prosa de Alvar deslumbra por su riqueza léxica: hay mucho conocimiento lingüístico en el escritor que emplea con naturalidad arabismos hoy infrecuentes (*albarranas, azacaneado, alquiceles, albogón*); derivados inusuales cargados de expresividad (*deshumanado, endolorida, lugarón*); originales compuestos (*falsiverdadera, morivivi*); o términos propios del campo y de la mar (*besana, pegujal, bojar,*

serrijones...). Junto a los tecnicismos del lingüista («s» implosiva, «e» paragógica) coloquialismos (*pitanza*) y voces dialectales (*zafa*).

De entre las estudiadas, la pieza más literaria, la que revela una mayor preocupación formal, es sin duda «Los ojos del doncel» (05/11/92). A partir de la contemplación de la célebre imagen de don Martín Vázquez de Arce, Alvar engarza magníficas descripciones:

> «Contemplo un fragmento del túmulo, sólo el final de unas guedejas y la comisura de un labio que se insinúa. Contemplo los ojos, la nariz, las demacradas mejillas. La sombra pone oscuridad en las cuencas y los ojos apuntan hacia una diana, invisible desde las niñas hundidas».

con párrafos de alto valor lírico:

> «Ojos que no miran al cielo que espero, sino que se inclinan sobre la obra que Dios inspiró a los hombres: un libro de horas se ha sorprendido en una hoja abierta y las manos la sujetan para que se detenga. Las horas aprehendidas en el recio volumen no hieren, sino que acarician; no dan vida, sino inmortalidad. Muerte sin muerte para contemplar el tiempo, abiertos los ojos para que el sueño no sea imagen de acabamiento».

El final abierto, que en esta pieza se construye mediante una interrogación, aparece en otros artículos, bien con el mismo procedimiento lingüístico («¿Garcilaso?», 13/03/93), bien mediante una frase que introduce un concepto nuevo en el discurso que reorienta el texto precedente, como en «Ciudad del silencio» (28/01/91), donde la última frase del artículo, todo él una hermosa evocación de Cáceres y sus habitantes, presenta súbitamente la aventura americana que aguardaba a aquellas gentes: «Al despertar vieron un vuelo de cóndores».

Por último, frecuente es también que el autor se refiera a sí mismo en tercera persona («El viajero sigue en su deslumbramiento...»; «El dialectólogo no debe ser hombre muy dado a las bromas toponímicas...»; «... nombres que dejan perplejo al lingüista», etc.) aunque, por supuesto, no falte la primera persona, tanto en singular como en plural.

Conclusión

El molde de lo que hemos llamado «columna de prestigio» es el vehículo ideal para que un escritor como Manuel Alvar despliegue todas sus posi-

bilidades de temas y registros. En efecto, la amplia libertad que este género concede a quien lo cultiva, permite tratar toda clase de contenidos (más o menos conexos con un acontecimiento inmediato) y emplear, en cada caso, el tono más adecuado a cada asunto. La gran riqueza formal y de contenido que guarda la prosa de Manuel Alvar brilla así con luz propia en un espacio reservado en exclusiva a las personalidades más relevantes.



Manuel Alvar, doctor *honoris causa*



Manuel Alvar

En torno a *Estudios léxicos*

*Elena Zamora**

En 1984 aparece publicado el primer volumen de *Estudios léxicos* de Manuel Alvar. Ocho años después se edita el segundo volumen[1]. Reúne en ellos una buena parte de los trabajos que dedicó a la «etimología e historia de las palabras». A pesar de la heterogeneidad de los mismos, tienen un hilo conductor, pues «responden a un largo quehacer de catedrático de historia del español que, una y otra vez, ha tenido que ilustrar cuestiones filológicas o dialectales»[2].

El primer volumen recoge artículos publicados entre 1956 y 1984. Y el segundo, desde esa fecha hasta 1992. Es mi propósito estudiar el conjunto de los artículos de esta obra para intentar agruparlos, de modo que podamos ver cómo se reflejan a través de ellos las numerosas inquietudes que alentaron la obra filológica de Manuel Alvar.

En efecto, Alvar fue un filólogo a la antigua usanza. Su formación cubría numerosos campos de saber: desde la literatura medieval, de los Siglos de Oro, moderna y contemporánea, hasta los distintos campos que conforman la lingüística (etimología, fonética, morfología histórica, dialectología, geografía lingüística, toponimia, lexicología y semántica). Estos conocimientos hacen posible que sus artículos léxicos estén enfocados desde numerosos ángulos, lo que hace particularmente rico el resultado final.

Las agrupaciones que recojo a continuación no pretenden ni pueden encasillar, por tanto, los artículos recogidos en este libro en una única dirección. Todos ellos muestran tal riqueza que sería demasiado simplificador reducirlos a un esquema; por el contrario, a menudo participan de muchos rasgos comunes, pero los apartados que propongo a continuación ayudan a alcanzar un objetivo: mostrar cuál era su método de trabajo y cómo a través de sus artículos léxicos queda reflejada la extraordinaria obra del lingüista al que hoy rendimos homenaje. Valga esta aclaración antes de exponer mi trabajo.

* *Instituto de Lexicografía de la Real Academia Española.*

[1] Estudios léxicos, *2 vols., Madison: The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1984-1992.*

[2] Ibid., *I, [I].*

Estudios de léxico medieval

Son conocidas las aportaciones de Alvar al estudio de la literatura medieval. Baste con recordar sus ediciones críticas de la *Vida de Santa María Egipcíaca* (1970 y 1972) y del *Libro de Apolonio* (1976). Cuatro artículos del primer volumen tratan de voces documentadas en Gonzalo de Berceo (*Vida de Santa Oria* y los *Milagros*). Se trata de *calabrina, captenencia, coral* y *tienllas* [II, 57-65; 67-71; 73-78 y 193-197]. Partiendo de estas obras, Alvar recorre otros testimonios medievales, por ejemplo, del *Libro de Alexandre,* del *Libro de Apolonio* y de la obra de Alfonso X el Sabio (*General Estoria*). También aduce testimonios de las biblias de la época, entre otras, la de Ferrara y la *Biblia medieval romanceada judío-cristiana* (siglo XIII).

En los cuatro casos se trata de estudios que se ocupan de voces puramente medievales, sin pervivencia posterior significativa. Estos artículos tienen un trasfondo común: el interés del investigador por desentrañar el sentido de unas palabras en un texto determinado, poniéndolas en relación con el contexto cultural de su tiempo. A propósito de las dificultades a las que se enfrenta el lingüista que trabaja con textos antiguos, Alvar escribe años más tarde:

> Saber *amor, cielo, río, sombra* o *tristeza* acaso no merezca demasiadas consideraciones. Todos los diccionaristas pueden copiar esas palabras y darles contenidos que son triviales. El problema se suscita cuando hay que incorporar la realidad contingente: ¿cómo traducir *almoraduj, calandria, aneclín, argaña, coral* «corporal», *tienllas* o *zarcillo de la vid*? Y aquí surgen dos cuestiones que el lexicógrafo tiene que resolver: de una parte el enfrentamiento con el mundo que lo rodea. El diccionario no es una teoría de abstracciones, sino la integración de la lengua de unos hombres en un repertorio que ha de valer para todos. Si nos atenemos a la primera cuestión, tendremos que exigir al lexicógrafo unas condiciones de lingüista que antes no tenía y esto nos lleva a la enrevesada cuestión de la naturaleza lingüís[ti]ca de un texto metalingüístico. He dado unos ejemplos que pueden valernos: *coral* en un verso de la *Vida de Santa Oria* aparece como «fuyoli a la madre de los ojos *corales*», *hapax legomenon* que significa «corporal» y que no hay que unir a *coral* «del corazón», que también aparece en Berceo; *tienllas,* del propio poeta riojano, se ha interpretado según los gustos de cada editor: «pierna», «cosa blanda», «cuerda, lazo». Nada de esto vale: se trata sencillamente de un derivado de *tempula* «sienes», tal y como se recoge en Alfonso el Sabio y en en el *Libro de Alexandre.* Aduzcamos un tercer ejemplo sin salir de Berceo, *calabrina* se interpretó como

> «choza», «celdita», cuando lo que significa es «cuerpo sin alma», como derivado del latín *cadaverinus,* equivalente de *mortecino, cuerpo muerto, cadauera,* que constan en la *Vulgata.* Estamos con el lexicógrafo-lingüista que debe depurar los viejos textos para que sea válida la interpretación del léxico que recoge[3].

Una cita de la *General Estoria* de Alfonso X relaciona las voces *argolla* y *armella,* ambas con el significado común de «pulsera». A partir de los testimonios alfonsíes, Alvar traza el recorrido de ambas voces ilustrando su historia en español y su pervivencia, también la de sus variantes, en el español de la Península, Canarias y América [II, 55-70]. Este artículo es una buena muestra de la variedad de instrumentos que debe manejar un lingüista para estudiar una voz desde un punto de vista histórico. Alvar aduce testimonios de uso de las voces (desde otras obras de Alfonso X, *Fuero de Cuenca, Biblia de Alba, Amadís,* Mateo Alemán, Lope de Vega, Tirso de Molina..., hasta Azorín o Gabriel Miró), presencia en los repertorios lexicográficos de los siglos XV a XVII (Percival, Rosal, Palet, Oudin...) y testimonios dialectales (atlas lingüísticos y vocabularios). Otro tanto podemos decir del artículo dedicado a la voz *catarata.* El estudio parte también de una cita de la *General Estoria,* añade testimonios de textos antiguos y consultas a repertorios clásicos, para ir desgranando el significado antiguo de la voz,«compuerta, dique», y trazar la historia de la voz en español [II, 11-17].

Otros ejemplos similares de cómo abordaba Alvar el estudio de una voz se hallan en los artículos que tratan de *busto* «vacada», «pastizal» [I, 31-55] y *aljaraz* «campanilla» [I, 9-14]. Los fueros peninsulares son a menudo objeto de su interés[4]; por eso no es de extrañar que para el estudio de *busto,* partiendo una vez más de testimonios alfonsíes, confirmados con otros de la *Biblia medieval romanceada judío-cristiana,* recale en documentaciones procedentes de los fueros castellanos, navarro-aragoneses y occidentales, como apoyo de su argumentación. El estudio que dedica a *aljaraz* sirve asimismo para reconocer similares pasos en su intento de desentrañar los misterios de una voz antigua: los diccionaristas clásicos (Alonso de Palencia, Nebrija, Covarrubias), los primeros lexicógrafos de obras bilingües (Oudin, Vittori, Franciosini, Stevens), los repertorios de español medieval (Boggs, Oelschläger, Cejador, Fontecha, Romera-Nava-

[3] *«Bosquejo de una trayectoria histórica de la lexicografía española», en* Colectánea lexicográfica, *Madrid 2001, 19-20. (Publicado anteriormente en* Voz y Letra, *V, 1994, 15-30).*

[4] *Recordemos, entre otros trabajos, sus ediciones:* Los fueros de Sepúlveda: estudio lingüístico y vocabulario. *Segovia: Diputación Provincial, 1953;* El Fuero de Salamanca, *Madrid: C.S.I.C., 1968 (Colección Filológica, XXIV).*

rro) y las biblias de la época (*Biblia medieval romanceada judío-cristiana*). No hay que olvidar además que en la mayoría de los artículos de la obra que comento, Alvar señala haber consultado los ficheros de la Real Academia Española, institución de la que fue director.

Estudios de léxico dialectal

Otro amplio grupo de artículos tiene como eje principal el estudio de voces dialectales o de pervivencia dialectal. Manuel Alvar fue quizá el máximo representante de la dialectología española, y sin duda el principal introductor y creador de la geografía lingüística en España. Sus estudios de dialectología española y americana y sus atlas lingüísticos, a los que dedicó gran parte de su vida, son la prueba de ello. No es, por tanto, de extrañar que un buen número de artículos léxicos de la obra que estudiamos esté dedicado a desentrañar los misterios de determinadas voces a la luz de estas dos disciplinas.

Al estudiar la voz *tabefe* [I, 179-186], un arabismo de las islas Canarias introducido a través del portugués, y no un guanchismo, como demuestra ampliamente, Alvar habla del lugar de la geografía lingüística como un instrumento indispensable para el estudioso del léxico:

> A través de las vicisitudes de la voz *tabefe,* hemos llegado a comprobar el hispanismo de nuestras Islas, sus relaciones históricas con Portugal, las exigencias de elaborar monografías independientes si queremos entender nuestro quehacer lexicográfico, la insuficiencia de nuestros repertorios, la imprescindible necesidad de utilizar los atlas lingüísticos cuando pretendamos vitalizar el anquilosamiento de nuestros diccionarios, la naturaleza de los préstamos y el valor de la etimología para conocer los significados actuales de las voces. [I, 183]

Pero la geografía lingüística es también un buen socorro para sustentar una teoría. En el artículo dedicado a las voces *alajú(r)* y *alfajor* [II, 71-81], a partir de un testimonio de Mateo Alemán, Alvar comenta:

> No es esta la única vez que Mateo Alemán ha servido para atestiguar el léxico sevillano. [...] De acuerdo con el casi sevillano Nebrija está el sevillano Mateo Alemán y, concorde con ellos, la geografía lingüística de hoy: basta con ojear el *Atlas de Andalucía* (II, mapa 305) para que veamos cómo las numerosas variantes fonéticas de la palabra se extienden por Sevilla y el norte de Cádiz más próximo a Lebrija. Que nos valga este ejemplo para confirmar el andalucismo de *alfajor.* El pasaje de Mateo Alemán que

> comento nos muestra cómo un texto antiguo puede recibir luz de la geografía lingüística actual, y no es el único caso. Se repite entre nosotros algo que se sabe desde hace tiempo: sin una geografía lingüística será difícil hacer historia de la lengua. [II, 77]

Son numerosos los artículos de *Estudios léxicos* en que se demuestra esta última afirmación. Aparte de los arriba mencionados, puedo añadir los siguientes. Los testimonios del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias* (*ALEICan*) y del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía* (*ALEA*) son básicos para explicar el origen castellano, andaluz u occidental de la voz canaria *tabobo* «abubilla» y variantes, y desechar un posible étimo guanche [I, 187-191]. La presencia de *aljaraz* «campanilla» en la isla del Hierro, documentado en el *ALEICan,* sirve a Alvar para trazar una relación entre las hablas dialectales portuguesas y el español de Canarias [I, 9-14]. El adjetivo *zaragocí,* documentado por primera vez en el siglo XVI y siempre aplicado a un tipo de ciruela (salvo un testimonio de carácter humorístico de Lope de Vega), perdura en Santander y Andalucía, según lo atestiguan los atlas respectivos [I, 207-211]. Una encuesta del *ALEA* en un pueblo de Córdoba, Jauja, documenta la voz *añeclí* «artesa donde los cangilones de la azuda vacían su contenido»; este testimonio sirve de punto de partida para un estudio de la evolución fonética, morfológica y semántica de la raíz árabe N-Q-L «transportar», que demuestra la vinculación de sus derivados españoles con la forma andaluza *añeclí(n)* [I, 23-30]. El vocabulario relacionado con las máquinas e ingenios vuelve a ser un tema tratado por Alvar[5] en el estudio dedicado a *aceña* «rueda elevadora de agua movida por la corriente de un río», voz documentada en el *Marcos Obregón*; la geografía lingüística (*ALEA*) sirve de nuevo para aclarar el significado del texto de Espinel [II, 49-54]

Diccionarios y estudios dialectales o de otras lenguas son también el punto de partida para esclarecer la evolución de una voz. La locución aragonesa *dar ferrete* «insistir en una cosa», registrada en el *Diccionario de voces aragonesas* de Borao, pervive en la andaluza *dar el ferrete* «dar la lata», y se relaciona con el catalán *ferrets* «instrumento musical» y los gallegos *ferrenhos, ferreñas* y *ferriños* «sonajas» [I, 79-80]. El *Diccionario histórico de la lengua española* de la Real Academia Española (1933) sirve de base para un estudio de los derivados españoles del latín ACINUS, que, como en el caso de la voz *añeclí(n),* se centra en la evolución fonética, morfológica y semántica de las formas consideradas [I, 1-8]. Son estos tres ar-

[5] *Véanse «Molinos y otras máquinas en el* Vocabulario *de Nebrija», en* Anuario de Letras, *XXXI, 1993, 1-19, y* Colectánea lexicográfica, *164-165.*

tículos, por otra parte, los más antiguos de los que se recogen en *Estudios léxicos* (fueron publicados previamente entre 1956 y 1958[6]). No es de extrañar que en ellos se reflejen los intereses que alentaban la obra de Alvar por aquel entonces, y que se desarrollarían de manera espectacular años después: dialectología (aragonés, andaluz), morfología histórica, semántica.

Estudios de léxico marinero

Agrupamos en este apartado un conjunto de artículos cuyo tema está relacionado con voces del ámbito marinero. En su mayoría forman parte de sus estudios de geografía lingüística, pero cualquiera que conozca la obra de Alvar sabe que este tipo de léxico le interesó vivamente, y que a su estudio dedicó gran parte de su tiempo y de su esfuerzo. Su *Léxico de los marineros peninsulares* (*LMP*, 1986-1989) y los numerosos libros y artículos que tratan de estos temas, desde distintos aspectos, dan buena cuenta de ello.

La etimología de las voces *tollo* «cazón» y *tonina* «delfín» es el punto de partida de un estudio que muestra la interferencia de variantes castellanas y variantes portuguesas para los nombres de dos especies dispares [I, 199-205]. Como en otras ocasiones, la documentación principal corresponde a testimonios de primera mano, procedentes de encuestas en las costas españolas. Es interesante leer con atención el modo de proceder de Alvar a la hora de elaborar estos materiales y las dificultades con las que se encontraba:

> La nomenclatura ictiológica es mal conocida. Los libros de los naturalistas no son demasiado frecuentados por los lingüistas, con lo que perdemos una visión más amplia de los problemas. Pero, también es cierto, no podemos pedir a los biólogos el cuidado que el filólogo debe prestar a las palabras. Resulta entonces que hay incoherencias en todas partes: en los libros de ictiología y en los repertorios léxicos. Pero el mal no acaba aquí: la recogida de materiales de este tipo es difícil por la complejidad del mundo a que nos asomamos; por el enmarañamiento de una terminología en la que no llegan a concordar los intereses del naturalista y los del pescador. [...] Las encuestas que he hecho en el Cantábrico, en Galicia, en Andalucía, en las Islas Canarias me han dado conciencia de estas dificultades, pero –además– me permiten disponer de unos materiales recogidos *in situ*, sistemáticamente ordenados, de una variedad y riqueza como es difícil suponer. [I, 202]

[6] *«Dar ferrete», en* Archivo de Filología Aragonesa, *VIII-IX, 1956-57, 211-238; «La raíz árabe* N-Q-L *y el andaluz* añeclín*», en* Romanica. *Homenaje a G. Rohlfs, 1958, 5-13; «Nuevos derivados del latín* ACINUS *en la Península Ibérica», en* Etymologica, *Homenaje a W. v. Wartburg, 1958, 33-41.*

Dos étimos griegos y sus derivados romances son los temas de otros dos artículos de ictionimia, los relacionados con las voces *palometa* y *escorpina*. Para el estudio de la primera, Alvar desecha otros significados de la voz en el ámbito español e hispanoamericano, relacionados con *paloma*, y traza un recorrido por las lenguas románicas para demostrar la relación existente entre la voz española y otras voces de esas lenguas, que comparten el mismo étimo griego y que designan peces [II, 117-130]. Los materiales del *LMP* sirven como base principal de la argumentación del segundo de los artículos: las voces derivadas de una determinada raíz griega se limitan al dominio catalán, sin penetrar en el castellano, y los términos *escorpena, escorpera* y *escorpina,* que registra el *Diccionario* de la Real Academia Española, no son voces generales [II, 131-136]. Las encuestas marineras de las islas Canarias también sirven para documentar designaciones de escualos (*anequín, aniquín, hanequín, henequín...*) que estarían relacionadas con el mito medieval de la *maisnie Harlequin,* y emparentadas con formas francesas, catalanas y portuguesas [I, 135-148].

El artículo dedicado a *jábega* «red» establece la historia lingüística de la palabra. Entre otros numerosos datos al respecto, Alvar expone el carácter mediterráneo de la voz, basado en la ausencia de la palabra entre los marineros de Canarias y en América, y en los testimonios recogidos en los *Atlas* y en el *LMP,* que documentan *jábega* ampliamente en Andalucía, y también en Aragón y Levante. Una vez más la geografía lingüística le sirve para confirmar la información obtenida a partir de los textos antiguos y los vocabularios dialectales [I, 119-133]. Por su parte, el artículo que trata de *jarcia* y su sinónimo esporádico *gánguil* se centra en la evolución fonética y semántica de las voces griegas que les dieron origen, al adaptarse a las distintas lenguas románicas, y el caso concreto del español, siendo este artículo un buen ejemplo de la combinación de recursos de diversa naturaleza (diccionarios generales y particulares, testimonios de textos, atlas) que son necesarios para estudiar una voz desde un punto de vista histórico [II, 137-151].

Estudios léxicos complementarios

En este apartado pretendo reunir un conjunto de artículos relacionados con algunos otros de los variados intereses que caracterizan la obra de Alvar, aparte de los más arriba tratados, y que sirven para mostrar la imagen del filólogo completo, el que no se circunscribe a una única especialidad, sino que se enriquece con todas aquellas disciplinas que le ayudan a

ampliar sus investigaciones, logrando además no introducirse en ellas como mero visitante, muy al contrario, alcanzando en ellas la categoría de maestro.

De su conocimiento del judeo-español y el árabe habla por sí solo el artículo dedicado al estudio de la voz *gala* en un poema sefardí [I, 111-117]. El estudio del árabe hispánico y de la toponimia, y sus conocimientos del español de América sirven para explicar la evolución del latín CAMPANIA en español, en el artículo dedicado a las voces *campiña, montiña* y *cantiña* [II, 1-9].

Su interés por la obra de Vicente Espinel y Mateo Alemán quedó ya demostrado en los artículos que tratan de las voces *aceña* y *alajú(r) / alfajor,* por lo que no es de extrañar que sus testimonios vuelvan a aducirse en el estudio del término *escudero.* Sin embargo, lo que más llama la atención de este trabajo de Alvar es la unión de los conocimientos estrictamente lingüísticos que le son característicos, con consideraciones históricas que tienen que ver con los cambios de la institución «escudero» a lo largo de los siglos [II, 19-29].

La formación del vocabulario artístico centra la atención de Alvar al estudiar las voces *románico* y *gótico.* Partiendo de la historia de ambas voces en español, con sus distintos significados a lo largo del tiempo, muestra su adaptación, en el siglo XIX, al vocabulario técnico: *románico* sería un cultismo autóctono que traduciría el *romane* francés, haciéndolo coincidir en su morfología con voces de la misma serie (*clásico, gótico...*), mientras que *gótico* «de los godos» adoptaría un nuevo significado, tomado también del francés, para referirse al arte «ojival» [II, 99-115]. El artículo dedicado a *ensayo* es un completo estudio de la voz, que recoge cuestiones de etimología y su evolución semántica en español, y que se detiene especialmente en la adaptación del término para designar el género literario que creara Montaigne con sus *Essais* (1580), adaptación que solo se produciría en el siglo XVIII, tras vencer a voces como *informe, discurso* o *memoria* [I, 81-105]. Complementario de este artículo es la nota que le sigue, que rectifica una mala lectura (*ensaye* por *ensayo*) de unos versos cervantinos del *Pedro de Urdemalas* [I, 107-110].

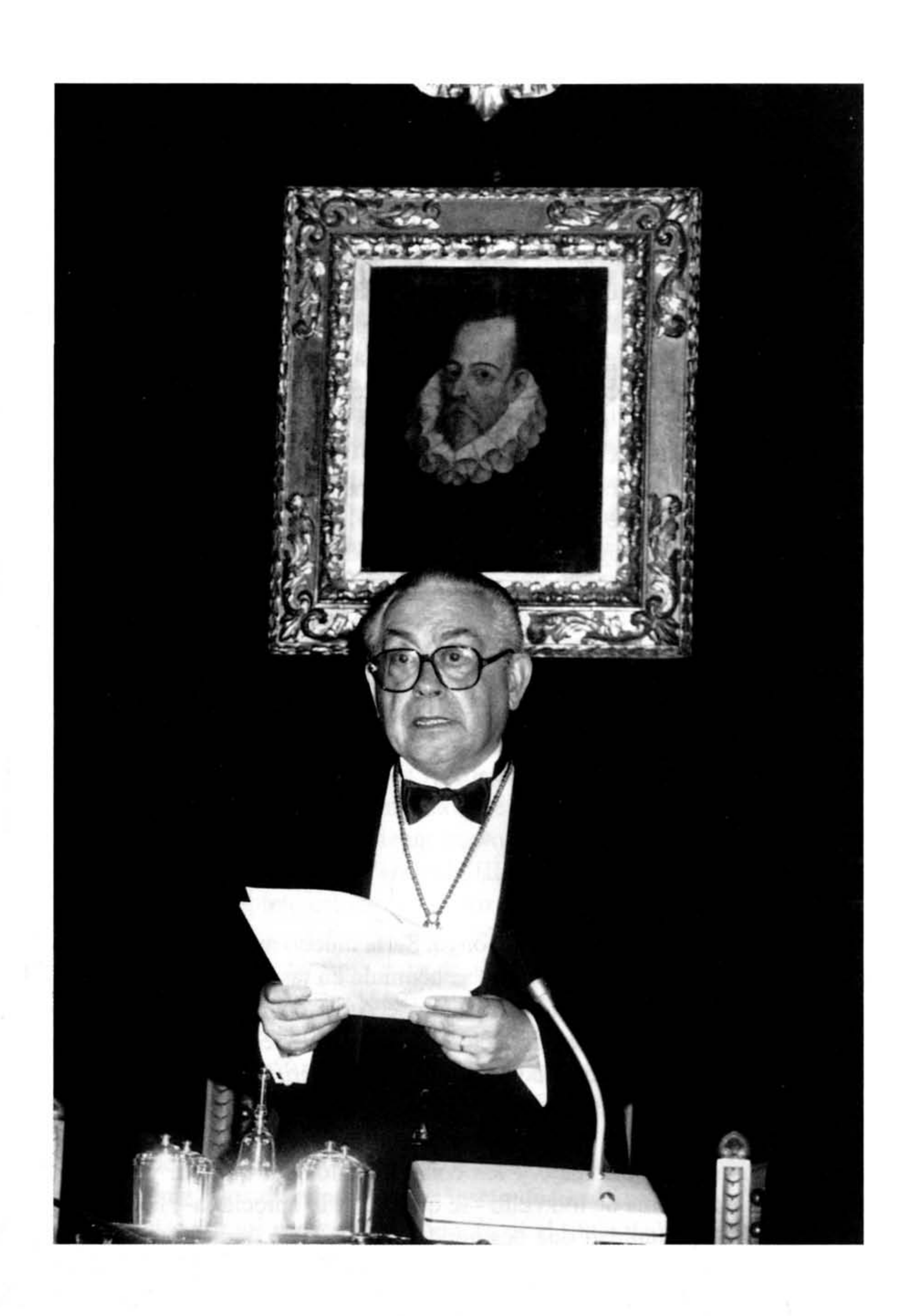
Tres artículos muestran el interés de Alvar por los neologismos de creación reciente. Dos de ellos, además, están dedicados a voces introducidas o rescatadas por los modernistas. *Ananke* es el título de un poema de *Azul,* de Rubén Darío. Se trataría de una voz de origen griego que fue utilizada por Víctor Hugo, autor muy admirado por Rubén; el galicismo tuvo una vida efímera, sin acabar de aclimatarse en español [I, 15-21]. El segundo artículo trata de las voces *ninfea, nenúfar* y *nelumbo,* que designan flores

acuáticas, y que forman parte del vocabulario de varios poetas modernistas. *Ninfea,* sinónimo de *nenúfar,* fue empleado por la tratadistas tradicionales españoles como nombre científico (Andrés Laguna, Gerónimo de Huerta...), y rescatado por varios poetas modernistas, a imitación de los franceses. Algo parecido ocurrió con *nenúfar:* la voz, de origen árabe, ya aparecía en el *Calila e Dimna,* y del español pasó a las lenguas europeas como término científico, pero el uso modernista obedece también al prestigio de la literatura francesa. *Nelumbo,* por su parte, fue invención de un botánico francés del siglo XVIII; Rubén debía conocer la planta, que era americana, y eso explica que esta voz no aparezca en los poetas franceses [I, 149-177].

El proyecto de un diccionario bilingüe francés/español, elaborado por los hispanistas de la Universidad de París IV y el Institut de la Langue Française, y los catedráticos de Historia de la Lengua Española de la Universidad Complutense, y de Lengua Española de la UNED y Málaga, es el origen del trabajo que trata de las voces *explotar* y *explosionar,* galicismos incorporados al español en distintos momentos de su historia y que tuvieron que encontrar su lugar en la estructura del sistema semántico al que pertenecen [II, 31-48]. Acerca del galicismo *galleta* «pasta dulce hecha con harina», introducido en la última década del siglo XIX, y de su victoria sobre el término tradicional español *galleta* «vasija», trata el último de los artículos que hemos pretendido glosar [II, 83-97].

Final

Este ha sido el recorrido que propongo. Sería mucho más el espacio necesario para reflejar todo el saber que se acumula en las páginas de esta y el resto de sus obras. Toponimia, español de América, lenguas románicas (antiguas y modernas) y sus dialectos son campos que también cultivó y que bien podrían haber ocupado aquí más comentario. Me he ceñido a una visión, la mía, la de la alumna que no se contenta con intentar aprender y asimilar la información concreta que se le ofrece, sino que admira la inmensa capacidad de trabajo y los conocimientos del que fue y será su maestro, y por encima de todo ello –sé que Alvar lo apreciaría–, la profunda humanidad y vitalidad que desprende su obra. Eso, sin duda, es estar vivo.



Manuel Alvar en la Real Academia Española

Tipos del léxico y enseñanza del español como segundo idioma

Hiroto Ueda[*]

Soy docente no nativo de la lengua española y, por esta razón, mi punto de vista será algo distinto del de los profesores nativos. Mi manera de aproximarme a la lengua ha sido siempre de carácter descriptivo basado en las observaciones directas –lo más objetivas posibles–, y no he podido contar con las intuiciones de que gozan los nativos ni con las experiencias de la vida que los hispanohablantes experimentan *in situ* en sus actividades sociales. Por otra parte, mis experiencias en las clases diarias serán distintas a las de los nativos ya que los japoneses tenemos un trasfondo lingüístico muy diferente del de los hispanófonos. Las cuestiones que planteo aquí desde el punto de vista de los extranjeros son las siguientes: ¿Qué características tiene el léxico español en general con respecto a la variación? ¿Qué tipo de léxico debe enseñarse en la clase dentro de la limitación de tiempo? ¿Y cómo?

Léxico estructural y léxico de inventario

Antes de proceder a analizar los problemas de variación, creo conveniente reflexionar un poco sobre las características del léxico en el marco de la lingüística general, la estadística lingüística y la lexicografía. Desde los puntos de vista tanto teórico como práctico, se podría dividir el léxico general en dos grupos: léxico estructural y léxico de inventario. El primero pertenece al núcleo de la estructura léxica de una lengua. Por lo tanto, si el estudiante de la lengua extranjera no dispusiera de esta especie de léxico, resultaría imposible cualquier tipo de comunición. Veamos los ejemplos:

- Numerales: *uno, dos, tres ..., ciento, mil, millón*
- Nombres de familia: *padre, madre, hijo, hermano,* etc.
- Verbos de movimiento: *andar, correr, ir, venir,* etc.
- División de un día: *mañana, tarde, noche*
- Nombres de días de semana: *lunes, martes, miércoles ...*
- Nombres de meses: *enero, febrero, marzo ...*

[*] *Universidad de Tokio.*

Las voces que se encuentran en esta categoría son relativamente pocas y constituyen un conjunto bastante limitado. En la práctica de la enseñanza del español se procura adquirir el vocabulario de este tipo en etapas tempranas, para lo cual suele haber una instrucción especial por parte de los profesores de la lengua, más que el aprendizaje por los propios discentes.

El número de las palabras que pertenecen al léxico de inventario es, en cambio, sumamente grande y prácticamente ilimitado.

- Muebles y enseres: *mesilla, mantel, armario, mecedora, cama, sábana...*
- Partes de un automóvil: *parabrisas, volante, llanta, guardabarros, ...*
- Utensilios de escritorio: *bolígrafo, grapadora, marcador ...*
- Nombres de peces: *anchoa, anguila, angula, arenque ...*
- Enfermedades: *afasia, alergia, anemia, angina ...*

Este tipo de palabras no se enseña más que esporádicamente en el aula y, por lo tanto, los estudiantes no saben usarlas hasta que no se encuentran en la necesidad de conocerlas en la vida real. E incluso puede que los profesores no nativos no las conozcan todas, a pesar de que son muy conocidas entre los nativos.

Ciertamente es difícil trazar una línea divisoria definitiva entre las dos categorías, puesto que se trata de dos polaridades del léxico general, pero se sabe que existe la diferencia. Para unos, las palabras frecuentes, como *reloj, pluma, mesa,* son tan importantes que deben pertenecer al léxico estructural, mientras que para otros son de léxico de inventario puesto que no constituyen una estructura léxica cerrada como, por ejemplo, días de la semana o nombres de familia. A nuestro modo de ver, para resolver este problema de clasificación hay que tener en cuenta dos criterios distintos: una cosa es el carácter cualitativo estructural del léxico y otra es su uso en la vida lingüística, o sea la frecuencia. Las palabras del ejemplo anterior desde el punto de vista estructural pertenecen al léxico de inventario; y tomando en cuenta su uso o frecuencia, se clasifican en un grupo de uso frecuente. De modo que el léxico general se divide en los cuatro grupos siguientes:

	Léxico estructural	Léxico de inventario
Frecuente	A	B
Poco frecuente	C	D

Los ejemplos de cada categoría son:

- A. Léxico estructural frecuente: Días de la semana (*lunes, martes, miércoles...*); numerales (*uno, dos, tres...*); nombres de colores (*blanco, negro, azul...*)

- B. Léxico de inventario frecuente: *mesa, cama, silla, lápiz, reloj...*
- C. Léxico estructural poco frecuente: Nombres de los dedos (*pulgar, índice, medio, anular, meñique*)
- D. Léxico de inventario poco frecuente: Nombres de partes de un automóvil.

Los nombres que se refieren a los cinco dedos entran en la categoría del léxico estructural, mientras que los nombres de partes de un automóvil no pueden serlo, puesto que no constituyen una realidad cerrada, y en cada momento puede aparecer un nuevo término según el desarrollo de la tecnología automovilística.

Frecuencia, dispersión y utilidad

Mientras que la división entre el léxico estructural y el de inventario es de carácter cualitativo discontinuo, la cuestión de la frecuencia corresponde a la caracterización cuantitativa continua. Es continua la gradación que empieza con la palabra más frecuente y termina con la palabra menos frecuente. Es conocida la línea casi logarítmica que se presenta en el gráfico de dos ejes: el orden de frecuencia y la frecuencia misma[1].

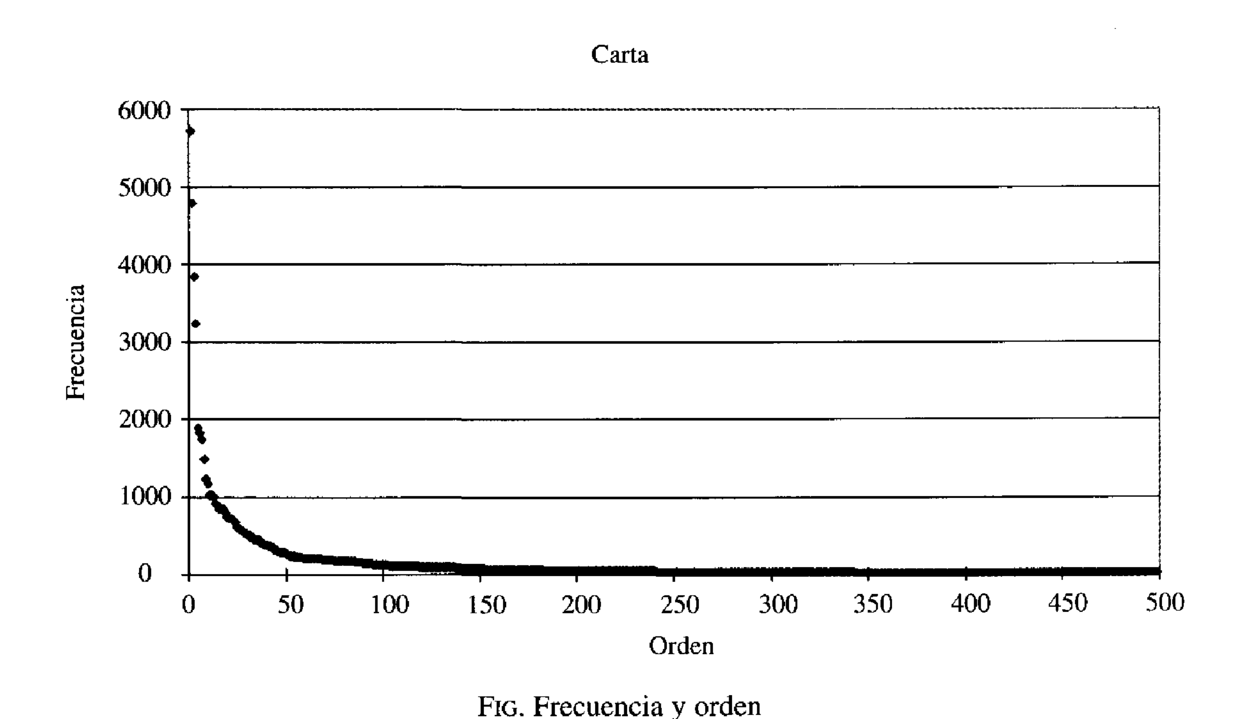


FIG. Frecuencia y orden

[1] *Los datos son de la parte correspondiente al corpus de cartas de Juilland, A y Chang-Rodríguez, E. 1964.* Frequency dictionary of Spanish words. *The Hague: Mouton.*

Este gráfico significa que por un lado hay un número bastante reducido de palabras altamente frecuentes (*que, de, en, y, haber,* etc.) y por otro existe un sinfín de palabras de poca frecuencia. Y como la estadística siempre no es más que un producto de procesamientos de los datos reunidos, su conclusión necesariamente depende de las características de los mismos. Por lo tanto nos vemos obligados a relativizar los valores absolutos de las frecuencias.

Hasta el presente se han venido realizando varios intentos de clasificar el vocabulario fundamental respecto a la frecuencia, y para eso se han tomado en consideración tanto la frecuencia absoluta misma como el grado de dispersión entre varios campos textuales (cartas, periódicos, documentos oficiales, libros, dramas, ficciones, ensayos, documentos técnicos, manuales, etc.); es decir, cuantos más campos haya en que se use una palabra determinada, más importante se considera esa palabra. Las palabras siguientes son sacadas de nuestro estudio clasificatorio del léxico español[2]:

- Grupo A (Frecuencia alta y distribución dispersa): *abrir, acabar, agua, alma, alto, año, bajo, buscar, caballero, caer, calle,* etc.
- Grupo B (Frecuencia alta y distribución concentrada): *abrazo, eso, carta, cultura, mandar, ministerio, organización, recuerdo,* etc.
- Grupo C (Frecuencia baja y distribución dispersa): *apelar, doméstico, insignificante, justamente, ventura,* etc.
- Grupo D (Frecuencia baja y distribución concentrada): *ácido, águila, abastecimiento, acta, ademán, adjetivo, adjudicar, administrador, adversario,* etc.

Las palabras pertenecientes al Grupo A se consideran las más importantes y deben ser aprendidas de memoria, mientras que remitimos las del Grupo D al diccionario para ser encontradas. Las que presentan problema son de los Grupos B y C. El último tiene carácter general y se encuentra en la estructura básica de la lengua, por lo cual después del Grupo A habrá que dominarlo. En cuanto al Grupo B, que incluiría los términos específicos de un campo determinado, deben ser escogidos los necesarios para temas especiales, dejándose los demás inventariar en el diccionario.

El índice general de importancia –utilidad– se ha propuesto por una fórmula de multiplicación de frecuencia por el grado de dispersión[3]: Utilidad = Frecuencia multiplicado por Grado de dispersión. A excepción de las

[2] *Hiroto Ueda, 1989,* Estudio cuantitativo del léxico español, *Publicaciones del Depto. de Idiomas Extranjeros, Univ. de Tokio, vol. 36,5; 37,5.*

[3] *Juilland, A y Chang-Rodríguez, E. op.cit. Hiroto Ueda. 1987.* Frecuencia y dispersión del vocabulario español. *Tokio. Univ. de Estudios Extranjeros de Tokio.*

palabras funcionales, como artículos, preposiciones, conjunciones, las veinte primeras palabras son las siguientes[4]:

Palabras más frecuentes

1. tener	11. pasar
2. hacer	12. don
3. decir	13. llegar
4. ir	14. solo
5. querer	15. hombre
6. señor	16. bueno
7. grande	17. poner
8. vez	18. tiempo
9. saber	19. poco
10. año	20. venir

Son ejemplos de palabras constituyentes del núcleo del vocabulario español. Se notará que algunas voces forman una estructura semántica cerrada, por ej.:

- De dimensión: *día - semana - mes - año,* etc.
- De pareja: *señor - señora, don - doña*
- De antónimo: *grande - pequeño, ir - venir, mucho - poco*

Las voces que no entran en una estructura cerrada poseen, en cambio, un alto grado de polisemia, lo que justificaría interpretarlas como una estructura unimembre con multitud de semas, por ej., *tener, hacer, decir, querer, pasar, tiempo,* etc[5].

Estas palabras disponen de la función instrumental en la gramática española. Algunos verbos juegan un papel semiauxiliar (*tener, hacer, querer, saber,* etc.) y otros como *vez* o *solo* se utilizan como un miembro de una construcción altamente funcional: *tal vez* y *no solo... sino* .... La posibilidad de combinación no se limita a casos de sintagmas de elementos léxicos, sino que se percibe también dentro de la unidad léxica: *tener - contener, hacer - deshacer, decir - bendecir,* etc[6].

[4] *H. Ueda.* op. cit., *p. 403.*

[5] *Para Marius Sala, et. al. (1982) la polisemia (riqueza semántica) es uno de los tres criterios «para hacer apreciaciones cualitativas respecto al lugar ocupado por los elementos de nuestros inventarios en la estructura general del vocabulario del español de América», (p. 4) junto con el criterio geográfico (difusión geográfica) y el criterio de la productividad (posibilidad de derivación).* El Español de América, Léxico. *t. 1 y 2. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.*

[6] *En contraste con este tipo de palabras, las de inventario no presentan ni una estructura cerrada, ni una polisemia y por lo tanto, lógicamente, ni una instrumentalidad.*

De esta manera, las voces de alta utilidad suelen ser estructurales más que inventariales. Pero como hemos visto en la sección anterior, la utilidad misma de una palabra no necesariamente acredita su carácter cualitativo de ser estructural (por ej., *mesa, lápiz, cama,* etc.).

Final. En el contexto de enseñanza

Después de haber establecido una distinción clara entre el léxico estructural y el de inventario y haber considerado su significado dentro del marco de la enseñanza y el aprendizaje del idioma, procedamos a observar la variación léxica con especial atención al segundo tipo de la clasificación anterior. De hecho, según nuestros datos, podemos afirmar que la variación se presenta mayoritariamente en el léxico de inventario más que en el estructural.

El léxico estructural no muestra mucha variabilidad formal, ya que las palabras de esta categoría forman un núcleo fundamental de la lengua y su variación causaría problema grave para la comunicación lingüística. La parte en que sí puede producir cierta variabilidad es en sus significados. A este punto nos hemos referido al tratar la cuestión de la polisemia. El léxico de inventario, por otra parte, no presenta mucha variación respecto al significado. Una forma lingüística corresponde a un objeto o concepto concreto, pero sí puede mostrar la variación de significantes en distintas dimensiones de la lengua: diatopía, diacronía, diafasía, diastratía, etc.

En las aulas de la lengua española, limitamos nuestra consideración al léxico español referente a la vida urbana moderna. Esta decisión se debe a razones prácticas. En contraste con el léxico rural, el urbano posee la característica de ser referente a los objetos y conceptos comunes a distintas localidades del mundo. A excepción de las prendas (variable por condiciones climatológicas), costumbres tradicionales, o instituciones nacionales, etc., existe gran cantidad de objetos de la vida de consumo que se han difundido de forma homogénea por casi todas las ciudades del mundo. A pesar de su homogeneidad en la difusión de los objetos, sus denominaciones varían considerablemente en el vector diatópico.

El tipo urbano del léxico español llama más la atención de los discentes que el tipo rural, por la razón de que el interés de la mayoría de ellos se concentra en las actividades de la vida de la ciudad. Les interesa saber los nombres de los objetos que se encuentran en la ciudad más que las distintas denominaciones de herramientas agrícolas, fauna y flora del campo, faenas de pescadores, etc. Estos intereses que comparten los estudiantes en

la vida urbana se deben en parte a la modernidad de los fenómenos. El carácter innovador de la cultura material urbana se contrasta con el carácter conservador de la vida rural. En el primero se puede observar lo que está naciendo, mientras que en el segundo, lo que se ha conservado y a veces está en vía de extinción. A diferencia del caso de los estudiantes nativos de la lengua, a quienes pueden atraer los elementos tradicionales, y a cuyo estudio se dedican, los extranjeros, con pocas excepciones, aspiran a la nueva civilización común del mundo.

Por estas razones los profesores no nativos nos vemos obligados a aproximarnos al léxico urbano más que al rural, por mucho que nos interesen la historia y tradición de la regiones hispanohablantes. A pesar de esto, nuestro conocimiento de las palabras de ciudad es limitado, debido parcialmente a la proporción no equitativa de la cantidad de estudios dialectales entre las variedades urbana y rural. Poseemos buen número de diccionarios y estudios dialectales de regiones tanto de España como de Hispanoamérica, pero carecemos de documentaciones válidas para conocer la cultura material de las ciudades. Probablemente la causa de este desequilibrio podemos encontrarla en el hecho de que los nombres de objetos y conceptos de la vida urbana no han llamado la atención de los investigadores nativos, ya que parecen ser evidentes, triviales, efímeros, carentes de significado histórico, etc. Sin embargo, todo cambia si nos fijamos en su variación geográfica, y mucho más si tomamos en consideración los aspectos transculturales que desarrollan en la enseñanza del español como segundo idioma. Nuestro deseo es llevar a cabo unas investigaciones sobre la variación léxica del español de amplias zonas hispanohablantes para poder ofrecer la información tanto en forma de diccionario como en forma de materiales didácticos dirigidos a los estudiantes y a los docentes[7].

[7] *Este artículo es una versión escrita de mi comunicación titulada «Variación léxica y enseñanza del español como segunda idioma» en* II Curso de Técnicas para la enseñanza del Español, *celebrado en la Universidad de Alcalá de Henares en 1994. Para más información sobre nuestra investigación sobre la variación léxica, véase nuestra página web en: gamp.c.u-tokyo.ac.jp/ueda*



Manuel Alvar

El Sudoeste de los Estados Unidos: lengua e historia

Francisco Moreno Fernández[*]

1. Los Estados Unidos de América y el legado de Manuel Alvar

Entre el ingente legado científico de Manuel Alvar destacan, por su volumen y trascendencia, los tomos que componen la serie *El español en América*. Estos materiales forman parte del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*, que el propio Alvar proyectó en la década de los setenta y que codirigió con Antonio Quilis. La serie a la que hacemos referencia está siendo publicada por la Universidad de Alcalá y ofrece los materiales recogidos por Manuel Alvar dentro del proyecto.

El hecho de que el primer volumen de *El español en América* lleve por título *El español en el Sur de Estados Unidos* (2000) viene a ser una especie de compensación por el olvido al que ha estado relegado un territorio hispánico de enorme interés, del que solo Aurelio M. Espinosa había informado con cierta hondura en la primera mitad del siglo XX. Es un territorio de largo historial hispánico, en el que los usos lingüísticos tradicionales, de diferente perfil a lo largo de la frontera sur de los EE.UU., han convivido con el influjo del inglés, de las lenguas indígenas e incluso de las variedades lingüísticas llegadas de México. Los movimientos de población, de distinta naturaleza según la época, están en la base de los rasgos lingüísticos más significativos y de las muy diversas pautas de comunicación que allí se han dado cita a lo largo de la historia.

Los materiales que ofrece el volumen de Alvar se recogieron entre 1990 y 1996. Allí se presentan las respuestas dadas al cuestionario del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica* (Alvar y Quilis 1984) para casi 800 preguntas, que recogen principalmente cuestiones léxicas (cuerpo humano, vestuario, la casa, la familia y la salud, el mundo espiritual, juegos y diversiones, profesiones y oficios, enseñanza, accidentes geográficos, agricultura, animales y ganadería), aunque también fonéticas (184 láminas), morfológicas (161) y sintácticas (43). Los puntos de encuesta correspondieron en su mayor parte al estado de Nuevo México (Tierra Amarilla, Taos, Bueye-

[*] *Universidad de Alcalá-Instituto Cervantes.*

ros, Cuba, Peñasco, Española, Santa Fe, Gallufo, Las Vegas, Albuquerque, Monticelo, La Mesilla), aunque también se trabajó en Colorado (Los Rincones, San Luis), en Arizona (Tucson, Mesa), Luisiana (Poyrás) y Texas (San Antonio, Houston, Goliad, San Diego, La Rosita, Benavides, Ríos y Río Grande).

Pero *El español en el Sur de Estados Unidos* no presenta solamente respuestas dadas a cuestionarios, sino que incluye una pequeña colección de textos, recogidos y transcritos por Elena Alvar, en los que se descubren mil aspectos interesantes de la lengua hablada continua y de las narraciones orales. Con estas pocas páginas, pretendemos rendir homenaje a la figura y el trabajo de Manuel Alvar, comentando someramente los materiales publicados a la luz de la historia lingüística del Sudoeste de los Estados Unidos.

2. La presencia hispana en el Sudoeste de los EE.UU.

1528. El inefable Alvar Núñez Cabeza de Vaca comienza en Tampa (Florida) un largo viaje que concluiría en 1536 en Culiacán, ya en México. Era esta la primera expedición española que recorría 11.000 kilómetros por el Sur de los actuales Estados Unidos. Desde esa fecha hasta 1912, año en que Nuevo México pasó a ser oficialmente un estado de la Unión, y desde ahí al presente, la lengua española ha sido pieza decisiva en la historia de los territorios del Sur, sobre todo los del Sudoeste, a los que prestaremos más atención. Con el fin de apreciar qué ha supuesto el español en la historia comunicativa de esa zona, propondremos una periodización sobre la que haremos nuestros comentarios.

1. Periodo de exploraciones: 1528-1596. Los límites de este periodo los constituyen la partida de la expedición de Cabeza de Vaca y el inicio de los asentamientos de Juan de Oñate, a partir de 1596, en el área de Nuevo México. Para explorar la costa de Florida, Pánfilo de Narváez partió por mar desde Tampa, con la mala fortuna de que un huracán hizo naufragar la expedición, de la que solo sobrevivieron Cabeza de Vaca, un africano llamado Esteban y dos más (Obregón: 177-179). El pequeño grupo se adentró en el desierto desde la costa y fue haciendo un recorrido por tierras de Texas (por la zona de las actuales Austin y San Antonio) y de Nuevo México (actual El Paso), hasta llegar a Culiacán (Udall: 49 y ss.). En el camino, fueron encontrando indicios que parecían dar visos de realidad a la leyenda de las siete ciudades de Cíbola, aliciente que llevó a organizar las expediciones de Francisco Vázquez de Coronado a partir de 1540.

Desde el punto de vista comunicativo, este periodo tiene dos aspectos de singular interés. Uno de ellos es el de la interacción con los indios, que debió ser por medio de señas y otros signos, como las pinturas, plumas y cascabeles que utilizaba el negro Esteban, que también viajó con Coronado y que ante los nativos representaba el papel de chamán de los expedicionarios. Las dificultades comunicativas se debieron al hecho de no contar con intérpretes («lenguas») en los primeros contactos, así como a la heterogeneidad lingüística del territorio: Cabeza de Vaca comentaba las mil diferencias que hay entre las lenguas de los indios que encontró en su expedición por Texas y Nuevo México (Cabeza de Vaca 1542; Martinell: 157).

El segundo aspecto comunicativo de interés fue la supuesta concreción del mito de Cíbola, especialmente por boca y pluma del fraile franciscano Marcos de Niza, que se derrumbó por completo ante los testimonios de Coronado. Una frase de López de Gómara lo resume muy bien: «Las riquezas de su reino es no tener que comer ni que vestir, durando la nieve siete meses» (1552: 304). Un factor que contribuyó a la verosimilitud del mito, portugués en su origen, fue el hecho de que entre los aztecas existiera también una leyenda que hablaba de antepasados que habían habitado siete cuevas (Ramírez Alvarado: 6). Los indígenas americanos pudieron hacer referencia a ello en sus interacciones con los españoles.

2. *Periodo de asentamientos: 1597-1848.* Los límites los marcan el inicio de las expediciones de Juan de Oñate y el paso del territorio del Sudoeste a manos de los EE.UU., con la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo. Las tierras de Nuevo México, que en esta época incluían las anejas de Arizona, Colorado, Texas y parte de Nevada, comenzaron a ser colonizadas a partir de 1596, cuando partió de México una expedición al mando de Oñate. Como se ha señalado en diversos lugares (Vigil y Bills), los primeros colonos se asentaron en pequeños poblados a lo largo del río Grande y poco a poco se fueron creando otros asentamientos, organizando misiones, ranchos o granjas y fundando ciudades, como Santa Fe (1609). De esos primeros años es la más antigua inscripción que se conserva de una lengua europea en América: está en «El Morro», data de 1605 y reza, con un tono similar al de tantas otras, «Pasó por aquí el adelantado don Juan de Oñate». La toponimia también es testigo de una permanencia histórica: Sierra Blanca, Santa Rita, Las Cruces, Hondo, Carrizozo, Socorro, Truchas, Santa Clara, Peloncillo *mountains*, Río Grande, Sangre de Cristo *mountains*, Magdalena, Los Álamos, Tierra Amarilla, Mosquero, Portales, Ratón, Manzano *mountains*, San Andrés *mountains*, El Paso, Truchas.

Caben destacarse en este periodo varias fechas de referencia, al margen de la fundación del importante enclave de Santa Fe. Así, en 1680 se produjo una sublevación de los indios pueblo que hizo perder el control del área novomexicana a los españoles hasta 1693, en que se inició una recolonización. Por otra parte, aunque los primeros españoles habían llegado a Texas en 1691, en 1731 se establecieron varias familias canarias, lo que fue determinante para su historia lingüística (Alvar 1991; Frago: 90 y ss.). En California, entre 1761 y 1823 se fundaron una veintena de misiones, por más que la lengua hablada ya no guarde testimonios de ello. En 1821, con la independencia de México, los territorios españoles cambiaron de manos: esto vino a favorecer la expansión de poblados hispanos y la ampliación de las rutas comerciales. También la victoria de los Estados Unidos sobre México favoreció la expansión de la población hispana a mediados del XIX (Abbott: 38).

Esta época de asentamientos fue especialmente rica y decisiva en la configuración lingüística del Sudoeste de los Estados Unidos. Conscientes de la multiplicidad de factores implicados, nos permitimos, sin embargo, destacar dos dimensiones de consecuencias lingüísticas evidentes: el aislamiento del territorio y los contactos con los indios. En efecto, el territorio del histórico Nuevo México se caracterizó, durante la primera mitad del periodo de asentamiento, por su aislamiento del resto del mundo hispánico, con la excepción relativa de Nueva España: los contactos comerciales se producían apenas una vez al año. Tras el levantamiento de los pueblo, la recuperación de Santa Fe supuso una especie de segunda colonización que aportó gente nueva y renovados usos lingüísticos, aunque la población no fue mucho más allá, en esta época, de las 25.000 personas (Vigil y Bills: 3).

Los contactos con los indios se produjeron en varios niveles y supusieron un curioso juego de influencias entre las lenguas indígenas y la española. Parece claro que el contacto con los indios en la misiones tuvo que favorecer el aprendizaje del español: los indios papaya colaboraron en la fundación de la ciudad de Béjar, en Texas (Alvar 1991: 255), muchos de los indios eran bautizados en las misiones e incluso ocurría que los nombres de las tribus se imponían según la misión que tenían más cerca: los diegueños, por ejemplo, estaban asentados cerca de la misión de San Diego de Alcalá, en California (Woodward).

El aprendizaje del español o, como mínimo, su fuerte influencia sobre las lenguas indígenas, no contraviene otra realidad evidente: el método misional de los franciscanos y de otras órdenes disponía el aprendizaje de las lenguas de los indios, para hacerles llegar más directamente el mensaje del Evangelio (Abad Pérez: 94-95). En ese aprendizaje fue decisiva la inter-

vención de los intérpretes y traductores, bien porque conocían el español, bien porque sabían alguna otra lengua indoamericana que conocían previamente los frailes. Por eso, tampoco es extraña la influencia de las lenguas indígenas, sobre todo de las más habladas – como el náhuatl – en el español de la zona.

El gran problema que se les presentaba a los frailes en la ejecución del método misional era la multiplicidad de lenguas indígenas. Baste como muestra la mención apresurada de algunas lenguas de Nuevo México y de su entorno inmediato: los indios pueblo utilizan varias modalidades, pertenecientes a la familia uto-azteca (tewa, tiwa, towa, keres y zuñi, o zuni); las variedades apaches pertenecen a la familia nademe (atapaskana) y, dentro de esta tribu, se distinguen cuatro grupos (mescaleros, jicarillas, chiricahuas y *white mountain*); también pertenece a la familia nademe el navajo; mientras que el comanche, hablado algo más al Este, es de la familia uto-azteca (Wissler; Weaver; Kanellos y Esteva-Fabregat: 41-52).

En general, los contactos de la población hispana con los apaches, los navajos y los comanches son bastante antiguos, pero están basados en una relación de rivalidad y de pillaje, para los que fue determinante la incorporación del caballo europeo: en 1837, los comanches todavía hacían rapiña en los asentamientos hispanos. Es probable que, en tales circunstancias, la penetración de la lengua, al no estar basada en la convivencia diaria, haya dificultado el juego de influencias entre el español y las lenguas indígenas, pero el caso es que tanto la lengua de los pueblo, como las de los navajos y los apaches han acabado incluyendo préstamos del español. Es más: dada la lejanía lingüística entre las diversas lenguas indias y, más aún, entre estas lenguas y el inglés, no es descabellado pensar que el español, además de ser lengua del territorio, haya podido servir, en distintos momentos de los siglos XVII al XIX, como lengua franca. ¿Es improbable que el español tuviera presencia en las conversaciones entre apaches, por ejemplo, y soldados estadounidenses? Creemos que no.

Durante la guerra méxico-americana los soldados estadounidenses se enfrentaron al problema de hablar español. Aprendieron palabras sueltas que incorporaron a su idioma (*cigarritos*>*cigarrettes*) y dieron el nombre de «lingo» al resultado mezclado de sus escarceos comunicativos. Un oficial voluntario de Illinois describía así sus problemas con un nativo y su hija (Ochoa):

> When at fault for a word I take an English one & give it a Spanish ending & pronunciation & make a salaam or two ... If that don't go, I throw in a word or two of Latin & French, & occasionally a little German, & conclude

> with «Senora» or «Senorita». Thus I generally suceed in calling up a smile, & a gentle «Si senor» ... then they let loose a torrent of Castillian on me, & I stand & look knowing, & say «Si Senorita» when I've no more idea of what they are saying than if Moses was talking to me in his native tongue.

Pero, los contactos entre el inglés y el español han conocido todo tipo de resultados y manifestaciones, principalmente a partir de los periodos que se describen a continuación.

3. Periodo de anglización: 1848-1912. La cesión del Sudoeste a los Estados Unidos comenzó a esbozar el perfil lingüístico más reconocible en la actualidad. Como se ha señalado, en un primer momento se produjo una expansión de la población hispana, hasta alcanzar los 60.000 hablantes (Abbott: 38), favorecida por la pacificación de los grupos indios y por unas condiciones económicas que alentaban la colonización. El aumento de la población vino acompañado de la apertura de rutas comerciales francas desde México a los Estados Unidos, olvidando el viejo control que la ciudad de Chihuahua ejercía sobre el Camino Real. Sin embargo, esta aparentemente fuerte rehispanización se vio contrarrestada por la avenida de población estadounidense hablante de inglés, primero por razones militares (guerra con México, sometimiento de los indios), después por razones comerciales.

En el terreno del comercio, las rutas abiertas con México tuvieron su contrapunto en el desarrollo del Camino de Santa Fe, abierto entre Missouri y Santa Fe desde la independencia de México y unido a otra importante ruta comercial llamada el Camino Español. Por este camino afluyó mucha población anglohablante. Por otro lado, el aumento de los colonos hispanos tuvo su contrapunto en la llegada de buscadores de oro con la fiebre de 1859 en el estado de Colorado. A partir de aquí la prevalencia del inglés se ha dejado notar en todo el Sudoeste, sobre todo a partir de 1912.

4. Periodo de estatalización: 1912-. El último siglo se caracteriza por una doble y contrapuesta corriente. Por un lado, las instituciones –incluida la escuela y la iglesia– han ido minando la tradicional presencia hispánica hasta reducirla a unos límites exiguos; basten unas cifras elementales: en 1850, la mitad de la población de Nuevo México hablaba español; en 1905 se mantenía esa proporción; en 1970 se redujo al 8,8% (Alvar 1995: 185-186). El punto de inflexión se encuentra a mediados de siglo y su culmen en 1969, cuando se suprime la enseñanza oficial del español. Después, los vaivenes de los programas bilingües –ahora en retroceso– han minimizado su efectividad en el mantenimiento de la lengua.

Pero, por otro lado, el Sudoeste ha asistido durante los últimos 25 años a un proceso de rehispanización, sobre todo de raíz mexicana, como nunca había vivido en su historia. Según el censo del año 2000, el estado de Nuevo México es el que tiene una mayor proporción de población hispana de todos los Estados Unidos (42%), con lo que se ha puesto en unos niveles porcentuales similares a los de principios de siglo. En los estados de California y de Texas se concentran más de la mitad los hispanos de todos los EE.UU. Y otro dato: hay lugares con porcentajes de población hispana superiores al 90% (East Los Angeles, CA: 97%; Laredo, TX: 94%; Brownsville, TX: 91%). Además, la media de edad de los hispanos en los EE.UU. es diez años menor que la del conjunto de la población del país.

Las consecuencias lingüísticas de las dos corrientes comentadas son muy claras. La importante presencia de la lengua inglesa, en un territorio con una historia ya centenaria dentro de la Unión, marca la vida pública e institucional de todo el país, incluido el Sudoeste. Por eso es esperable que el inglés penetre, de un modo u otro, en el español de ese territorio, como también puede hablarse de la penetración del español en el inglés: en Nuevo México son numerosos los hispanismos incorporados, sobre todo relacionados con la naturaleza, la arquitectura, la gastronomía, las creencias y las tradiciones.

Por otra parte, la creciente e intensa presencia de población hispanohablante ha redibujado el perfil lingüístico del Sudoeste y donde había hispanohablantes descendientes de otros hispanohablantes de la tierra, hay ahora hispanos llegados hace poco con su variedad lingüística de origen, mayoritariamente mexicana. Es cierto que el lugar que ocupa la población hispana es secundario en las jerarquías de prestigio; es cierto que muchas familias hispanohablantes han ido viendo cómo la segunda y la tercera generación perdían el español, en un afán de integrarse menos traumáticamente en una sociedad anglohablante; es cierto que resulta muy fuerte la presión social contra el español por parte de movimientos como el *English Only*; pero no es menos cierto que en el Sur de los Estados Unidos la presencia del español en la vida cotidiana, incluidos los influyentes medios de comunicación, va creciendo de forma incontestable.

3. El español del Sudoeste de los EE.UU.

En la actualidad, el español del Sudoeste de los Estados es mayoritariamente un español llegado durante los últimos cuarenta años en boca de inmigrantes mexicanos. Tanto ha crecido la población hispana, que muchos

hablantes del español tradicional del Sudoeste, que habían guardado su lengua en el armario del olvido, se están viendo obligados a sacudirle el polvo para comunicarse con los recién llegados.

Sin embargo, a pesar de la intensidad de la inmigración reciente y del importante peso del inglés, todavía es posible encontrar la herencia hispana en los territorios históricos del gran Nuevo México: eso es lo que hizo Alvar en su obra *El español de Estados Unidos* y lo que están haciendo Neddy Vigil y Garland Bills con su *Atlas Lingüístico de Nuevo México* (2002; Lope Blanch). Y es que es en esta variedad en la que se reflejan los muchos avatares históricos que hemos presentado de forma sumaria. Los listados léxicos, gramaticales y fonéticos de Alvar lo atestiguan.

El español tradicional de Nuevo México, Arizona, Texas y el Sur de Colorado es una variedad que, aun en trance de asimilación por corrientes hispanas demográficamente más poderosas, refleja una fonética con algunos rasgos de viejo cuño, como la aparición de una *–e* paragógica (*bebere* «beber», *papele* «papel»). En general, la fonética novomexicana se vincula – por historia lingüística – a la zona mexicana y centroamericana (Moreno 1993), con algunos rasgos destacados, como el carácter muy abierto de la *y*, así como su desaparición en contacto con *e* o *i* (*cabeo* «cabello», *anío* «anillo»), o una realización de *ch* similar a la canaria. También encontramos numerosos usos fonéticos populares (aspiración de F-, como en [húmo, herbír], o diptongaciones vulgares como en [páis, paráiso].

La conjugación verbal ofrece abundantes muestras tanto de arcaísmos (*vide* «vi», *truje* «traje»), como de usos considerados hoy, en el español general, como populares o vulgares (*hablates* «hablaste», *vivites* «viviste», *puédanos* «podamos», *véngamos* «vengamos», *quedré* «querré», *traíba* «traía»)

En el ámbito léxico, es destacable la presencia de dialectalismos (*lagaña, párparo, molacho* «desdentado»), de voces tradicionales compartidas con México (*cachetazo, chueco* «torcido, patiestevado», *halar* «arrastrar», *mancuernillas* «gemelos») incluidos indigenismos (*guaraches* «sandalias», *milpa* «maizal», *zopilote*). A estos indigenismos habría que sumar muchas voces indias de la zona: *zacate* «césped», *zoquete* «barro», *mitote* «chisme, cotilleo», *teguas* «sandalias de piel de búfalo», *tosayes* «calabazas secas» o *chimajá* «perejil». Como es natural, los anglicismos han llegado a ser muy frecuentes, sobre todo después de 1912 (*torque* «pavo», *baquiar* «retroceder», *troca* «camión», *sinc* «fregadero», *choque* «tiza»). No entramos en las consecuenias del contacto inglés-español en las nuevas generaciones de hispanos.

En suma, la lengua nos muestra formas de españoles viejos, de mexicanos viejos y nuevos, de indios de diversos grupos, de americanos angloha-

blantes, ... Todo ello, que ya había sido descrito en parte por Espinosa y que se recoge en otras obras tan valiosas como el diccionario de Rubén Cobos, se completa y se actualiza en el libro de Manuel Alvar.

Bibliografía

ABAD PÉREZ, Antolín (1992): *Los franciscanos en América*, Madrid, Mapfre.

ABBOTT, Carol (1976): *A History of the Centennial State*, Boulder, Colorado Associated University Press.

ALVAR, Manuel (1991): *Pasos de un peregrino. Tras las huellas de España*, Madrid, Espasa-Calpe.

— (1995): *Por los caminos de nuestra lengua*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.

— (2000): *El español en el Sur de Estados Unidos. Estudios, encuestas, textos*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá-La Goleta.

ALVAR, Manuel y QUILIS, Antonio (1984): *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica. Cuestionario*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.

CABEZA DE VACA, Alvar Núñez (1542): *Naufragios*, Zamora. Madrid, Alianza, 1985.

COBOS, Rubén, (1983): *A Dictionary of New Mexico and Southern Colorado Spanish*, Santa Fe, Museum of New Mexico Press.

ESPINOSA, Aurelio M. (1909): «Studies in New Mexican Spanish, Part I: Phonology», *University of New Mexico Bulletin/Language Series*, 1:2, pp. 47-162.

— (1911-1913): «Studies in New Mexican Spanish, Part II: Morphology», *Revue de Dialectologie Romane*, 3, pp. 251-86; 4, pp. 241-56; 5, pp. 142-72.

— (1914-1915): «Studies in New Mexican Spanish, Part III: The English elements», *Revue de Dialectologie Romane*, 6, pp. 241-317.

— (1930 y 1946): *Estudios sobre el español de Muevo Méjico*. Trad. y reel. con notas por Amado Alonso y Àngel Rosenblat. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1946.

FRAGO, Juan Antonio (1999): *Historia del español de América*, Madrid, Gredos.

KANELLOS, Nicolás (ed.) (2002): *En otra voz. Antología de la literatura hispana de los Estados Unidos*, Houston, Arte Público.

KANELLOS, Nicolás y ESTEVA-FABREGAT, Claudio (eds.) (1993-1994): *Handbook of Hispanic Cultures in the Unites States*, Houston, Arte Público-ICI.

LOPE BLANCH, Juan M. (1987): «El estudio del español hablado en el suroeste de los Estados Unidos», *Anuario de Letras*, 25, pp. 201-208.

— (1990): «El estudio coordinado del español del suroeste de los Estados Unidos», *Anuario de Letras*, 28, pp. 343-54.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (1552): *Historia general de las Indias*, Zaragoza: Ed. de Jorge Urria Lacroix, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, Caracas, Ayacucho, 1979.

MARTINELL GIFRE, Emma (1992): *La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos*, Madrid, Mapfre.

MORENO FERNÁNDEZ, Francisco (ed.) (1993): *La división dialectal del español de América*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.

OBREGÓN, Baltasar (1584): *Historia de los descubrimientos de Nueva España*. Eva Mª. Bravo (ed.), Sevilla, Alfar, 1997.

OCHOA, George (2001): *Atlas of Hispanic-American History*, New York, Checkmark Books.

RAMÍREZ ALVARADO, María del Mar (1998): «Mitos e información: geografía fantástica y primeras apreciaciones del continente americano», *Actas de las IV Jornadas Internacionales de Jóvenes Investigadores en Comunicación*. La Laguna, Universidad de La Laguna, 1998. <http://www.ull.es/publicaciones/latina/biblio/actasjovenes/60alva.htm>.5-10-2002

UDALL, Stewart L. (1987): *Majestic Journay. Coronados´s Inland Empire*, Santa Fe, Museum of New Mexico Press.

VIGIL, Neddy (2001): «El español de Nuevo México», *II Congreso Internacional de la Lengua Española*, Valladolid, Instituto Cervantes-Real Academia Española. <http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/valladolid/ponencias/unidad_diversidad_del español/3_el_español_en_los_EEUU/vigil_n.htm>. 5-10-2002

VIGIL, Neddy A. y GARLAND, D. Bills (2002): «El atlas lingüístico de Nuevo México». http://www.ucm.es/info/circulo/no10/vigilbills.htm.5-10-2002.

WEAVER, Thomas (1992): *Los indios del gran Suroeste de los Estados Unidos*, Madrid, Mapfre.

WISSLER, Clark (1940): *Indians of the United States*, New York, Doubleday. Lucy Wales Kluckhohn (ed. y rev.), New York, Anchor Books, 1989.

WOODWARD, John A (1967): «The Anniversary: A Contemporary Diegueño Complex», *Ethnology Journal*. Recogido en *The Diegueño Indians*, Ramona, Ca., Acoma Books, 1975, pp. 15-23.

Pero ¿cuántos hablan español en Filipinas?

*Rafael Rodríguez-Ponga**

Manuel Alvar –Don Manuel– nos enseñó el amor por el estudio de la lengua en su diversidad geográfica e histórica. En su inmensa labor docente e investigadora, supo no sólo transmitirnos su pasión por las palabras, sino también su voluntad por ensanchar nuestro conocimiento sobre el español en los lugares más remotos del planeta. Algunos –siguiendo sus periplos por España y América– nos fuimos hasta las Marianas[1] y Filipinas. Sobre estas últimas, nos hablaba de la «responsabilidad de salvar la propia lengua»[2].

En España, es frecuente oír un lamento romántico sobre Filipinas, referido a la lengua, como indicando que a través de ésta hay un amor que va quedando en el olvido. Muchas veces he oído decir, con tono contrariado: «Pero ya no hablan español...». Incluso hace años, me atreví a preguntarle al Ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, si el Gobierno iba a emprender alguna acción cultural y me dio una respuesta tajante: «Se ha perdido el español y no hay nada que hacer». Pero Alvar nos da un consejo práctico: «No hagamos demasiado sentimentalismo del problema y atengámonos a unos hechos». Por eso me pregunto, pero ¿cuántos hablan español en Filipinas?

En realidad, sigue habiendo miles de hablantes, pero hay que tener presente que nunca se habló como la lengua materna de un porcentaje elevado de personas. En 1898, podemos calcular que como mucho, el 15 ó 20% de la población sabría hablar español. Unos años antes, el porcentaje sería mucho más pequeño; en 1870 podría ser en torno al 2,5 ó 3%. La cifra no sería mayor en Guatemala, Bolivia o Paraguay, pero un siglo después son países hispánicos en los que conviven las lenguas precolombinas con el español.

* *Doctor en Filología por la Universidad Complutense.*

[1] *Don Manuel dirigió mi Memoria de Licenciatura sobre las palabras de origen español en la lengua de las islas Marianas, el chamorro. Nos prestó –a Paloma Albalá y a mí– una gran ayuda para preparar nuestro viaje a Filipinas y Marianas en 1985, con ayudas del Instituto de Cooperación Iberoamericana, la Comisión del V Centenario y la Fundación Juan March.*

[2] *Manuel Alvar,* Por los caminos de nuestra lengua, *Alcalá de Henares, Univerisdad de Alcalá, 1995, p. 206.*

El gran historiador y humanista filipino Antonio M. Molina nos aclara la situación:

«Recordemos que el idioma español no fue nunca vehículo de expresión de la mayoría de nuestro pueblo. Siempre fue el patrimonio exclusivo de una minoría [...], lo que nos ahorraría el rasgarnos las vestiduras innecesariamente y nos aliviaríamos de todo escándalo. A fin de cuentas, esa minoría pervive en nuestros días»[3].

Las causas para que el español no arraigara en Filipinas son múltiples: la principal es la falta de población hispanohablante llegada desde España o Hispanoamérica, salvo en Manila, Cebú o Zamboanga. Faltó en general en el país un grupo de lengua materna significativo que arraigara y que permaneciera en el tiempo y en el espacio. En todo caso, el español era la lengua oficial de la Administración, de la cultura y de la Universidad[4].

El español era también una lengua de uso religioso, pero ciertamente no era *la* lengua de la Iglesia: se ha achacado en algunas ocasiones a los misioneros el deseo de que los filipinos no aprendieran español. Son ganas de culpar siempre a los mismos. Todos conocemos la voluntad de los misioneros de predicar a los infieles en sus propias lenguas. Con ello no hacen más que seguir lo que dice San Pablo (I *Corintios*, 14,9): «Si con el don de lenguas no proferís un discurso inteligible, ¿cómo se sabrá lo que decís? Seríais como quien habla al aire».

El principio del discurso inteligible lo aplicaron en América, Asia, Oceanía. A los misioneros debemos una inmensa producción lingüística[5]: gramáticas, diccionarios, catecismos bilingües, que nos muestran cómo eran las lenguas en el momento de la llegada de los españoles. La primera gramática de tagalo se debe a fray Francisco de Blancas de San José, de 1610[6].

Si los misioneros no predicaban en español, sino en las lenguas filipinas (tagalo, ilocano, cebuano, ilongo, bicolano...) no hacían más que repetir la experiencia de América, donde enseñaron en las lenguas indígenas, aunque aquí sí acabaron creándose sociedades hispanizadas, y allí no. Tal vez hubiera un problema de jerarquía de objetivos: la Corona española estaba

[3] *Antonio M. Molina, «Presencia española en Filipinas», en* Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia, *Manila, Asociación Asiática de Hispanistas, 1989, p. 75.*

[4] *Sobre el español en Filipinas en general, vid. Antonio Quilis,* La lengua española en cuatro mundos, *Madrid, Mapfre, 1992.*

[5] *En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se está llevando a cabo, a cargo de la doctora Paloma Albalá, la recopilación y estudio de la labor lingüística de los españoles en Asia y Oceanía.*

[6] *Hay una reciente edición facsímil: Fray Francisco de San José,* Arte y Reglas de la Lengua Tagala, *estudio y edición de Antonio Quilis, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica (Agencia Española de Cooperación Internacional), 1997.*

en Filipinas para cristianizar, más que para hispanizar. Esto actualmente a muchos les puede parecer un poco extraño, pero es la realidad. Felipe II decidió continuar con la presencia en Filipinas por razones religiosas, frente a los informes que le decían que la empresa resultaba demasiado costosa.

Y si las Filipinas fueron españolas se debió, en gran parte, a una decisión propia. Ante la crítica de que la presencia española se estaba llevando a cabo sin el consentimiento de la población, en 1598 se hizo un *referendum*. Fueron preguntados –en sus respectivas lenguas– los caciques, jefes o cabezas de familia. La mayoría contestó que querían ser españoles; otros pusieron reservas o condiciones sobre los impuestos o sobre el cambio de tal o cual funcionario[7]. Los filipinos quisieron ser españoles, pero no significaba que quisieran hablar español. La idea de que la política y la lengua van juntas se ve alterada en muchas ocasiones y Filipinas es un caso evidente: 300 años de presencia política no sirvieron para extender una lengua. Tal vez aprendieran algo de español, sí, pero nunca dejaron sus lenguas.

Como hemos dicho, los misioneros no iban a hispanizar, sino a evangelizar, que es lo suyo, y con gran éxito. Es cierto que, directa o indirectamente, podrían contribuir en gran manera al conocimiento mutuo de los idiomas español y filipinos. Y, sin duda, han sido un importante elemento de hispanización.

En Manila, la capital del archipiélago, el español sí llegó a estar más o menos generalizado, hasta el punto de que se ha calculado en torno al 50% la proporción de personas que sabrían español a finales del siglo XIX[8]. Había, ciertamente, distintos grados de dominio de la lengua, de bilingüismo, de cambio de código, de interferencias. Unos –españoles o filipinos– dominaban el español, mientras que otros lo mezclaban, lo hablaban a medias, en el llamado *español de tienda, español de mercado, español de parián, español de cocina*, y el *chabacano*.

Cuando el académico filipino Guillermo Gómez Rivera defiende que el 60 ó 70% tenía el español como segunda lengua, creo que debe de referirse más bien a Manila y a otras grandes ciudades; y que incluye esas variedades y grados de conocimiento de español.

[7] *Antonio M. Molina,* Historia de Filipinas, *Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1984, pp. 98-99.*

[8] *Pilar Louapre, «El idioma español en las islas Filipinas en el pasado y en el presente», en* Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia, *Manila, Asociación Asiática de Hispanistas, p. 284.*

Los españoles (funcionarios civiles y militares, comerciantes, religiosos), las familias mestizas, los tagalos de cierto nivel –que eran muchos– tenían el español como su lengua habitual. En Intramuros –el barrio antiguo amurallado de Manila– el español era la lengua corriente hasta la segunda guerra mundial. Y muy cerca, en el barrio de Ermita, se hablaba una variedad española criolla, popular, llamada *chabacano*.

«Filipinas fue configurando su propio ser nacional» en español, escribió Alvar. La Independencia se hizo en español. La Declaración de Cavite y la Constitución fueron redactadas en español. Sin embargo, el fusilamiento del héroe nacional filipino José Rizal (gran escritor en español) y, sobre todo, la invasión estadounidense (que acabó por las armas con los sueños de independencia) y su decidida política lingüística, fueron elementos claves en la visión negativa de lo español.

En la primera mitad del siglo XX, ya bajo control estadounidense, el predominio del español como lengua de cultura era claro. Pero Estados Unidos ya tenía la idea moderna de política lingüística: el poder no puede conformarse con que aprenda su lengua el que quiera: hay que imponerla. Y así lo hicieron. Extendieron la enseñanza del inglés y postergaron el español con todas sus fuerzas, hasta el punto de que se ha hablado de persecución.

Curiosamente esos fueron años de gran presencia cultural, hubo un florecimiento de la literatura en español, una Edad de Oro paralela a nuestra Edad de Plata. La prensa en español vendía miles de ejemplares.

Hasta la segunda guerra mundial, el español era la lengua culta de Manila. Pero los dos barrios antes citados (Intramuros y Ermita) fueron destrozados. La conquista de las islas por Japón y la posterior reconquista por parte de Estados Unidos hicieron desaparecer del mapa lo más hispánico de la ciudad. Estados Unidos emprendió la acción deliberada de atacar precisamente lo que más recordara a España. Intramuros quedó devastada y hoy –más de cincuenta años después– renace entre chabolas y ruinas para convertirse en un foco de turismo cultural de Extremo Oriente: la ciudad más europea de Asia. El barrio de Ermita quedó totalmente aniquilado: hoy es un conjunto de edificios modernos, con hoteles, oficinas, apartamentos y tiendas. Pero ¿sólo se destrozaron los edificios? Gómez Rivera habla claramente de genocidio: los hispanohablantes murieron a millares.

Después de la guerra, el inglés se impuso como lengua de la potencia triunfadora, pues Estados Unidos había ganado ya tres guerras (en 1898 contra España, en 1902 contra los independentistas filipinos y en 1945 contra Japón). Y a España se la asoció políticamente con los países perdedores. El retroceso político, social y demográfico del español estaba claro. Hubo, realmente, un cambio generalizado de actitudes lingüísticas.

Digámoslo claramente: la desaparición del español como lengua pública de Filipinas se ha debido a una decidida política en la que estadounidenses, filipinos y españoles han sido cómplices.

Nuevo estatus

El español cambió de estatus: fue sustituido por el inglés como lengua de la enseñanza, de la Administración, de la prensa (y, por supuesto, después, de la radio, de forma que ya quedó fuera de la televisión), incluso de la Iglesia; y, por supuesto, como lengua internacional. El español quedó relegado cada vez más al ámbito familiar. Se mantenía como asignatura en el sistema educativo, es decir, se seguía enseñando español, pero no *en* español, y cada vez con menos relevancia pública. Es decir, el español ha llegado a desaparecer como lengua B (lengua del entorno, con presencia social y pública, de uso cotidiano) y ha quedado sólo como lengua A (materna, primera o del hogar).

Y queda de dos formas, que son las dos formas que se han hablado siempre: en primer lugar, el español normal, más o menos culto, estándar, con sus rasgos propios y naturales como español filipino, entre las familias mestizas de Manila, Cebú y otras ciudades, con connotaciones sociales de elegancia, por ser un símbolo de cierta clase social que invocaba raíces europeas. Pronto pasó a ser visto también como un rasgo de cursilería, propio de quienes resultaban pretenciosos. En Manila, creo que la percepción social hizo que quedara el tagalo –lengua materna general– como lengua popular, el inglés como lengua moderna asociada a los triunfantes, y el español como lengua anticuada de una minoría que miraba al pasado. He conocido a un matrimonio de filipinos hispanohablantes perfectos que durante años no se han atrevido a hablar español más que en privado o en contextos internacionales: hacerlo en público ante filipinos hubiera arruinado su carrera política, porque hubieran resultado presuntuosos y presumidos a los ojos de muchos compatriotas. Y ese uso privado hace que el español pueda aparecer, en algunos casos, casi como lengua secreta: la usan los matrimonios mayores cuando no quieren que nadie les entienda. Y es que hoy lo hablan –como lengua de familia– sobre todo las personas mayores. Sin embargo, la realidad del país nos enseña que el español es –o era– también la lengua familiar de muchos filipinos de Bulan, Naga, Iloilo, Bakolod, Davao y Cagayán de Oro[9].

[9] *Quilis*, op. cit., *p. 185.*

Y en segundo lugar, ha quedado y con mucha más fuerza el *chabacano* (en el sentido de «popular, vulgar»), lengua criolla hispano-filipina, que refleja el contacto del español con el tagalo, el cebuano y otras lenguas, y que quizás esté emparentado con los criollos malayo-portugueses. El chabacano se encuentra, en el área de Manila, en la ciudad de Cavite, en Ternate y –como ya ha quedado dicho– antaño en Ermita (aún he podido yo mismo encontar algún ermiteño que habla su lengua); y en el área de Mindanao, en Zamboanga, Davao, Basilan y Cotabato[10].

Desde la Constitución de 1987, el español ya no es lengua oficial. Hasta ese momento se había mantenido nominalmente como una de las lenguas oficiales (junto al tagalo o pilipino y al inglés), lo que implicaba que era lengua de estudio obligado en colegios y universidades. La situación de los profesores –con enorme voluntad pero con pocos recursos–, la falta de metodología moderna y sobre todo la falta de motivación del alumnado, que no consideraba el español como una lengua útil para su futuro profesional, hicieron que se convirtiera en una asignatura molesta para la mayoría de los estudiantes.

La asignatura de español sirvió de muy poco. Alvar nos da –una vez más– la clave: «La castellanización del niño da unos frutos raquíticos [...]; si no hay una conciencia inmediata de utilidad, la castellanización se empobrecerá o –incluso– desaparecerá»[11].

Hoy, el español sigue tenido reconocimiento constitucional, aunque ya no sea oficial. Según la Constitución, el español es una «lengua de promoción voluntaria», al igual que el árabe: «Spanish and Arabic shall be promoted on a voluntary and optional basis». La lengua nacional es el filipino y éste y el inglés son oficiales. Las lenguas regionales tienen la consideración de «lenguas oficiales auxiliares».

Los datos

Las estadísticas de hablantes son irregulares y pueden parecer realmente desconcertantes. Aquí se podrían aplicar todas las reservas expresadas con gran acierto por Gregorio Salvador sobre «los alegres guarismos de la demolingüística».

[10] *Sobre el chabacano, vid. los estudios de Mauro Fernández, John Holm, Michael L. Forman y John Lipski en* Estudios de Sociolingüística, *Universidad de Vigo, vol. 2, 2, 2002.*

[11] *Manuel Alvar,* Hombre, etnia, Estado. Actitudes lingüísticas en Hispanoamérica. *Madrid, Gredos, 1986, pp. 62-63.*

El censo de 1990, basándose en una muestra del 10%, daba las cifras estimadas de hablantes de lengua materna:

Total	60.559.116
Tagalo	16.911.871
Cebuano	14.713.220
Chabacano	292.630
Español	2.658
Inglés	32.802

De ese total de hispanohablantes, la mayoría (1.897) vivían en la Región Capital Nacional, es decir, en Manila y zona metropolitana. La mayoría de los hablantes de chabacano viven en Mindanao Occidental: 265.001.

En este censo, el español aparece con más hablantes que dieciséis lenguas filipinas. Sin embargo, aparece dentro del grupo de las lenguas extranjeras, por detrás del chino y del japonés.

Es importante señalar que este censo no dice cuántos hablan inglés o español como segunda o tercera lengua, dato que sería importante para conocer la extensión real de las lenguas.

La cifra de 2.658 hispanohablantes parece, a primera vista, estrepitosamente mínima. Y sin embargo resulta que, en cualquier caso, un número tan pequeño aparentemente es un avance, con respecto al censo de 1980, que nos ofrecía los datos de lenguas y dialectos hablados generalmente en los hogares privados[12]:

Total	48.098.960
Tagalo	14.263.710
Cebuano	11.641.675
Español	1.609
Inglés	32.310

Según los datos oficiales, el español habría experimentado un avance porcentualmente muy significativo entre 1980 y 1990, mientras que el inglés prácticamente no tendría modificaciones.

Si retrocedemos un poco más, los censos nos dicen que en 1970 eran 2.506 personas y en 1975 eran 4.819 quienes hablaban español como primera lengua aprendida[13].

[12] *Andrew Gonzalez y M.ª Lourdes S. Bautista,* Language Surveys in the Philippines (1966-1984), *Manila, De La Salle Unversity DLSU Press, 1986, p. 56.*

[13] *Andrew Gonzalez y M.ª Lourdes Bautista,* op. cit., *p. 54.*

En los últimos treinta años, por tanto, la cifra de hispanohablantes se ha movido entre los mil seiscientos y los casi cinco mil hablantes, como lengua A (es decir, primera, materna o del hogar).

Los datos de los censos no son del todo comparables porque preguntan cosas que no son exactamente iguales (primera lengua aprendida, lengua materna, lengua hablada en casa). Además, han sido acusados de inflar las cifras a favor de las grandes lenguas filipinas, y en parte se basan en muestreos y no en recogida de los datos de toda la población.

Esas cifras tan exiguas contrastan con un dato interesante: el censo de Australia de 1991 registró 1.142 personas que hablaban español en su casa y que habían nacido en Filipinas[14], lo que hace suponer que el número de filipinos hablantes de español en Filipinas debería ser mayor.

Los últimos censos no han preguntado algo que creo fundamental para conocer realmente la extensión del español: habría que saber cuántos lo hablan también como lengua C (es decir, lengua de cultura, de comercio internacional...). Otros censos sí nos daban más información, como el censo de 1970 que daba un dato importantísimo: la cifra total de hablantes de las lenguas oficiales, ya las tuvieran como primera lengua o como adquisición posterior. Los resultados fueron[15]:

Total	36.684.486	
Pilipino/tagalo	20.257.941	55,2%
Inglés	16.409.133	44,7%
Español	1.335.945	3,6%

Es interesante comparar este dato de hablantes totales de español, con los censos anteriores, que muestran que la mayor cifra obtenida por el español en toda su historia en Filipinas, en términos absolutos, fue precisamente la de 1970, lo que no deja de ser llamativo, de acuerdo con el siguiente cuadro[16]:

Año	Población	Español	%
1873	5.151.423	144.463	2,46
1903	7.635.426	978.276	14,00
1918	10.314.310	757.463	11,80

[14] *Mario Daniel Martín, «El español en Australia», en* El español en el mundo, Anuario del Instituto Cervantes 2002, *Madrid, Instituto Cervantes/Círculo de Lectores/Plaza&Janés, 2002, p. 212.*

[15] *A. Gonzalez y M. L.Bautista,* op.cit., *p. 59.*

[16] *Pilar García Louapre,* El idioma español en Filipinas desde la conquista a nuestros días, *Madrid, 1990, p. 129.*

1939	16.000.000	417.376	2,60
1948	19.234.182	345.111	1,80
1960	27.097.687	558.634	2,10
1970	36.691.486	1.335.945	3,60

Como puede observarse, durante el siglo XX el español fue perdiendo hablantes hasta llegar a su nivel más bajo después de la segunda guerra mundial. Posteriormente, a pesar de que iba desapareciendo de la vida pública, su número de hablantes iba en aumento, hasta superar con creces el millón de personas. ¿Y qué pasó después de 1970?

Es más difícil tener datos precisos de los años posteriores. Está claro que no nos interesa saber sólo cuántos lo hablan como primera lengua o como lengua habitual en casa, por importantes que sean estos datos. Nos interesa saber cuántos filipinos lo saben hablar y cuántos lo usan.

Es importante insistir en la realidad plurilingüe de la sociedad filipina: hablan siempre su lengua materna en casa, aprenden todos en el sistema educativo el filipino y el inglés y, si aprenden el español, lo hacen como tercera o cuarta lengua. Ahí estriba en gran parte la dificultad de su extensión actual. El español en Filipinas no es, para la inmensa mayoría de los filipinos, la segunda lengua, sino por lo menos, la tercera.

Un estudio del año 1973, llevado a cabo por Rodolfo Bulatao, sobre el uso de las lenguas en cinco grandes ciudades (Gran Manila, Naga, Tacloban, Cebú y Davao), arrojó los siguientes datos[17]:

Lengua	Como primera lengua aprendida	Como lengua hablada
Tagalo	26,7%	85,9%
Inglés	0,8%	71,9%
Español	0,1%	5,1%

Estos datos son interesantes: el español y el inglés como lenguas maternas son insignificantes entre la población filipina; como lengua adquirida posteriormente tienen una incidencia muy distinta, con absoluto dominio del tagalo y del inglés y escasa presencia del español. De todas formas, el cinco por ciento no es una cantidad despreciable ni mucho menos. A algunas personas esto les parece mucho y exagerado, porque creen que no hay tantos hispanohablantes en Filipinas, pero en realidad esto significa que el 95% de los filipinos NO habla español.

[17] *Gonzalez y Bautista,* op. cit., *p. 61.*

El estatus privado del español hace que uno pueda estar hablando en inglés con un filipino cuya lengua materna es el español. En mis viajes a Filipinas y la región, mi insistencia por decir siempre algo en español me ha hecho descubrir hispanohablantes que se estaban expresando en inglés con todo el mundo. Recuerdo el caso de un hombre de 39 años que aprendió el español como lengua materna, pero dejó de hablarla cuando murió su madre siendo niño, porque el tagalo pasó a ser la lengua familiar. Hablaba español lentamente, con algún titubeo, pero con fluidez y claridad, y con alegría por poder hablar conmigo en la lengua de su infancia. ¿Debe considerársele como hispanohablante? Depende de la pregunta: si nos interesa la primera lengua aprendida, diremos que sí; si preguntamos la lengua hablada en casa, diremos que no; si le preguntamos «¿habla usted español?», dirá que sí; si le preguntamos «¿qué lengua usa con más frecuencia?», contestará de forma que no aparecerá como hispanohablante.

Lo importante es que habrá que definir qué es lo que queremos saber y para ello habrá que preguntarse qué es un hispanohablante o qué entendemos nosotros por tal cuando hacemos un recuento o damos una cifra de cuántos hablan español en Filipinas. Y además deberemos fiarnos de lo que nos quieran contestar los propios interesados; y esto puede depender de actitudes lingüísticas, modas, prejuicios e incluso de la relación que se establezca entre encuestador y encuestado. Creo perfectamente posible que a un encuestador español alguien le diga que sí es hispanohablante (aunque lo hable deficientemente) y que, pongamos por caso, a un investigador estadounidense le diga lo contrario.

Hace unos años escribí que el español en Filipinas era hablado por un millón y medio de personas[18]. Hubo quien me dijo que me había quedado corto; y hubo quien me reprochó que había exagerado el número. Insisto: depende de lo que estemos contando.

El embajador Ortiz Armengol hablaba de unos cientos de hablantes de avanzada edad; mientras que hay otros datos que proporciona Antonio Quilis, el mayor especialista en la lengua española en Filipinas, que ha recorrido el archipiélago de ciudad en ciudad y, en algún caso, como dice él mismo, contando los hispanohablantes o chabacanohablantes de uno en uno.

Quilis calculaba en 1996 unas cifras muy superiores:

«La situación actual no es nada optimista: de acuerdo con las últimas estadísticas, un poco más del 3% de la población filipina, es decir, 1.816.773 personas, aproximadamente, tienen el español como lengua materna; a

[18] *Rafael Rodríguez-Ponga, «Filipinas: millón y medio de hispanohablantes», en* YA, *23 abril 1986, p. 28.*

ellos hay que añadir alrededor de 1.200.000 hablantes de chabacano, criollo español en fuerte expansión en el sur»[19].

Francisco Moreno y Jaime Otero[20], en 1998, calculaban ese mismo 3% como 1.816.289 hablantes de español en Filipinas. Por su parte, Pilar Louapre da un porcentaje algo mayor:

> Pero hoy el español no ha muerto. Lo leen y lo escriben el 5% de su población. Entre estos hispanohablantes hay grupos que no cesan en su lucha, que no se resignan a perder su lengua y una parte importante de su cultura[21].

Sinceramente creo que se debería estudiar más y delimitar mejor quiénes son hablantes de español como lengua A y quiénes como lengua C. No sólo por conocimiento estadístico, sino porque la acción educativa y cultural con respecto a un grupo u otro debería ser distinta. Una cosa es referirnos a los que hablan español como una lengua filipina, familiar, por minoritaria que sea; y otra es aprenderlo por razones históricas o por sentido práctico moderno como lengua extranjera.

Instituciones

Como país hispanohablante, aunque de forma claramente parcial, funciona, con sede en Manila, la Academia Filipina de la Lengua Española, correspondiente de la Real Academia Española. Es la institución filipina que aglutina a los fil-hispanos. La actual Presidenta de la República, Gloria Macapagal Arroyo, es miembro de la Academia, por ser una ilustre hispanohablante.

Por su parte, el Instituto Cervantes de Manila hace una inmensa labor de enseñanza del español y de difusión de la cultura española y fil-hispana. Dirigido con gran acierto por Javier Galván, como antes lo fue por Maruxa Pita y Mauro Fernández, es una parte esencial de la presencia española. Y el número de alumnos ha aumentado en los últimos años.

[19] *Antonio Quilis, «La lengua española en Filipinas», en Manuel Alvar (dir.),* Manual de dialectología hispánica: el español de América, *Barcelona, Ariel, 1996, p. 234.*

[20] El español en el mundo: Anuario del Instituto Cervantes 1998, *Madrid, Instituto Cervantes/ArcoLibros, 1998, p. 78-79.*

[21] *Pilar Louapre, «El idioma español en las islas Filipinas en el pasado y en el presente», en* Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia, *Manila, Asociación Asiática de Hispanistas, 1989, p. 290.*

En las universidades filipinas, la enseñanza del español está presente, aunque es limitada. Maruxa Pita[22] contabilizó, en 1995, 15.518 universitarios estudiantes de español (la mitad de ellos en Manila), que representaban sólo el 0,9% del total de los estudiantes de enseñanza superior de Filipinas. Los centros en los que se impartía español eran 70, el 5,4% del total. De ellos, tan sólo 22 utilizaban libros de texto y sólo 5 tenían medios audiovisuales, y otros tantos, biblioteca de libros en español.

Lo significativo es el número de estudiantes por universidad. Las cuatro universidades con mayor número de alumnos son –en Manila– Trinity College (presbiteriana), University of the Philippines (UP, estatal), New Era (de la Iglesia de Cristo) y Miriam College. Llama la atención que la «Real y Pontificia» Universidad de Santo Tomás, fundada en en el siglo XVII, no se encuentre entre las cuatro primeras; y que dos sean protestantes: enseñan español por razones prácticas, pues para predicar su doctrina en el mundo hispánico es mejor un filipino, de un país católico y de cultura al fin y al cabo hispánica. La UP es la única que tiene enseñanza completa de estudios hispánicos (hasta doctorado) y la de mayor nivel. La otra pone especial énfasis en el servicio exterior.

La Agencia Española de Cooperación Internacional financia a tres lectores de español en Manila (UP, Santo Tomás y la Normal), con intención de ampliar su número en próximos años a otras universidades de Manila y, si es posible, de otras ciudades.

En la enseñanza primaria o secundaria, el español sólo se enseña en unos pocos colegios privados como el Poveda (teresianas). El español es una asignatura ausente del sistema educativo público. Así es. Además, falta en Filipinas un colegio en el que se enseñe *en* español. Creo que es esencial y me consta que el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte trabaja en ello. Considero de gran importancia fijarse en los grupos sociales que aún mantienen el español o el chabacano, por lo que es de gran interés que haya un colegio español en Manila. En este sentido, hay que felicitarse por la creación de una Consejería de Educación en la Embajada de España en Manila, aprobada hace tan sólo unas semanas por nuestro Consejo de Ministros.

La realidad hace que aprender el español *ex novo* sea difícil. Todos hablan su lengua materna (ilocano, cebuano, pampango, etc), y todos deben aprender la lengua nacional (filipino, basado en el tagalo) y el inglés. Es

[22] *María Dolores Pita, «Situación de la enseñanza del español en Filipinas», en* Actas del Cuarto Congreso de Hispanistas de Asia, *Seúl, Asociación Asiática de Hispanistas, 1996, pp. 653-662.*

decir, para muchos filipinos el español sería la cuarta lengua o, al menos, la tercera lengua. Intentar tal poliglotía parece complicado. Y el sistema educativo no da facilidades. Pero centrarse en nuestra actuación en los grupos que aún mantienen el idioma y se sienten familiar y afectivamente vinculados a lo hispánico, puede dar buenos resultados.

Un nuevo idioma se aprende por su utilidad y debemos preguntarnos por qué se ha insistido tanto desde España en que los filipinos aprendan español. ¿Por orgullo nacional nuestro? ¿Qué ganan los filipinos por saber español? Quizás la instalación de empresas españolas en Filipinas ayuda a que haya un cierto mercado de trabajo de personas que sepan español, pero es curioso que en los últimos años los más interesados hayan sido ciertos grupos protestantes: han descubierto que tienen más éxito en Hispanoamérica si sus misioneros son filipinos que hablan español, procedentes del catolicismo y del mundo hispánico. Lo que sorprende es que muchos filipinos aún no hayan descubierto la utilidad moderna del español, algo de lo que ya se han dado cuenta sus vecinos japoneses, chinos, coreanos, tailandeses... Los filipinos, que podrían llevarles esa ventaja, se han quedado atrás en el mundo asiático en esta cuestión.

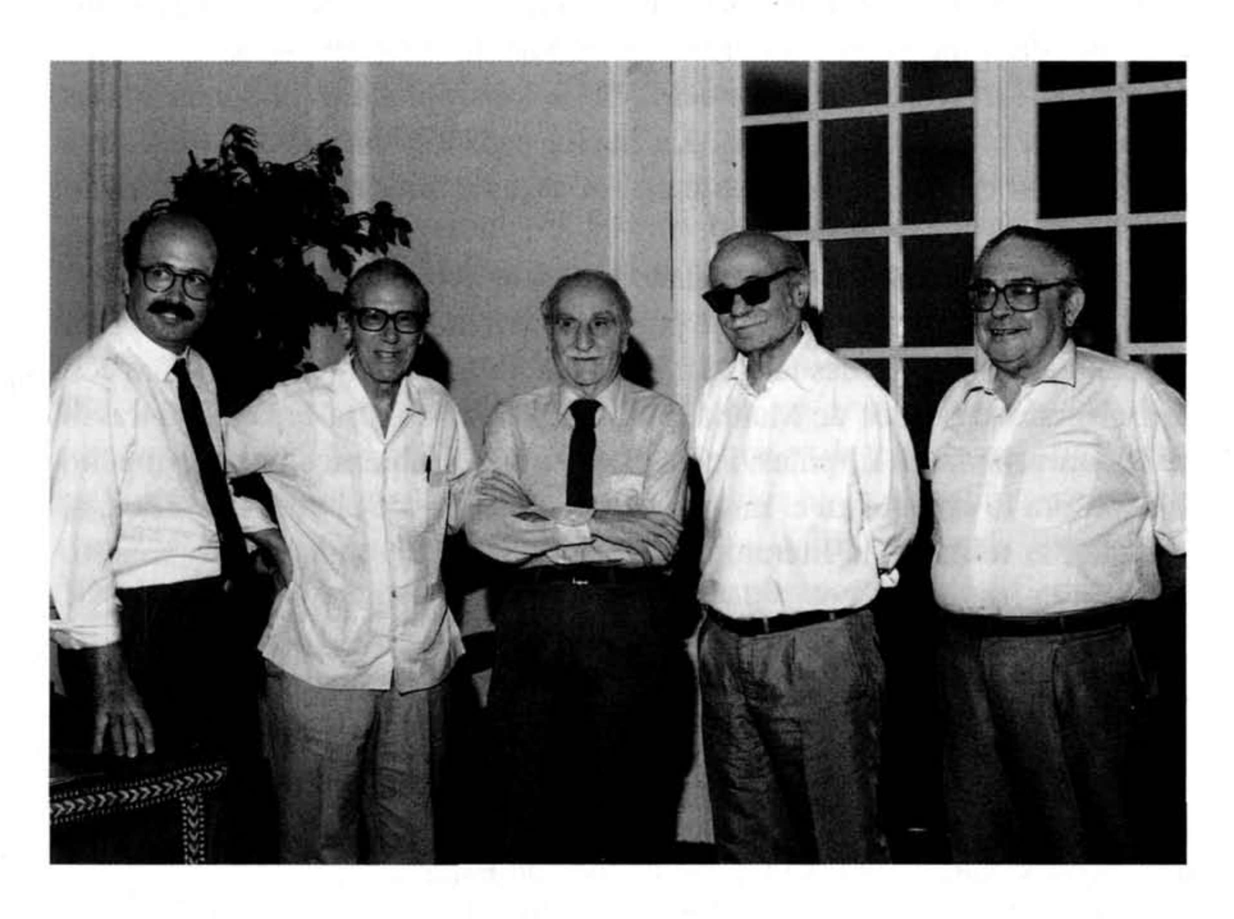
Centrarse en que los filipinos «deben» hablar español para ser más «amigos» nuestros me parece un error. La cultura filipina está llena de rasgos españoles. La religión católica del 85% de los filipinos es la herencia más clara de la presencia española. La huella española ha quedado en otros muchos ámbitos de la vida cotidiana: la arquitectura, el folklore, la música, etc.

Por ello, la acción cultural española podría y puede extenderse a otros aspectos. El nuevo programa que pusimos en marcha (en 1997, en vísperas del centenario del 98) desde el Ministerio de Educación y Cultura junto con la Universidad Ateneo de Manila, para difundir la cultura española a través de las universidades filipinas, va en este sentido. Habremos logrado mucho si se valora lo español en el mundo universitario desde el arte, la música, el derecho, la religión, la literatura, la historia, la economía, y por supuesto también la lengua.

Y no podemos descuidar que mucho de lo que se reconoce como hispánico es mexicano, o hispanoamericano en general. La relación con España se hacía a través de México y, en concreto, a través del galeón de Acapulco. Por ello, debemos tener muy en cuenta que los mexicanos consideran que son ellos, en gran parte, los colonizadores de Filipinas. En este sentido, los mexicanos son los mejores aliados de España.

Como resumen final podemos decir que hay un pequeño grupo que tiene el español como lengua A (primera lengua, lengua materna o lengua del

hogar); que ya no existe el español como lengua B (lengua aprendida por ser la del entorno cultural, social, comercial...), de forma irrecuperable, al haber sido totalmente sustituida por el inglés, que es lo más significativo; y que como lengua C (lengua extranjera, de cultura) parece que hay un nuevo interés. En cualquier caso, sigue presente en la vida filipina. Como me dijo hace unos años un manileño, «pilipino no habla español, pero entiende poco, poquito».



Francisco Flores, José Luis Cano, Francisco Ayala, Ernesto Sabato y Manuel Alvar.
Málaga, 1989

Notas históricas sobre el uso de la lengua española en las Islas Marianas

*Paloma Albalá**

«La historia de las islas del Pacífico es singular y dramática; allí, acaso más que en cualquier otro sitio, se vio la genialidad de unos hombres que contaban solo con su propia iniciativa. Aislados de su mundo, sin vinculación posible, quedaban a merced de un destino que, tantas veces, les fue hostil. Y, sin embargo, en la lejanía y en la soledad dieron testimonio de fidelidades». Manuel Alvar[1]

Las Islas Marianas se vincularon a España a partir de 1521, fecha en que la expedición de Juan Sebastián Elcano, que lograría dar la vuelta al mundo, las reconoció. Fue el momento en que los españoles se lanzaron a explorar el Pacífico y «descubrieron» y tomaron posesión de casi todas las islas de Oceanía. El archipiélago de las Marianas fue español hasta los últimos años del siglo XIX y durante ese tiempo, fueron las islas de hispanización más dilatada y profunda de toda Oceanía, de forma que conservan hasta hoy una huella todavía rastreable de lo español. El archipiélago, situado en el Océano Pacífico, al norte del Ecuador y al este de Filipinas, está integrado en la actualidad, jurídicamente, por dos entidades territoriales: la isla de Guam, posesión de los Estados Unidos, y las Marianas del Norte, estado asociado a Estados Unidos.

Durante muchos años no hubo más que contactos esporádicos entre el archipiélago del Pacífico y los marinos españoles. Es en 1565 cuando la expedición de Legazpi toma posesión de ellas para la Corona española. En esa expedición iba un marino, piloto mayor de la Armada, llamado Esteban Rodríguez que, en su crónica, inserta un vocabulario de la lengua que hablaban los habitantes de las islas[2]. Es el primer testimonio que tenemos de lo que era la lengua de las Marianas en aquel momento.

* *Instituto de la Lengua Española. CSIC.*

[1] *En Florentino Rodao, coord.* Estudio sobre Filipinas y las Islas del Pacífico, *Madrid, Asociación Española de Estudios del Pacífico, 1989, p. V.*

[2] *El vocabulario aparece en la «Relación muy circunstanciada de la navegación que hizo el Armada de S.M. a cargo del General Miguel López de Legazpi desde 21 de noviembre de 1564 que salió del Puerto de la Navidad, en la costa occidental de Nueva España, hasta su llegada a la isla de Zubú de las Filipinas, y su conquista; con expresión de las derrotas, alturas y señales*

Un siglo después, en 1668, llega a las islas el misionero jesuita Diego Luis de Sanvitores acompañado por cuatro jesuitas más y un seminarista. Enseguida fundan su misión, el primer asentamiento fijo evangelizador e hispanizador que hubo en las islas[3]. Durante la travesía, Sanvitores se había dedicado a escribir una gramática de la lengua mariana[4] usando como informante a un filipino, hablante de tagalo que había sobrevivido al desastre de la *Concepción*, nave que naufragó en las Marianas. Aquel hombre había permanecido diecisiete años en las islas conviviendo con los chamorros y, por tanto, conocía bien su lengua. Era analfabeto pero, puesto que Sanvitores hablaba perfectamente tagalo, pudo adquirir los conocimientos necesarios para llegar a sintetizar la lengua mariana. Así, antes de llegar a las islas, había conseguido aprender a comunicarse en aquel idioma, de forma que pudo empezar a predicar el Evangelio nada más desembarcar.

Durante la primera evangelización de las islas, se llevó a cabo una enseñanza orientada a la conversión, en chamorro. Era el mismo patrón que se hahía seguido en América y en Filipinas. Los misioneros españoles predicaban en la lengua de aquellos a los que tenían que catequizar. Sabían que el esfuerzo de acercamiento lo tenían que realizar ellos y esta era la razón de que aprendieran las lenguas indígenas y escribieran gramáticas y vocabularios, a la par que doctrinas y confesionarios. Aprender la lengua era solo un medio para llevar a cabo el objetivo primordial: predicar el Evangelio y lograr la conversión. De todas formas, aunque enseñasen preferentemente en la lengua autóctona, la presencia de la lengua española estaba garantizada por los misioneros.

La gramática de Sanvitores, titulada *Gramaticae Institutiones Marianae Linguae* está escrita íntegramente en latín. Esto es una diferencia con respecto a las obras surgidas en su entorno: las gramáticas de lenguas filipinas

de tierra que descubrió durante su navegación, y de las varias observaciones hechas sobre la variación de la ahuja por Esteban Rodríguez, piloto mayor de la misma Armada y Descubrimiento» (Valdemoro, Manuel, Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos, *Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1947). Antonio Quilis («El primer vocabulario de las islas Marianas»,* Lingüística Española Actual, *X, 1988, pp. 177-181) ha estudiado este vocabulario y ha comparado las voces que recoge Esteban Rodríguez con las del chamorro actual.*

[3] *Con anterioridad, en 1595, ya había habido una misión fundada por el franciscano Fray Antonio de Los Ángeles que se quedó un año en las islas. También de forma temporal, permanecieron en Rota los cincuenta supervivientes del naufragio de la nao española* Santa Margarita *acaecido en el año 1600. Años después, en 1638, otra nao de España, la* Concepción, *encalla en la zona y sus veintiocho supervivientes se refugian en las islas donde quedarían hasta la llegada de algún barco que los recogiese. Ahora bien, el primer asentamiento permanente lo realiza Sanvitores con sus cinco compañeros de orden.*

[4] Cfr. *E. J. Burrus, «Sanvitores' Grammar and Catechism in the Mariana Language»,* Anthropos International Review of ethnology and linguistics, *vol. 49, 1954, pp. 934-960.*

están invariablemente compuestas en español[5]. Ello hace pensar que, muy posiblemente, el destinatario era distinto en un caso y en otro. En Filipinas los misioneros escribían para que otros españoles aprendieran las lenguas indígenas y de esa forma ponían en sus manos el instrumento adecuado para realizar su labor. Sin embargo, en Marianas, el padre Sanvitores, probablemente con la finalidad de que sus compañeros de Orden no españoles que más adelante le sustituirían en su labor, pudieran también tener acceso a la lengua mariana, decide escribir en latín. Apoya esta explicación el hecho de que de los setenta y cinco jesuitas que fueron a las Marianas entre 1668 y 1769, treinta y cinco eran de países no hispanohablantes (italianos, holandeses, austríacos...)[6].

Durante el siglo XVII en las Marianas estaba presente la lengua española en boca de marinos y soldados y cómo no, de misioneros. En 1676 llegó a Guam el primer gobernador español, el capitán Francisco de Irisarri que traía setenta y cuatro soldados y cinco sacerdotes. Es el momento en que se instauró la administración española, que quedaba centralizada en Manila, a su vez dependiente del virreinato de México. La lengua en que se «administraban» las islas, era indiscutiblemente el español.

El contacto entre los tres centros (México-Guam-Manila) se llevaba a cabo por medio del galeón de Acapulco. El barco, propiedad de la Corona, realizaba un viaje al año y fue una ruta muy fecunda en intercambios de todo tipo. Salía del puerto de Acapulco en México y desde 1668 paraba en Guam con el fin de avituallarse antes de llegar a Manila. En su interior transportaba un interesante y variado contingente humano y a través de él tuvo lugar un amplio trasvase cultural en el que la lengua fue una pieza fundamental. El español empezaba a ser moneda común en las islas del Pacífico. En el galeón llegaban a Marianas los españoles peninsulares (misioneros, funcionarios, soldados...); los novohispanos o españoles americanos de otros virreinatos; los filipinos que, por diversos motivos, volvían a su ámbito desde México. Muchas de estas gentes eran bilingües: los americanos hablaban español y en algunos casos conservaban sus lenguas indígenas; también habría indios monolingües de lenguas americanas, precariamente hispanizados; lo mismo sucedería entre los filipinos; e incluso entre españoles de las diversas regiones de España. Ante toda esta variedad se impone sin dificultad como lengua de cultura, de la administración, del

[5] Vid. *Antonio Quilis, Estudio y edición de Fray Francisco de San José.* Arte y reglas de la lengua tagala, *Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, Agencia Española de Cooperación Internacional, 1997, p. 63.*

[6] Vid. *Hezel, Francis X. S.J,* From Conquest to Colonization: Spain in the Mariana Islands 1690 to 1740, *Saipan, Division of Historic Preservation, 1989, pp. 89-90.*

culto y del comercio, la española, que empieza a ser conocida en todos estos territorios.

El español que llega a las islas, a través del galeón, es el español de México con sus peculiaridades propias. Por ejemplo, llegan a Marianas muchas palabras indígenas americanas que designan las costumbres y los productos americanos: *tomate, guayaba, achote, anonas, atule, batatas...*[7] Es importante recordar que incluso los españoles peninsulares que llegaban a las islas lo hacían desde México y que además habían pasado ya uno o dos años como mínimo en el virreinato americano.

Paralelamente, hay que tener en cuenta otro fenómeno y es que la población autóctona de las islas se va reduciendo y se llega en algunos momentos a una escasez flagrante. Ello se debe, en parte, a los agentes naturales a los que siempre han estado expuestas las islas (tifones devastadores, epidemias etc) y también a las guerras continuas hispano-marianas que se suceden a lo largo de la mayor parte de este siglo. Es en 1681 cuando el gobernador militar Antonio de Saravia logra pacificar la región y nombra como vicegobernador a un nativo. Ese mismo año, todos los jefes locales juran fidelidad a Don Carlos II, Rey de España y de las Indias. La reducida población se concentra en las misiones jesuitas de las islas de Guam, Saipán y Rota.

Para paliar esta situación, a lo largo del siglo XVIII se repueblan las islas con mexicanos llegados del virreinato y especialmente con filipinos, principalmente cebuanos, pampangos y caviteños. El español se hace oficial y su uso se va extendiendo en gran parte por su condición de lengua común a gentes de tan diversa procedencia lingüística. Al mismo tiempo, la lengua autóctona de las Marianas, el chamorro, se va transformando por el contacto con el español, que es la lengua cargada de prestigio, con enormes posibilidades de influir sobre la lengua autóctona reducida al uso del ámbito afectivo (familia y amigos).

En el siglo XIX podemos considerar que el chamorro había sufrido una profunda transformación: el contacto prolongado con el español durante al menos dos siglos había producido la aparición de la lengua mixta que hoy es el chamorro.

En cuanto al español que se hablaba en las islas, podemos comprobar que en aquel momento se dio un cambio en cuanto al modelo lingüístico. A partir de 1820 cuando México se declara independiente, el patrón lingüístico deja de ser el español de México y pasa a serlo el español de Filipinas y en

[7] Vid. *Paloma Albalá,* Americanismos en las Indias del Poniente, *Madrid-Frankfurt, Vervuert-Iberoamericana, 2000.*

concreto el español de Manila. De todas formas, ya existía una variedad peculiar de español en las Marianas diferente de las variedades de España, México y Filipinas.

Tal variedad no ha sido descrita nunca. Desapareció a raíz de los acontecimientos de 1898 sin que se hubiera realizado un estudio sobre ella. Sin embargo, por los restos que han llegado hasta nosotros podemos recomponer y suponer algunos de sus rasgos. En mi artículo «El español de los chamorros de las Islas Marianas»[8] traté de hacer esa labor a través de los datos y testimonios que pude recoger en 1985[9], y que más adelante analizamos con algún detenimiento.

En el siglo XIX, el español era la lengua más difundida en las islas, más incluso que en las Filipinas si atendemos a los testimonios de la época. Manuel Sanz, juez de residencia del gobernador de las Marianas, nos deja en sus escritos la siguiente observación. «... lo más corriente que se habla es castellano, que se ha generalizado más que en la isla de Luzón»[10].

Los testimonios son variados a lo largo de todo el siglo; los distintos cronistas y estudiosos hacen hincapié en cómo el español es la lengua más hablada. En los últimos años de la centuria encontramos los datos que ofrece el gobernador de Marianas durante los años 1884-1885, Francisco Olivé y García:

> En Marianas en su mayoría, hablan castellano, hasta en la solitaria isla de Rota, (excluimos los carolinos), tanto, que como en otra parte dijimos, hemos encontrado menores dificultades para entender y hacernos comprender en Marianas que en Guipúzcoa o en Filipinas. Lo que sí hemos notado, que en estas islas va entendiéndose y hablándose menos por la gente joven[11]:

Es importante este último dato que aporta la cita pues hemos de considerar también cómo antes del 98 ya se vislumbraba un retroceso del español en Marianas, retroceso que repercutía en favor de la lengua autóctona que era la lengua materna de un grupo cuantioso en las islas. No hay que per-

[8] Español Actual. Revista de español vivo, *n.º 68, 1997, pp. 63-74.*

[9] *Fue un proyecto en el que formaba equipo investigador con Rafael Rodríguez-Ponga que estaba subvencionado por la Fundación Juan March. La finalidad era estudiar el elemento español en aquellas islas.*

[10] Vid. *Manuel Sanz.* Descripción de las islas Marianas. *1827. Manuscrito conservado en el Servicio Geográfico del Ejército* Apud *Rafael Rodríguez-Ponga* op. cit. *p. 521.*

[11] *Francisco Olivé y García.* Islas Marianas: Lijeros apuntes, *Manila, Imprenta y Litografía de M. Pérez hijo, 1887, p. 89. Se puede consultar en el CDRom* Obras Clásicas para el estudio de la antigua Oceanía Española, *compilado por Paloma Albalá, Madrid, Fundación Histórica Tavera, 2001, (Clásico Tavera, 60).*

der de vista que la población llegada de fuera era en su páctica totalidad de varones, por tanto las mujeres, chamorras, transmitían su propia lengua y jugaron un papel importante en este sentido. Además, hay que tener en cuenta que la condición de chamorro eximía de ciertos impuestos. El propio Olivé y García se expresa así en otro lugar de la misma obra:

> [...] hacia 1830, se organizó la población en cabecerías, y se confundieron las dos razas y figuraron y figuran como chamorros (que hoy día sería muy difícil encontrar algunos de raza pura) la inmensa mayoría de los mestizos y hasta los españoles marianos (hoy solo 38 de ambos sexos figuran como mestizos). Y el motivo fue, según la tradición, por eludir los mayores impuestos que sobre estos pesan [...] lo cierto es que se ha ido y va extinguiendo el castellano en Marianas como si al hacerse chamorros todos ante el impuesto, providencialmente se hayan ido *achamorrando*[12].

Hay que notar, por tanto, que a pesar de ser una zona muy hispanizada donde el español era la lengua indiscutiblemente utilizada en todo registro culto, no dejaba de retroceder como lengua materna. Además, como lengua de la escuela convivía estrechamente con el chamorro, sobre todo en los niveles elementales, precisamente porque era la lengua materna de los más jóvenes[13].

Es éste un momento en el que aparecen varias obras lingüísticas que tienen un importante significado: se elaboran y se publican porque son necesarias. Se ve necesario que los isleños aprendan español porque, a pesar de lo ya conseguido, todavía no poseen la lengua española en el grado y la extensión que se podría esperar. En 1864 y 1865 respectivamente aparecen publicadas en Manila dos obras: un diccionario español-chamorro y la traducción chamorra de una gramática española. Ambas aparecen firmadas por Aniceto Ibáñez del Carmen aunque es muy posible que las elaborase con grandes aportaciones del P. Bernardo Palomo, chamorro nativo, hombre culto, educado y políglota[14].

Se trata de la *Gramática chamorra que traducida literalmente de la que escribió D. Luis Mata y Araujo dedica a las escuelas de Marianas con el fin de que los niños aprendan el castellano el P. Fr. Aniceto Ibáñez del Car-*

[12] Ibid. *p. 93.*

[13] Vid. *Belén Pozuelo Mascaraque, «El sistema educativo en las islas Marianas en el siglo XIX», en Antonio García Abásolo (ed.)* España y el Pacífico, *Córdoba, Dirección General de Relaciones Culturales, Ministerio de Asuntos Exteriores y Asociación Española de Estudios del Pacífico, 1997, pp. 325-342.*

[14] Vid. *Paloma Albalá «Estudios sobre las lenguas de la Oceanía Española de 1898» en* Archivum. Revista de la Facultad de Filología de la Universidad de Oviedo, *L-LI, 2000-2001.*

men, cura párroco de Agaña[15]. Es por tanto, una gramática del español pero en lengua chamorra para que pueda ser realmente eficaz para los niños y jóvenes chamorros cuya lengua materna no era el español sino el chamorro. Al año siguiente aparece el *Diccionario Español-chamorro* que se dedica también a las escuelas de Marianas[16].

Sin embargo, el prestigio del español era indiscutible como lengua de la clase dirigente, del reducido grupo español y del grupo mestizo, que en la primera mitad del siglo XIX cobraron importancia en número. Ellos hablarían ese español, probablemente muy influido por el chamorro, tanto en la fonética como en el léxico, menos, posiblemente, en el nivel morfosintáctico. Rodríguez- Ponga señala que existió un fenómeno de atracción mutua entre las dos lenguas: «mientras el español se veía influido por el idioma nativo, a su vez éste se hispanizaba»[17].

Hay que tener en cuenta que no solo había dos lenguas, el español y el chamorro –tan influido por el español en ese momento–. En las Marianas se hablaban también el carolino y el inglés. El carolino es una lengua surgida como una *koiné* lingüística[18] por la presencia de grupos carolinos procedentes de islas diversas y por tanto con hablas distintas que fueron llegando a las Marianas en sucesivas oleadas durante todo el siglo XIX. El inglés era una lengua muy usada y muy conocida en Marianas desde los años de 1830 debido al intenso comercio que por esos años se había instaurado entre los isleños y los barcos balleneros ingleses y estadounidenses[19].

El año 1898 supone un giro en la historia de todo el territorio. En abril, Estados Unidos declara la guerra a España. Guam era un enclave especialmente codiciado por su posición estratégica y su valor como estación de carboneo en la ruta hacia Hong-Kong. Por estas razones, Estados Unidos toma Guam y unos meses después, por el Tratado de París, España ratifica la cesión de la isla. A partir de ese momento, es ya inmensa la influencia del inglés, lengua que como acabamos de ver, tenía el terreno abonado en las Islas Marianas. Primero el inglés se hizo cooficial con el español, años

[15] *Manila. Imprenta de Ramírez y Giraudier. 50 pp.*

[16] *Manila. Imprenta de Ramírez y Giraudier. 88 pp.*

[17] Op. cit., p. 523.

[18] *La koiné es una lengua común originada a partir de la unificación de distintas variedades dialectales. La palabra fue acuñada en Grecia para designar la koiné griega que se formó con elementos de todos los dialectos griegos.*

[19] *Este hecho lo señala también Olivé* op. cit. *p. 82: «hay muchos chamorros que hablan y algunos que escriben el inglés más o menos correctamente y muchísimos de todas las edades que lo entienden, obligados por la necesidad en sus tratos con los balleneros desde el primer tercio de siglo hasta la fecha».*

después, en 1917[20], sería la lengua única y el español empezaría a retroceder de forma imparable solo mantenido en ciertas familias, normalmente mestizas y por ello especialmente vinculadas con lo español. Se mantuvo también como lengua de la tradición religiosa.

En los primeros años del siglo XX acaecen cambios sociales muy profundos en las Islas Marianas. En Guam, bajo administración de Estados Unidos, los cambios son lentos en un principio, pues durante años se conserva en vigor gran parte de la legislación española que poco a poco va siendo transformada. En cambio, en las Marianas del Norte, vendidas a Alemania en 1899, se declara oficial el alemán ese mismo año y toda la enseñanza se lleva a cabo en esa lengua, de manera que hubo una generación de chamorros instruida en la escuela primaria en alemán. En 1905, los misioneros agustinos españoles fueron sustituidos por capuchinos alemanes con lo que se perdió un foco importante de hispanización. No obstante todo ello, la realidad era que el español seguía teniendo un peso específico en la sociedad de las islas y de hecho, se seguía hablando español en los registros cultos como antaño. La huella lingüística del alemán fue mínima.

A partir de 1914, Japón ocupa las islas y el japonés sustituye como lengua oficial al alemán. La enseñanza se lleva a cabo en esta lengua. De hecho, tuvimos varios informantes, de edad avanzada, que, aunque hablaban chamorro e inglés, poseían la lengua japonesa algo empobrecida por la falta de uso, y pude observar cómo cuando hacían operaciones matemáticas usaban invariablemente esta lengua en la que fueron instruidos. En este período, hay un hecho quizá poco relevante pero que tiene una clara repercusión lingüística. En 1919 los chamorros de Marianas del Norte solicitan de las autoridades japonesas que se permita la vuelta de misioneros católicos a sus islas. A través de un militar japonés católico destinado allí se hace una petición ante la Santa Sede que decide encomendar a España, por razones históricas, esta labor. Poco tiempo después, llegan a Marianas –regresan– los jesuitas españoles. De esta forma, los chamorros pudieron seguir siendo instruidos, al menos en materias religiosas, por españoles y, aunque parcialmente, en español.

El final de la segunda guerra mundial supone un cambio decisivo. Es el momento –1947– en que la ONU crea el Territorio de Islas del Pacífico, bajo la administración fiduciaria de los Estados Unidos, donde van inclui-

[20] *Es el momento en que Estados Unidos declara la guerra a Alemania y hay en todo el territorio una movilización general. Se convoca el primer Congreso de Guam, como órgano consultivo del gobernador y se declara el inglés como única lengua oficial. (Datos tomados de Rafael Rodríguez-Ponga* El elemento español en la lengua chamorra. Islas Marianas). *Tesis doctoral. Inédita).*

das Guam y las Marianas del Norte, que entran en el control estadounidense después de los años de dominio japonés. Todo el archipiélago de las Marianas queda, por tanto, en la órbita de los Estados Unidos. Las consecuencias lingüísticas se harán presentes enseguida. El inglés se convierte en la única lengua oficial del territorio, en Guam ya lo había sido desde 1917 pero en Marianas del Norte se declara como tal este mismo año de 1947. Da comienzo una política firme y decidida enfocada hacia la implantación del inglés y claramente agresiva hacia la erradicación del español y el chamorro. En las escuelas se prohíbe a los niños, bajo castigo, hablar una lengua distinta del inglés y desde los medios de comunicación de masas se presentan las ventajas de que los niños aprendan solo inglés en sus casas. La supresión de una lengua materna –situación que tenía el chamorro– era más difícil, pero el español, que, como hemos visto, no era la lengua materna de ningún grupo representativo numéricamente de la isla una vez expulsados los españoles, retrocedió en pocos años hasta su desaparición como código de comunicación. Añadamos que no sólo se procuró la desaparición de la lengua sino que se borró deliberadamente todo vestigio español: la plaza de España de Guam, donde se levantaban la catedral y el palacio del gobernador, fue literalmente arrasada. Con la finalidad de hacer un campo de béisbol para los soldados, los *bulldozer* estadounidenses destruyeron por completo el conjunto histórico-artístico. No era gran cosa, sobre todo si lo comparamos con Manila o no digamos con México, pero era la historia de la isla y de su gente.

Durante decenios (los años cuarenta, cincuenta, sesenta...) el panorama lingüístico de las Marianas estuvo dominado por el inglés. Era la lengua utilizada en la administración, la escuela, en toda actividad pública y avanzaba, incluso, como lengua de familia, especialmente en Guam. Convivían durante este período con el inglés otras lenguas como el chino, el coreano y varias lenguas asiáticas habladas por las comunidades de inmigrantes establecidas en las islas. Así también, había minorías hablantes de otras lenguas de Oceanía. El chamorro y el carolino estaban recluidos en el ámbito familiar, donde también empezaba a sentirse la invasión del inglés.

El cambio de mentalidad que suponen las ideas gestadas a finales de la década de los sesenta tienen también su influencia en el uso de la lengua. A partir de los años 70 podemos comprobar cómo las lenguas autóctonas van ganando presencia pública: en 1974 el chamorro se declara lengua cooficial con el inglés en Guam. Hay una voluntad decidida por parte de muchos sectores de revivirlo, de hablarlo y de elevarlo en su categoría social. En las Marianas del Norte, la cooficialidad del chamorro y el carolino con el inglés no llegará hasta 1985 cuando se aprueban por *referen-*

dum cuarenta y cuatro enmiendas que reforman la Constitución promulgada oficialmente en 1978.

En cuanto al español, en ese momento ya era sólo una lengua residual como lo es hoy en día. A partir de esos años podemos decir que el español había desaparecido totalmente como código de comunicación entre los chamorros y sólo se conservaban algunos restos.

Una parte de las encuestas lingüísticas que realizamos en Marianas las dirigimos a personas mayores de 70 años que entendían español aunque podían hablarlo, en la mayoría de los casos, con gran dificultad. Habían aprendido nuestra lengua durante su infancia en las catequesis de los misioneros españoles que enseñaron en las islas hasta los años cuarenta. Poseían un español enormemente empobrecido, debido a la falta de uso y la ausencia de modelos normativos. Tal español solo puede considerarse, como ya he dicho, una lengua residual. En el marco de una situación de lenguas en contacto, como la de Marianas, cuando se da una serie de condicionamientos sociales y políticos, puede ocurrir que una de las variedades que conviven se debilite hasta desaparecer. En los estadios inmediatamente anteriores encontramos las lenguas residuales.

En la actualidad, un número considerable de chamorros puede recitar oraciones o cantar canciones[21] en español y lo hacen sin comprender prácticamente lo que dicen. Estas plegarias y canciones se conservan de forma parecida a como nosotros podemos recitar algunas oraciones o cantar villancicos en latín.

Este tipo de material lingüístico se caracteriza por estar elaborado con un lenguaje especial, el llamado lenguaje literal. Son mensajes destinados a perdurar, a ser reproducidos en sus propios términos; tienen, por tanto, en virtud de ciertos recursos, la posibilidad de ser recordados por el hablante y en consecuencia, de ser transmitidos oralmente o por escrito pero siempre en los mismos términos en que fueron cifrados. El ritmo, la rima, la melodía, etc. ayudan a recordar o, en su caso, a inventar con cierta coherencia[22].

Una de nuestras informantes de Guam, Eugenia Aflague de León Guerrero, no podía sostener una conversación en español pero recordaba y reproducía con extraordinaria fidelidad oraciones, jaculatorias y villancicos, que nosotros recogimos en nuestra grabadora. La grabación suya comenzaba así:

[21] Vid. *Paloma Albalá, «Canciones españolas en las Islas Marianas» en Dolores Elizalde, ed.* Imperios y naciones en el Pacífico, Filipinas, Micronesia y otros espacios, *Madrid, CSIC, 2001.*

[22] *Me remito a los puntos de vista de Fernando Lázaro Carreter sobre el mensaje literal. Vid Fernando Lázaro Carreter «El mensaje literal» en* Estudios de Lingüística. *Barcelona. Crítica. 1980, p. 160.*

> I'm from Guam and I'm going to say these night prayers in Spanish. I learnt it from my mother, and my mother learnt it from my grandmother, so she teach me and I carry on and I´m to teach my grandkids.

Es, por tanto, un caso evidente de español transmitido de generación en generación, con clara conciencia de ello, y de español vivo porque siguen cantando y rezando en esta lengua, que en realidad agoniza en sus islas, pero a la que ellos guardan una conmovedora fidelidad.

Además, el chamorro posee un porcentaje elevado –en torno al sesenta– de vocabulario de origen español y quedó afectado no sólo en el nivel léxico, el más receptivo al préstamo, sino en el nivel fonético e incluso en el sintáctico.

La presencia de la lengua española es evidente en los topónimos y antropónimos. Es el rasgo hispano que más rápidamente se percibe, pues continuamente se encuentran personas con nombres y apellidos españoles. En ello tuvo un papel decisivo la introducción del cristianismo por los misioneros españoles. Existen también numerosos topónimos, para empezar por el nombre de algunos archipiélagos (Marianas, Carolinas) y de algunos pueblos y ciudades (Santa Rita, San Roque, etc).

En el momento presente, el español es ya una reliquia del pasado, llamada a desaparecer cuando lo hagan los octogenarios que todavía mantienen algo de español en una situación totalmente residual. Sin embargo, el español en las Islas Marianas está presente debido a una inmigración reciente procedente de los Estados Unidos, México, Colombia e incluso España. El censo de 1980 daba una cifra de 780 personas que hablaban español en casa sobre un número total de hablantes de 92.977[23].

En Guam y Marianas del Norte hay grupos llegados y establecidos en los últimos años. Varios cientos de hispanohablantes –estadounidenses, hispanoamericanos y españoles– viven en las islas. En este sentido se repite la situación histórica de siglos en cuanto a que el grupo que posee el español como lengua materna viene de fuera.

Además, el español se enseña como lengua extranjera en algunas escuelas de Guam y de Saipán en los niveles de secundaria y preuniversitario, y provoca un interés creciente entre la población de las Islas, lo que nos permite decir que el español tiene en este alejado rincón, antaño vinculado al mundo hispánico, una situación emergente. En la Universidad de Guam se

[23] Vid. *Paloma Albalá y Rafael Rodríguez-Ponga,* Relaciones de España con las Islas Marianas. La lengua chamorra, *Madrid, Fundación Juan March, 1986, (Serie Universitaria, 236), p. 14.*

ofrecen actualmente dos semestres de español en el College of Arts and Sciences. Además en el Micronesian Area Research Center de la Universidad de Guam existe un Centro de Estudios Hispánicos y un archivo de documentos de la época española dirigido por la doctora Marjorie Driver.

En conclusión: a pesar de haber sido durante siglos la lengua de cultura de las Marianas, hoy el español es lengua de una minoría foránea o bien objeto de estudio como lengua extranjera. Para la comunidad local es solo un recuerdo lejano vinculado a épocas pasadas.



Manuel Alvar con Ramón Menéndez Pidal y Manuel Fraga. Santander, 1958

Paleografía e historia de la lengua

Pedro Sánchez-Prieto Borja[*]

Es cosa cierta que la ciencia y las materias humanísticas no pueden considerarse al margen de la sociedad que las produce (Bernal 1979) y aunque, por definición, el saber es de naturaleza universal, su suerte en cada país depende de factores complejos que lo impulsan o ralentizan, al tiempo que lo orientan en una o varias direciones de entre las muchas que pudo tomar. Este condicionamiento, que nunca determinismo, se percibe con más nitidez en el caso de las disciplinas que tienen como eje la historia, más sensibles al contexto social y político que las llamadas ciencias experimentales, con serlo éstas mucho. Pero si hay una disciplina que ilustre bien la naturaleza no autosuficiente de las ciencias es la paleografía, cuya situación en las humanidades ha sido inestable, en parte por su carácter multidisciplinar. Y no es que no se haya reconocido su importancia; antes al contrario, nadie discute su valor para conocer el pasado historiable y la literatura de otras épocas, pero es justamente la visión utilitaria o *auxiliar* de la disciplina la que ha condicionado su desarrollo, pues ésta ha primado sobre el establecimiento de unas sólidas bases teóricas y de método que impulsaran el saber para que pudiera después revertir con más eficacia en su aplicación práctica. Tales limitaciones en el desarrollo de la paleografía se dejan sentir más en España que en otros países debido a su situación entre las disciplinas académicas, lo cual vale decir dentro de la universidad española. La mirada a la historia de este saber en los países europeos servirá para percibir mejor cuanto acabo de exponer.

1. Una ocasión para esa mirada histórica la proporcionó hace ya algunos años el centenario del Instituto de Paleografía de la Universidad de Roma (1887-1986). Con esa ocasión, un volumen colectivo hizo balance del estado de la disciplina en Europa y América, aunque finalmente no pudieron cubrirse todas las expectativas, pues falta, sobre todo, el examen de la paleografía en Inglaterra. Aun así, ya la historia misma del *Istituto* romano refleja en buena medida lo que ha sido la andadura de la paleografía, pues no por casualidad Italia ha contribuido decisivamente a la renovación de la

[*] *Universidad de Alcalá.*

disciplina en varios momentos del siglo XX[1]. Los inicios de la paleografía en la Universidad de Roma se vinculan al estudio de los manuscritos latinos, con un apéndice de paleografía griega; en 1887 Ernesto Monacci funda el «*Gabinetto di Paleografia*», y es significativo que en su nacimiento quedara integrado en la sección de Lenguas y literaturas neolatinas de la Facultad de Filosofía y Letras[2]; pero en 1924 pasa a formar parte del «*Seminario* ("departamento") *storico-geografico*». En 1933 se convierte en institución autónoma, y así siguió su andadura hasta que, coincidiendo con su centenario, el «Instituto de Paleografía» fue suprimido y sus profesores quedaron integrados en el «Departamento de estudios sobre la sociedad y la cultura medievales». Esta adscripción sucesiva a secciones centradas en la filología o en la historia no refleja de una manera lineal la orientación de los estudios paleográficos en la Universidad de Roma, como prueba el hecho de que en 1978 fuera nombrado director Guglielmo Cavallo, profesor de paleografía griega.

Una orientación marcadamente positivista tuvo en sus comienzos la paleografía en Francia, donde sobresale, en la segunda mitad del siglo XIX, el erudito Léopold-Victor Delisle, profesor de la «*École des chartes*», que hizo acopio de un sinnúmero de facsímiles de códices y documentos de diferentes regiones, lo que le permitió estudiar las analogías en la ejecución de manuscritos diversos con el fin de reconocer la proveniencia de los manuscritos de un mismo centro escritorio y establecer la datación (Pratesi 1988: p. XIV; Muzerelle 1988:131-134). La paleografía se vinculaba así estrechamente a la diplomática y a la codicología, vía esta última que tan fecundos resultados daría en Francia, para lo cual fue necesario, andando el tiempo, una profunda renovación metodológica, mientras que los progresos en diplomática, en lo que se refiere a sus planteamientos, han sido más bien escasos.

Punto de partida sólido tanto en los fundamentos teóricos como en su aplicación práctica supusieron en Alemania los trabajos de Wattenbach, filólogo de la Universidad de Heidelberg (Pratesi 1988: pp. XIV-XV), que centra su investigación en el devenir histórico de la escritura que se manifiesta en los sucesivos cambios en la forma de cada letra. Pero quizá a nadie deba tanto la concepción eminentemente histórica de la disciplina como a Ludwig Traube (1861-1907), profesor de filología latina medieval en Munich, que ve la paleografía en cuanto actividad del espíritu humano y

[1] *Cosa que Pratesi señala abiertamente (1988: p. XVIII).*

[2] *No me parece del todo banal el matiz de que en italiano sea «Facultad de Letras y Filosofía» y no de «Filosofía y Letras».*

por tanto como un aspecto no secundario de la historia de la escritura (Autenrieth 1988:101-112)[3]. El concepto de «paleografía histórica» alcanzó así un notable arraigo, que se revela, por ejemplo, en la búsqueda de influencias transnacionales en los usos paleográficos, dentro de una línea de investigación que en Italia desarrolló especialmente Luigi Schiapparelli, con sus estudios de las influencias extranjeras en Italia durante la alta Edad Media, y que en España ha tenido sus frutos más granados en la obra de Díaz y Díaz.

En nuestro país, los inicios de la paleografía científica se vinculan al estudio de la escritura visigótica, línea ésta que fue prevalente al menos hasta los años 60 del siglo XX (Gimeno Blay 1988[4]; amplísimo repertorio de la bibliografía española y extranjera en J. y M. D. Mateu Ibars 1974). Rasgo evidente es la regionalización de los estudios, y si es cierto que ha habido aportaciones sobre todo para León, Aragón, Cataluña y Valencia, el territorio castellano ha sido menos estudiado. La línea histórica de la escritura apenas se entrevé en la monumental obra de Millares Carlo (1983), y menos aún las influencias regionales, que se han abordado para la fase visigótica, mientras que no es mucho lo que sabemos acerca del ciclo gótico, latino o romance, déficit éste de la investigación que vendría justificado por la idea del propio Millares Carlo de la uniformidad de la escritura de códices en los siglos XII y XIII. Más creíble que la idea de la uniformidad parece la dificultad intrínseca de establecer áreas, pues nada fácil resulta saber la procedencia de los códices (Torrens 1995:350). Frente al relativo vacío en la escritura gótica libraria, más productivo ha sido el examen de las tradiciones documentales, bien es cierto que centradas sobre todo en las diferentes cancillerías castellana o aragonesa, mientras que las tradiciones monásticas, las locales representadas por los notarios públicos y las señoriales, han sido menos estudiadas, a pesar del previsible papel que éstas últimas tuvieron en la producción de códices durante la baja Edad Media. Nuevas corrientes vinieron a reemplazar en España a la vieja paleografía descriptiva, y a finales de los 80 se produjo una importante renovación que resitúa los estudios en un ámbito socio-histórico. Pero esa renovación se

[3] *Traube señala los siguientes objetivos: a) leer sin fallos escrituras antiguas; b) decidir adecuadamente el lugar de origen y la época de la escritura, y c) identificar y corregir errores que se hayan introducido en la transmisión escrita, en tanto estos errores tienen su origen en una escritura más antigua o con alguna particularidad, dentro de una perspectiva enfocada a la edición de los textos latinos.*

[4] *Gimeno Blay (1988:201) ve en ello la manifestación de una tendencia dominante en la historiografía del momento, que intentaba encontrar los «orígenes de España» en el reino asturleonés. En honor a la verdad hay que señalar que los trabajos de Díaz y Díaz escapan a esta restricción.*

produjo cuando aún no se había cumplido del todo la fase empírica de la identificación de los escritorios, la descripción de los caracteres diferenciales de sus productos y la averiguación de las relaciones entre ellos. Y tampoco quedaba resuelto el problema del origen de la diferenciación entre escritura libraria y documental como tipos claramente distintos en época de Alfonso X, pero que luego convergen por lo general, cierto que no al unísono, pues todavía en el siglo XV hay un tipo librario, empleado un códices bíblicos, por ejemplo, y ligado al uso del pergamino[5].

Un aspecto diferencial con países como Italia, Alemania o incluso Francia ha sido el desinterés de los filólogos españoles por esta disciplina, con la excepción parcial de las letras latinas, donde sobresale la figura de Díaz y Díaz (1979 y 1983), mientras que para la etapa romance el acercamiento paleográfico, siquiera por la necesidad de acceder de primera mano a los testimonios, ha sido hasta hace poco una rareza (excepciones que confirman la regla, Alvar 1992 o Frago 1994).

2. Pero he hablado de renovación en España, y seguramente es más exacto decir cambio de rumbo. La publicación de un densísimo trabajo de Antonio Castillo y Carlos Sáez en el numero fundacional de la revista *Signo* (1994), dirigida por el propio Sáez, y que lleva el significativo subtítulo de *Revista de historia de la cultura escrita*, me exime de presentar los antecedentes de esa nueva orientación. Allí se explica cómo en los países del Este de Europa se elaboró ya en los años 50 lo que que hoy podríamos llamar una sociología histórica de la escritura, fundamentalmente gracias a la obra del búlgaro István Hajnal, que considera ésta no en cuanto manifestación individual sino como producto del cuerpo social; su evolución depende, dice, del carácter sistemático de su penetración en la sociedad (Hajnal 1959; Castillo y Sáez 1994:136). En los años 70, de manera paralela en Inglaterra, Francia e Italia surgieron estudios sobre la alfabetización y sus formas, que relacionan la historia del libro con los cambios en la educación, dentro de una sociología de la lectura y de la escritura en las que se sitúan autores como Chartier y Daniel Roche (referencias en Castillo y Sáez 1994:139). Sobre campo hispánico son conocidos los trabajos de Bennassar dedicados al Siglo de Oro en los años 80, en una perspectiva histórica general que vincula el atraso español a la alta tasa de analfabetismo (Benas-

[5] *Esa clara diferenciación se aprecia en los códices historiográficos del escritorio alfonsí, vinculados a la catedral de Toledo, mientras que no tienen esa adscripción geográfica, según creo, los diplomas regios, a pesar de que el titular de la cancillería fuera el infante Don Sancho, hermano de Alfonso X y arzobispo de Toledo.*

sar 1985), mientras que estudios como los más recientes de Augustin Redondo o dirigidos por él se han centrado en la pedagogía, con dedicación especial a la lectura y la escritura (1997); en España destacan los trabajos sobre la alfabetización de Viñao Frago, con la peculiaridad de tener por objeto los siglos XVIII y XIX (múltiples referencias a este y otros estudiosos en Castillo y Sáez 1994:143-149). Pero será en Italia donde surja la orientación de la «historia de la cultura escrita» que más repercuta en nuestro país, gracias a Attilio Bartoli Langeli y Armando Petrucci, sobre todo a raíz del congreso «Alfabetismo y cultura escrita en la historia de la sociedad italiana» celebrado en 1977. Son fines de esta orientación «el estudio de todos los usos activos y pasivos de la escritura, la extensión cuantitativa de los mismos, el análisis de los contenidos culturales e ideológicos transmitidos mediante la escritura o el grado de prestigio social alcanzado en cada momento por las personas alfabetizadas y sobre todo por quienes se dedicaron profesionalmente a la escritura» (Castillo y Sáez 1994:134; Bartoli Langeli 1978:28)[6]. Manifestaciones sobresalientes de esta nueva línea en España, además de la publicación de la revista *Signo* en la Universidad de Alcalá desde 1994, son los trabajos de Francisco Gimeno Blay sobre la escritura en la diócesis de Segorbe entre los siglos XIV y XV (1985) y Castillo Gómez (1997), que estudia los usos de la escritura en Alcalá de Henares durante el Renacimiento, y que tal vez sea el fruto más logrado de esta orientación; y es que el inicio de la Edad Moderna es un momento en que la escritura se abre a nuevos grupos sociales y se hace más complejo su empleo, aparte del mejor conocimiento documental del siglo XV en adelante.

3. La historia parcial de la paleografía aquí apenas apuntada forma parte del esfuerzo legítimo en cualquier disciplina por encontrar un objetivo propio y una metodología específica, además de adecuada a ese objeto, y no fue el de la «historia de la cultura escrita» el único camino para ello. En palabras de Giorgio Cencetti, «la paleografía tiene que encontrar su ritmo y su método en sí misma, y no puede derivarlo de otras disciplinas, ni siquiera de una genérica historia de la cultura» (1948:5; Pratesi 1988: p. XVI). Un caso paralelo ha sido el de la lingüística, que de la mano del estructuralismo postulado a principios del siglo XX por Ferdinand de Saussure (1975) vio en la descripción interna del sistema, organizado en torno a oposiciones formales, su quehacer primordial. Y si aduzco aquí el desarrollo de la lingüística en siglo XX es porque no ha faltado una visión estructuralista de la paleografía. En los años 50, Giorgio Costamagna (1972;

[6] *Muchos trabajos fueron publicados desde 1988 en la revista* Alfabetismo e Cultura Scritta.

Supino Matini 1988:54-57) proyectó sobre la paleografía un modelo teórico tomado del estructuralismo lingüístico, al distinguir en los signos de la escritura un hecho de «sustancia» y una «forma expresiva» (de claro paralelo con la distinción entre sustancia y forma de Saussure. En palabras (que traduzco) de Pratesi (1988: p. XVIII), Costamagna «establece en la comunicación la función gráfica y propone estudiar el signo (hecho de "sustancia" y de "forma expresiva") según un modelo matemático-científico que debería garantizar la objetividad de los resultados, pero, renunciando a valorar la incidencia en el fenómeno del multiforme factor humano, niega el carácter histórico del continuo hacerse de la escritura». El lingüista, y muy en particular el historiador de la lengua, seguramente sonreirá ante tal propuesta, pues reconocerá el mismo sesgo inmanentista que ahora es tan denostado en su disciplina. Pero se equivoca quien crea que las aportaciones de este paleógrafo son de poco peso. Sus investigaciones sobre la direccionalidad de la escritura (el *ductus*) son referencia sólida para entender algunos procesos esenciales de la cursividad (no extrañará, sin embargo, que luego volviera este autor a percibir el peso de lo social y de la historia en la evolución de la escritura). No muy lejos de algunos planteamientos de Costamagna están los de Emanuele Cassamassima (Casamassima y Staraz 1977; Supino Martini 1988:64), aunque, al parecer son independientes, pues también conciben la escritura como estructura, y ve el proceso histórico de renovación como una selección de variantes. Para esa selección habría razones de eficacia. El paralelo con la metodología de la historia lingüística es, de nuevo, manifiesta.

Algunos de los intentos más sólidos de dotar a la paleografía de un método específico se deben a investigadores franceses como Jean Mallon (1952) y Louis Gilissen (1973). El primero estableció con claridad los elementos constitutivos de la escritura, que son, fundamentalmente, el ángulo respecto del renglón, el tamaño y proporción entre las letras, la dirección del trazo o *ductus* y la forma de cada letra. A Gilissen se debe el desarrollo de la llamada «paleografía de análisis», que propugna ante todo la datación de testimonios manuscritos no fechados por comparación con los de fecha conocida, pero no según una impresión subjetiva, sino mediante el análisis (*expertise*), incluso en modo cuantitativo, de los rasgos de escritura, empezando por la forma de las letras. En España, María Jesús Torrens (1995) llevó a cabo una brillante aplicación de este método (cf. Sáez 1997:306-307), pues comparando las formas contextuales (alógrafos) de *d* recta y uncial o inclinada hacia la izquierda, *r* recta y redonda, *s* alta y de doble curva e *i* corta y larga (*j*) llega a situar en el tiempo con bastante verosimilitud el códice del *Fuero de Alcalá* (ca. 1235), lo que, claro está, encaja con

los datos históricos que podemos reconstruir acerca de su motivación y circunstancia histórica en que se compuso (Torrens, en prensa).

4. Si el trabajo de Torrens es particularmente valioso no es sólo por su utilidad para datar códices, lo cual ya es de enorme importancia, sino porque apunta a causas no estrictamente paleográficas en la evolución de la manuscritura: «estos usos gráfico-paleográficos, así como la configuración de lo que en principio fueron meros alógrafos en verdaderas grafías, evidencian la estrecha relación entre la evolución paleográfica y la historia lingüística» (Torrens 1995:369). El caso más significativo es el de la nueva situación de *c* y *ç*. Menéndez Pidal (1976, II § 54.2) explicó cómo en su origen la *ç* era una variante formal de la *z*, situación que manifiesta la escritura visigótica; la indistinción gráfica entre *z* y *c* se refleja igualmente en las primeras tradiciones de escrituras romances de forma prácticamente general hasta bien entrado el siglo XIII, como he podido comprobar en los diplomas de la catedral de Toledo, de modo que hay documentos que o bien solo usan *c* y *z*, con lo cual la distinción entre sordas y sonoras no puede representarse (pues se escribirá igual la sibilante dental sorda de *cabeza* o *arzobispo* que la sonora de *dezir* o *vezes*); como explica Torrens, el *Fuero de Alcalá*, de hacia 1235, que sí tiene *ç*, la emplea todavía como variante formal (alógrafo) de *z*, de modo que el verbo «hacer» puede escribirse como *fazer*, *facer* o *façer*. Sin embargo, compruebo que algunos documentos anteriores habían habilitado el antiguo alógrafo de *z* para las secuencias *ça*, *ço*, *çu*, o lo empleaban como alternativa a *c* en *çe*, *çi* para expresar en todos estos casos el valor sordo, pero no para el sonoro, que se repreentaba por *z* (este reparto se ve ya con toda claridad en documentos tempranos de la catedral de Toledo, por ejemplo en A.2.B.1.1 de 1226).

La intuición de Torrens resulta, a mi entender, cierta, y tal vez pronto pueda formularse inequívocamente una regla al respecto: el cambio paleográfico precede al cambio gráfico, y el proceso de conversión de alógrafos en grafías responde en buena medida a su utilidad para reflejar oposiciones fonéticas, que podrán ser prexistentes, pero que no se reflejaban antes en la escritura. Naturalmente, la fijación gráfica suele ir acompañada de una evolución formal de los alógrafos para hacerlos visualmente más distinguibles. En general, se aprecia como factor evolutivo de la escritura el aprovechamiento de lo que en principio son variantes formales de la letra para expresar valores fonéticos diferentes, lo que confiere una enorme permeabilidad a los dos niveles de la escritura aquí en liza, el paleográfico y el gráfico. Ejemplo de ese aprovechamiento es el caso llamativo de las dos formas de la *i* señaladas por Fernández López (1996) en manuscritos castellanos del

siglo XIV al XVI; si en el siglo XIII *i* («i» corta) e *j* («i» larga) alternan en empleos vocálicos y consonánticos (*mj*, *iusto*), con factores débiles de regulación como el intento de evitar la ambigüedad en contacto con *n*, *m*, *u* (*ujujr* por *uiuir* «vivir»), la escritura cursiva del siglo XIV distingue con toda claridad entre una «i» larga, que se prolonga sólo hacia abajo, para el valor vocálico (*bjvo* «vivo») y una «i» alta que se prolonga tanto hacia abajo como arriba y que se usa para el valor consonántico (*Justo* «justo»). La distinción, inadvertida hasta el estudio de Fernández López demuestra, insisto, la labilidad de la frontera entre paleografía y grafía, pues si en el sistema gráfico del español moderno tenemos la «jota» con exclusivo valor consonántico, ¿habremos de incluir esa «i» alta como grafema diferenciado de la «i» corta y de la «i» larga? Desde luego, la «jota» no es sino la continuación natural de la «i» alta, pero tal vez resulte, además, significativa la desaparición de la «i» larga como una manera de escribir la vocal, hecho que parece situarse a principios del siglo XVI en alguna tradición documental (Díaz Moreno 1999: § 3.2.1.2.4.), y que sólo en parte va asociado a a la «sustitución» de la gótica por la humanística. Y al respecto es del todo legítimo preguntarse, siquiera para descartar posibilidades, si la nueva oposición entre *i* corta para la vocal y jota para la consonante puede tener correlación con la velarización de las antiguas prepalatales sorda y sonoras, dentro de la hipótesis antes enunciada de que una posible motivación para el cambio paleográfico-gráfico sea el reflejo de las innovaciones fonéticas, cierto que no al unísono, sino con el retraso que se deriva de la necesidad de emergencia social de tales innovaciones para que puedan tener reflejo en la escritura.

La necesidad de una correcta interpretación de los hechos paleográficos es evidente si se quieren obtener deducciones fonéticas fiables acerca de los textos antiguos, y hoy cualquier historiador de la lengua sabe que no es lo mismo atestiguar la confusión entre «ese» sorda y «ese» sonora por el empleo de «ese» alta en vez de doble «ese» (*-ss-*) que por la adopción «ese sigma», pues no en vano, en su origen la «sigma» procede del engarce de dos eses altas, según sostengo (Sánchez-Prieto Borja 1998[1]). Pero no será cuestión baladí la de si el empleo indiferenciado de un mismo signo (la «ese sigma») tanto para lo que suponemos que eran dos fonemas diferenciados sordo y sonoro, indicaba un desistimiento en la distinción que puede ser muestra de que esos fonemas se percibían, ya a principios del siglo XIV, como uno solo. Cierto, claro, que no por todos ni en todos los lugares de la misma manera, pues los «alógrafos» ese sigma y ese alta habrá quien los utilice de manera inequívoca para marcar, respectivamente, la sorda y la sonora, lo que apunta a la coexistencia de distintas «normas», aunque habrá que ver si en el uso efectivo o más bien en la lectura de los textos, pues la

escritura nos proporciona, en primer lugar, una información sobre cómo se leían los textos antes que sobre la de la lengua de uso (Sánchez-Prieto Borja 1998[2]). Por desgracia solo en un caso, aunque no por ello poco preciso, se ha podido notar la distinción apuntada (el escrito en cuestión es de hacia 1500 y se debe a la pluma de fray Juan Ortega, prior de San Bartolomé de Lupiana; Sánchez-Prieto Borja 1998[1]).

El aprovechamiento de alógrafos o formas de una misma letra para expresar distinciones fonéticas o fonológicas hallaría también apoyo significativo de ser cierta la explicación que del uso de *d* «recta» y de *d* uncial en el códice Emilianense 31 de la Academia de la Historia (siglo X) da Claudio García Turza (en Polo 2001:57-65). La *d* «recta» se emplearía en contexto inicial de palabra y en interior de palabra solo tras consonante, mientras que la *d* «uncial» o de asta inclinada a la izquierda se usa en interior de palabras en contexto intervocálico, en final de sílaba interior y en final de palabra, lo que lleva a García Turza a deducir que el primer alófono expresa un valor oclusivo y el segundo un valor fricativo, según una oposición que no ha sido demostrada hasta ahora, pues no parecía que pudiera tener reflejo en la escritura, pero que muchos aceptan en la reconstrucción del sistema fonológico medieval. Estaríamos así ante un motivo que, siquiera para este caso (aunque el investigador lo apunta para el conocido Emilianense 46), corrige la supuesta arbitrariedad en el empleo de *d* recta y uncial señalada por paleógrafos como García Villada y Millares Carlo. La hipótesis, que no parece inverosímil, necesitará ser confirmada tras descartar que el reparto de formas de las letras del contexto no es relevante, posibilidad ésta que ni siquiera se considera en la explicación que propone García Turza, pero que aún parece operativa en códices bastante más tardíos, como el Escurialense I.I.6. de hacia 1250, escrito en romance (Torrens 1995:355-359). Esa regla no es otra que la salvaguarda del paralelismo entre líneas contrapuestas, de modo que la presencia de una letra recta, especialmente *i*, suele seleccionar el alógrafo recto (secuencia *di*). mientras que la uncial se ve favorecida por el contacto con letras redondas (secuencia *do*).

Si el nivel paleográfico puede reflejar cambios en el estatus fonético o fonológico, entonces tal vez no sea inútil para la historia de la pronunciación española rastrear los inicios de la aproximación entre las formas de *b* y *v* que se dio en la baja Edad Media, y que en muchos manuscritos impide no pocas veces veces distinguirlas, como reconoce honestamente José Antonio Pascual (1974:222) para el MS 10186 de la Biblioteca Nacional, del siglo XV. A la recuperación de la distinción plena contribuyó el remplazo de la escritura gótica por humanística, además de la imprenta y la enseñanza de la escritura y lectura con cartillas escolares.

La necesidad de tener muy en cuenta el nivel paleográfico en el estudio del cambio gráfico-fonético me parece hoy evidente, y puesto que esta línea apenas ha sido explorada hasta ahora es posible que en el futuro aporte respuestas hoy no sospechadas. A estas alturas creo que hay que postular de una manera inequívoca la triple correlación entre paleografía, grafía y fonética, en vez de la clásica grafía vs. fonética, por lo que el examen paleográfico debería ocupar así un lugar relevante en el método de la historia de la lengua.

5. El reflejo de la fonética puede ser un motivo para el cambio paleográfico, pero ni mucho menos el único, pues la manuscritura tiene sus propias tendencias, y la selección entre variantes (formas de una letra) puede estar favorecida por su rendimiento funcional. La extensión progresiva de «ese sigma» a todos los contextos (en este orden: intervocálico, interior no intervocálico, inicial e incluso final) que muestran los documentos tardomedievales viene propiciada por la ley de la cursividad, que prima las formas dextrógiras de un solo trazo y fácilmente enlazables con las letras anterior y siguiente. Parece claro que la manuscritura es una realidad compleja, y no cabe esperar que sus claves evolutivas no sean de naturaleza varia, en lo cual el historiador de la lengua volverá a ver un paralelo con la multiplicidad de causas que se postula para el cambio lingüístico (Malkiel 1967).

Insistiendo en la interdependencia entre paleografía, grafía y fonética, estoy convencido de que la evolución de la escritura hay que abordarla globalmente, e intentar percibir sus líneas generales por encima de la inmensa variedad de soluciones. Desde los mandatos débilmente cursivos de Alfonso X hasta la procesal encadenada del siglo XVI hay un recorrido lleno de tentativas diversas, pero que muestra la sustitución de la escritura como representación lineal de la cadena fónica en la que las letras y alógrafos son siempre iguales a sí mismas por un modelo en el que éstas varían su forma en función del contexto, y en el que son frecuentes segmentos cuya forma dista mucho de la que tendrían las letras aisladas; es ésta una escritura que en cierta medida se puede considerar «logográfica», pues la palabra ya no se lee «viendo» linealmente todas las letras como en la gótica libraria, tremendamente regular, o en la letra de privilegios del siglo XIII, sino por golpe visual que abarca una palabra entera o un segmento. En otro lugar he apuntado como una de la posibles causa de esta evolución el remplazo progresivo de la lectura con voz, incluso para la intimidad, por la lectura en silencio (Sánchez-Prieto 1998[1]). En la primera, la vista ha de detenerse en todas las letras para distinguirlas dentro de la cerrada uniformidad del renglón que muestran, por ejemplo, los códices alfonsíes; en el modelo «visual» la palabra gráfica se convierte en una especie de símbolo que suscita directa-

mente una imagen mental sin intermedio fónico. Es posible que esto explique el foneticismo de la ortografía del siglo XIII, cierto que nunca absoluto, frente al gran apartamiento que de la fonética muestra la escritura tardomedieval y de los siglos XVI y XVII en sus variedades góticas, pues en ella las grafías expletivas (*hera* por *era*), la presencia de los llamados «grupos cultos» incluso en palabras sin connotación latinizante (*th*, *ch*, *ph*, *bs*, *ct*, *pt*, etc.) y la profusión de abreviaturas sirven para diferenciar visualmente la palabra y, por tanto, favorecen su legibilidad. Luego, la escritura humanística con su *ductus* combinado dextrógiro-levógiro, que conseguía agilidad de trazo sin «deformar» las letras, la imprenta y la escuela con la enseñanza por cartillas impresas, contribuyeron a aminorar la distancia entre grafía y fonética, aun dentro de una notable variedad ortográfica.

6. Tras lo visto, cabrá preguntarse si la motivación de los cambios en la escritura hay que buscarla exclusivamente en su estructura interna, y en concreto en la interrelación entre los tres niveles antes presentados. Y otra vez el paralelo con las preguntas que se han formulado los historiadores de la lengua resulta evidente. La orientación estructuralista, y en buena medida también el generativismo, que han dominado en la lingüística del siglo XX llamaron la atención sobre los factores internos para explicar los cambios (todo sistema, se ha dicho, en una de las formulaciones más inteligentes, es inestable, por lo que tiende a reajustarse; cf. Hjelmslev 1976). La sociolingüística de los años 60 en adelante, primero en Estados Unidos y luego en Europa, y que tiene en Labov (1972) al representante más conocido, propuso un modelo teórico para explicar el cambio basado en la relevancia que los grupos sociales conceden a unas variantes en detrimento de otras de entre las que la lengua les ofrece, y puso en el prestigio social de unos usos frente a otros la clave de su propagación. Se daba así una explicación no inmanente al cambio lingüístico que ha contado con amplísima aceptación. Y los historiadores de la lengua española, pongamos por caso, entienden que los motivos internos son insuficientes para dar cuenta de su evolución, pues los factores socio-históricos resultan determinantes. Ya lo percibió así hace años Rafael Lapesa (1951:226 y 1978), y lo expresó con claridad meridiana: «la historia lingüística sólo encuentra sentido como un aspecto de la Historia general». Un fenómeno como el leísmo se podrá explicar por los cambios de régimen de intransitivo a transitivo de los verbos latinos (*ayudar a alguien / ayudarle*), por la tendencia a diferenciar persona de no persona (*el libro lo veo / a Juan le veo*) o, como parece demostrado, por la operatividad de la distinción contable/no contable (*el libro le compro / el vino lo compro, la leche lo* _sic_ *compro*), pero en la historia están las cla-

ves de que las fronteras de ese leísmo castellano asociado a referentes contables sean las que fueron y las que son, historia que es en sustancia la de la repoblación medieval del territorio castellano, según demuestra Inés Fernández-Ordóñez (2001) en un extraordinario estudio reciente.

La cosa es clara en teoría, pero no tanto en la práctica, pues una vez aceptado que el cambio lingüístico se debe al doble juego de factores internos y externos, lo difícil será conjugar ambas motivaciones; es decir, satisfacer en la explicación de cada proceso las exigencias del funcionamiento interno de las lenguas y las del marco histórico en el que ese proceso tiene lugar, pues al respecto no hay una receta única, ya que cada cambio, el leísmo, la apócope o el que sea, tiene su específica «dinámica» interna y sus propios avatares históricos.

El problema nunca del todo resuelto es, por tanto, el de cómo interactúan estas dos clases de factores. Pero independientemente de los resultados, o quizá no, el modelo propuesto por la historia de la lengua es del todo razonable. No creo disparatado decir que la explicación que se ha dado en las últimas décadas del cambio lingüístico ofrece un modelo apropiado para entender la evolución de la escritura y lo que se puede llamar el cambio en el nivel paleográfico o «cambio paleográfico» sin más.

7. El inmanentismo no es una virtud científica de por sí, y más si se pretende aplicar a entidades complejas que sólo revelan su auténtica naturaleza en su evolución histórica, pues sólo la historia pone de relieve lo que cambia y lo que queda, y es el ser-en-el-tiempo del hombre y de sus manifestaciones culturales lo que da su carácter específico a las humanidades. Pero ni la lengua ni la escritura son de naturaleza exclusivamente cultural, sino que están incardinadas también en la naturaleza psíquica del hombre, que es la misma en nosostros y en quienes anteayer inventaron la escritura y, con ella, la historia. De esta naturaleza psíquica nacen ciertos principios universales en el cambio lingüístico (sobre la doble dimensión de la lengua véase Martí Sánchez 1998).

La escritura, como la lengua, de la que es reflejo parcial y no del todo homóloga, tiene su propia naturaleza histórica compleja, que también nace de la especial conjunción de aspectos psíquicos, y aun psico-fisiológicos y aspectos histórico-culturales[7]. Los cambios en la escritura son el resultado de una conjunción entre la dinámica interna y los factores culturales que hacen que triunfen unos usos y otros pericliten. La «sustitución» de la gótica por la humanística es un proceso de naturaleza cultural, pero el proceso mismo

[7] *A la tríada clásica que se ha aducido para explicar el proceso de la escritura, «el cerebro –el ojo– la mano», hay que añadir el oído, en diferente medida según el momento histórico.*

revela aspectos internos de la configuración del sistema, que se perciben por contraste con los usos góticos, por ejemplo en el declive de las grafías *lv* y *nv*, que en el siglo XVI competían fuertemente con *lb* y *nb*, o en la citada desaparición de la *j* larga con valor vocálico a lo largo del siglo XVII, que significativamente viene precedida por la restricción en la segunda mitad del XVI a los contextos *mj*, *nj*, *uj* (Díaz Moreno 1999: § 3.2.1.2.4.), que no por casualidad son los mismos por los que empezó su uso en la escritura castellana de los siglos XII y XIII. Factores internos y factores culturales[8] se dan la mano en la evolución de la manuscritura y si me referí a los primeros para intentar explicar el progreso de la cursividad, aquéllos no pueden ser incompatibles con el marco histórico, y aun con hechos materiales, extrínsecos a la estructura interna del nivel paleográfico-gráfico, pero que la condicionan, como es la sustitución del pergamino por el papel, pues «permite» un peor aprovechamiento de la página propio de la cursiva. Es cosa sabida que el que la escritura saliera del ámbito de catedrales y monasterios, hecho que se produce progresivamente desde la segunda mitad del siglo XII, redundará con el tiempo en una diversificación notable de la misma, de modo que los caracteres individuales aflorarán más en la cursiva del siglo XIV que en el estrecho molde que imponían las tradiciones librarias y documentales anteriores.

He hablado de inmanentismo metodológico, y habrá quien lo defienda para la paleografía, siquiera en principio, como hace Ángel Riesco en una larguísima definición con que matiza el capítulo introductorio de Carlos Sáez y Antonio Castillo al manual que el propio Riesco coordina: «por Paleografía se entiende: la disciplina científica de carácter teórico práctico, con campo, métodos y técnicas propias, que se ocupa del conocimiento y valoración global de la escritura y de los testimonios escritos de todos los tiempos [...]», testimonios escritos que este autor propone estudiar «en cuanto signo humano, testimonio y manifestación socio-cultural con funciones concretas [...] cuyo estudio y análisis antropológico, crítico y cultural permiten no sólo la lectura e interpretación correctas de los textos y mensajes [...] sino también su fijación crítica, su valoración y función social, cultural y administrativa», y esos objetivos se concretan en determinar el «origen, evolución, datación identificación y atribución, tanto de la letra y contenido textual como de su autor y autores, de sociedad, mentalidades, niveles y situaciones: culturales, económico-sociales, ambientales y personales y, no menos, su valor filológico, lingüístico, histórico-social, político y jurídico-administrativo, siempre en íntima conexión con la tarea común

[8] *Evito el adjetivo «externo» por la connotación de «marginal» que tiene, incompatible con el peso transcendental que tiene lo histórico-cultural en la evolución de la escritura.*

investigadora del resto de ciencias, principalmente de las historiográficas, filólógicas, sociales, jurídico-administrativas, informáticas y archivísticas» (Riesco 1999:30). Desde luego, bien lejos quedan los «métodos y técnicas propias» de la paleografía de la consecución de unos objetivos tan amplios, pues serán necesarios los de la semiología y la lingüística para entender la escritura como «signo humano» (o sistema de signos), los de la crítica textual para la «fijación crítica» de los textos y mensajes, los de la historia para valorar su «función social, cultural y administrativa». Concebida así, la paleografía resulta desde luego una materia interdisciplinar, pero queda disminuida ante las proporciones de la lingüística, la crítica textual y la historia, pues para las vastas tareas encomendadas «las técnicas y métodos propios» representan una parte del método, ciertamente que imprescindible, pero sólo una parte. En lo que concierne a la «fijación de los mensajes», la crítica textual ha desarrollado una metodología compleja, en la que ocupa su lugar la paleografía (y diré que no un lugar auxiliar) pero la paleografía ni siquiera entendida como estudio integral de la escritura y lo escrito puede sustituir a la crítica textual en la labor de editar los textos. Dicho de otro modo: sin paleografía no hay crítica textual, pero la paleografía no es la crítica textual.

El problema, por tanto, no está en la inmanencia metodológica, sino en los objetivos. La historia de la lengua no tiene «un» método, y somos mayoría los historiadores de la lengua que no nos adscribimos a ningún modelo metodológico de los que se han propuesto a lo largo del siglo XX. Los principios y técnicas de la sociolingüística cuentan con bastante aceptación por su capacidad de explicar cómo funciona la lengua en el seno de una sociedad; harina de otro costal es que esos principios y técnicas se puedan aplicar empíricamente en el estudio histórico de la lengua. Pero el objeto de la historia de la lengua sigue siendo bastante claro, aunque bien difícil: entender el cambio lingüístico, tomado en general y en particular, explicar por qué y cómo cambian las lenguas a lo largo del tiempo y por qué y cómo se ha producido cada cambio. Y para ello ha aplicado principios y métodos de enorme disparidad, cualitativos y cuantitativos, que consideran centrales la intención comunicativa, la tipología lingüística, la interferencia entre lenguas, los principios universales de la evolución de las lenguas, las influencias culturales, los movimientos de población... y hasta la calidad del agua que bebían nuestros antepasados[9], y no uno solo para explicar cada

[9] *Me refiero a la relación que Gregorio Salvador establece entre pobreza en flúor del agua en el norte de España, caída de piezas dentarias y pronunciación bilabial y luego aspirada de la F- inicial latina.*

fenómeno, pues éstos y otros principios y propuestas se han combinado en diversas proporciones según el caso estudiado, y según la inclinación teórica del estudioso. Eso sí, debería quedar salvaguardado el principio empírico de la necesidad de captación rigurosa de los datos en las fuentes escritas del pasado, por lo que el método textual tendría que ser punto de partida imprescindible, por más que no siempre se haya entendido así ni aun hoy todos lo entiendan.

No ha de verse en esta amplitud de enfoques de la investigación en historia de la lengua un mero eclecticismo metodológico, ni una forma de «pensamiento débil»; la gradación entre los diversos planteamientos, la selección de unos frente a otros viene establecida por el problema concreto que se estudie, y en la trayectoria histórica de la disciplina, comparable, por cierto, a la de la paleografía, se ha ido produciendo una decantación de los mismos. Esa variedad de enfoques, en suma, es el resultado de la complejidad del objeto estudio.

8. Con sus errores, tropiezos y contradicciones, pero también con sus logros, la historia de la lengua proporciona a mi entender una experiencia apropiada, por su valor ejemplar, para la renovación de la paleografía. La paleografía habrá de definir mejor su objeto si quiere seguir siendo una disciplina innovadora, y ese objeto no se me ocurre que pueda ser otro que la evolución de la escritura a lo largo del tiempo, que no por casualidad es el mismo de la vieja disciplina a la que Traube puso por rótulo «paleografía histórica». En suma, «viejos problemas, nuevos métodos», según el lema que la lingüística románica ha aireado tantas veces. Pero ¿sólo «viejos problemas»? No del todo. Porque el método apropiado perfila mejor el objeto, y redescubre dimensiones antes no intuidas o no claramente perfiladas.

La evolución de la escritura es, a mi entender, el resultado de la interacción de factores «internos» y «socio-históricos» a lo largo del tiempo, ni más ni menos como en el cambio lingüístico. Sin declararlo explícitamente, a esa interacción apunta Riesco (1999:30), si he entendido bien su propuesta metodológica, cuando señala la necesidad de conjugar paleografía de lectura, paleografía de análisis gráfico-estructural y estudio de la historia, evolución y difusión de la escritura y funciones socioculturales de la misma. Ningún método sobra con tal de que sea apropiado al objeto, que para Riesco es, en el párrafo conclusivo de su densísima propuesta, que pueda «llegar a descubrirse o, al menos, vislumbrar la historia, valor social y verdadero significado de la escritura»; y a esa interrelación entre aspectos internos y «socio-históricos» señala igualmente cuando distingue entre el «substrato» en el que «conviven de forma armoniosa ideas, imágenes y

palabras o sonidos» y «bajo ellas, reflejos de situaciones, tendencias y actos, socio-culturales y jurídico-administrativos de la vida humana y, en defnitiva, parte esencial de la Historia en sentido más amplio». Estoy de acuerdo, y el planteamiento de Riesco se podría resumir tomando prestadas las clarividentes palabras que Lapesa aplicaba a la historia de la lengua hace medio siglo: «la historia de la escritura sólo tiene sentido como una parte de la Historia general». Claro que lo difícil será acertar en las explicaciones que se propongan en ese marco de la Historia general, y para ello una descripción lo más exacta y completa posible de los aspectos internos resulta indispensable[10].

Justo en estos aspectos internos de la escrita habrá que insistir aquí, porque en el término *paleografía* y más aún en el adjetivo *paleográfico* subyace una ambigüedad radical que dificulta comprender cómo se organizan esos factores internos. Porque al identificar paleografía con estudio de la escritura antigua se oscurecía la distinción de niveles de análisis, de tal manera que «paleográfico» iba referido tanto a la forma de las letras como a los grafemas (o letras) de las que esas formas son concreción o materialización[11]. En esa fluida interacción entre nivel paleográfico (forma de las letras, cristalizadas a veces en alógrafos), nivel gráfico (grafemas o letras) y nivel fonético-fonológico (valores fonéticos y fonemas) está a mi entender la clave del funcionamiento interno de la escritura, pero ese funcionamiento no es autónomo, sino que sólo puede comprenderse y explicarse en el marco de la historia general. Que a la discipline que estudie la evolución de la escritura se la llame Historia de la escritura, Paleografía o Paleografía histórica no es lo más relevante, aunque creo menos ambiguo el primer rótulo.

9. En el manual coordinado por Riesco (1999:30) Castillo y Sáez presentan un esquema en el que se distingue entre a) Paleografía de lectura, b) Paleografía de análisis y c) Historia social de la cultura escrita. Las dos primeras son consideradas por estos autores como disciplinas auxiliares de la Historia, Filología, Codicología, Diplomática, etc. La segunda, como una

[10] *El propio Lapesa (1951) se equivocó al atribuir la apócope de la vocal -e en mont, fuert, noch etc. al influjo francés y a vincular su declive a la animadversión que el rey Alfonso X sentía hacia los franceses por el «fecho del imperio». No tuvo suficientemente en cuenta los condicionamientos del contexto fónico en el origen de la misma, y tampoco el hecho de que sea muy frecuente en las obras alfonsíes.*

[11] *A lo que se sumaba la ambigüedad del término* escribir, *pues para Millares Carlo (1983) la Cuarta Parte de la* General estoria *la escribió Pérez de Maqueda, dando por supuesta la referencia a la escritura del códice, mientras que el historiador de la literatura se sorprenderá de esa identificación entre obra y códice (en este caso, del escritorio real).*

«disciplina autónoma» que tiene por objeto saber «quién lo ha escritos» y «por qué se ha escrito» un libro, documento, grafito, etc. El tiempo dirá cuál va a ser en el futuro la orientación de la paleografía, y lo previsible es que coexistan varios enfoques y quién sabe si otros no del todo intuidos hoy[12]. Pero para entender el proceso histórico de la escritura que, recuerdo, tiene una doble naturaleza psico-fisiológica e histórico-cultural, no se podrán desatender los aspectos internos. Desde luego, la paleografía de análisis, la aportación hasta ahora más relevante, a mi juicio, en la comprensión de esos aspectos internos, no puede ser considerada una disciplina auxiliar, y no lo es porque es una vía, todo lo parcial que se quiera, para entender algunas de las claves del funcionamiento y evolución de la escritura. La Historia de la escritura, tal como yo la entiendo, no es una disciplina auxiliar de la Filología ni de la Historia, ni tampoco de la Codicología y la Diplomática. La idea de que unas disciplinas sean auxiliares de otras me parece trasnochada, aparte de que «disciplina» y «auxiliar» sean términos incompatibles, pues implica una gradación de los saberes del todo decimonónica.

Creo, aun así, que la discusión acerca del estatus de la Paleografía tiene no poco de nominal, y por fortuna una obra como la citada de Castillo (1997) es una historia social de la escritura, pero también mucho más, pues en ella el examen siquiera parcial de los aspectos «internos» le dan fundamento teórico y empírico. Creo, sin embargo, que no es irrelevante que se ponga el acento en unos aspectos o en otros. Y la ley del péndulo aducida en lingüística para explicar el sesgo sucesivamente diacrónico o sincrónico de los estudios explica, en parte, que ahora se ponga el acento en lo social. Bien está que sea así, pero no es el único enfoque posible, ni lo que queda fuera de él se reduce al carácter de disciplina auxiliar. Más aún, creo que en ese sesgo del interés se percibe un reconocimiento implícito de la incapacidad de la paleografía tradicional para explicar la evolución de la escritura. Razones de ello, un planteamiento téorico inapropiado y una insuficiente atención al fundamento empírico que, al menos en nuestro país y para la fase romance, ha dejado demasiadas lagunas en la descripción orgánica de las diferencias regionales, la identificación de escritorios e influencias entre ellos, la adscripción de los códices a los mismos, y la descripción de cómo evoluciona la escritura a lo largo del tiempo.

[12] *La historia social de la literatura, por poner un ejemplo que no parece del todo lejano, sigue siendo una orientación importante, pero ni mucho menos ha sustituido a la historia de la literatura, que para la Edad Media conoce ahora un fuerte desarrollo de la crítica textual, que es el campo en el que justamente se han producido más avances, mientras que no ha habido un progreso comparable en la edición de textos del Siglo de Oro.*

Ojalá que esa conjugación entre las tres clases de paleografía que proponía Riesco dé buenos frutos en el futuro. Por mi parte, si resulta atendible alguna de las consideraciones que desde la experiencia en el estudio de una vieja y nueva materia como es la historia de la lengua y desde la familiaridad con códices y documentos antiguos, habré cumplido el objetivo que me proponía en estas páginas. Y lo habré cumplido también si los historiadores de la lengua vuelven sus ojos a la paleografía para buscar nuevas respuestas al viejo y siempre renovado problema del cambio lingüístico.

Referencias bibliográficas

ALVAR, M. (1992): «Paleografía y lingüística en el Ms. 541.B.7 del Museo Británico», *Estudios filológicos en homenaje a E. de Bustos Tovar*, II, Salamanca, Universidad, pp. 519-530.

AUTENRIETH, J. (1988): «Die Münchener Schule. Ludwig Traube. Paul Lehmann. Bernhard Bischoff. Ein Beitrag zur paläographischen Forschung in Deutschland seit dem Ende des letzten Jahrhunderts», en PETRUCCI, A. y PRATESI, A. (1988), pp. 99-130.

BENNASSAR, B. (1985): «Las resistencias mentales», en B. Bennassar y otros, *Orígenes del atraso económico español*, Barcelona, Ariel, 1985.

BERNAL, J. D. (1979): *Historia social de la ciencia*, Barcelona, Península.

CASAMASSIMA, E. y STARAZ, E. (1977): «Varianti e cambio grafico nella scrittura dei papiri latini. Note paleografiche», *Scrittura e civiltà*, 1, pp. 9-110.

CASTILLO GÓMEZ, A. (1997): *Escrituras y escribientes. Prácticas de la cultura escrita en una ciudad del Renacimiento*, Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias-Fundación Superior a Distancia de Las Palmas de Gran Canaria.

CASTILLO GÓMEZ, A. y SÁEZ, C. (1994): «Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre historia social de la cultura escrita», *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 1, pp. 133-168.

CENCETTI, G. (1948): «Vecchi e nuovi orientamenti nello studio della paleografia», *La Bibliofilia*, L (1948).

COSTAMAGNA, G. (1972): *Studi di paleografia e diplomatica*, Roma, 1972.

DÍAZ Y DÍAZ, M. (1979): *Libros y librerías en la Rioja altomedieval*, Logroño.

— (1983): *Códices visigóticos en la monarquía leonesa*, León.

DÍAZ MORENO, R. (1999): *Tradiciones de escritura en la documentación local del Archivo Histórico Provincial de Guadalajara (siglos XVI y XVII)*, Memoria de licenciatura, Universidad de Alcalá (inédita).

FERNÁNDEZ LÓPEZ, M. C. (1996): «Una distinción fonética inadvertida en el sistema gráfico medieval», *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Arco/Libros, pp. 113-123.

FERNÁNDEZ ORDÓNEZ, I. (2001): «Hacia una dialectología histórica. Reflexiones sobre la historia del leísmo, el laísmo y el loísmo», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXI, pp. 389-464.

FRAGO GRACIA, J. A. (1993): *Historia de las hablas andaluzas*, Madrid, Arco/Libros.

GILISSEN, L. (1973): *L'expertise des écritures médiévales. Recherches d'une méthode avec application à un manuscrit du XIe siècle: Le lectionnaire de Lobbes, codex Bruxelensis 18018*, Gand.

GIMENO BLAY, F. (1985): *La escritura gótica en el país valenciano después de la conquista del siglo XIII*, Valencia, Universidad de Valencia.

GIMENO BLAY, F. M. (1898): «La paleografía en España. Una aproximación para su estudio en el siglo XX», en PETRUCCI, A. y PRATESI, A. (1988), pp. 189-209.

HAJNAL, I. (1959): *L'enseignement de l'écriture aux Universités médiévales*, Budapest, Maison d'Édition de l'Academie des Sciences d'Hongrie, 2ª ed.

HJELMSLEV, L. (1976): *Sistema lingüístico y cambio lingüístico*, Madrid, Gredos.

LABOV, W. (1972): *Sociolinguistics patterns*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

LAPESA, R. (1951): «La apócope de la vocal en castellano antiguo. Intento de explicación histórica», *Estudios dedicados a R. Menéndez Pidal*, II, Madrid, CSIC, 1951, pp. 185-226 (recogido en *Estudios de Historia Lingüística Española*, Madrid, Paraninfo, 1985, pp. 167-197).

— (1978): «Historia lingüística e historia general», en *Buscad sus pares, pocos; tres ensayos de R. Lapesa*, Madrid, Seminario de Menéndez Pidal, pp. 13-24.

MALLON, J. (1952): *Paléographie Romaine*, Madrid.

MALKIEL, Y. (1967): «Multiple versus simple causation in linguistic change», en *To Honor of Roman Jakobson*, II, La Haya, Mouton, vol. II, pp. 1228-1246.

MARTÍ SÁNCHEZ, M. (1998): *En torno a la cientificidad de la lingüística: aspectos diacrónicos y sincrónicos*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.

MATEU IBARS, J. y MATEU IBARS, M. D. (1974): *Bibliografía paleográfica*, Barcelona, Universidad de Barcelona.

MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario*, 3 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 5ª ed.

MILLARES CARLO, A. (1983): *Tratado de Paleografía Española*, con la colaboración de J. M. RUIZ ASENSIO, 3 vols, Madrid, Espasa-Calpe, 3ª ed.

MUZERELLE, D. (1988): «Un siècle de paléographie latine en France», en PETRUCCI, A. y PRATESI, A. (1988), pp. 131-158.

PASCUAL RODRÍGUEZ, J. A. (1974): *La traducción de la «Divina Commedia» atribuida a D. Enrique de Aragón: estudio y edición de «Infierno»*, Salamanca, Universidad de Salamanca.

PETRUCCI , A. y PRATESI A. (1988), eds.: *Un secolo di paleografia e diplomatica (1887-1986). Per il centenario dell'Istituto di paleografia dell'Università di Roma*, a cura di Armando Petrucci e Alessandro Pratesi, Roma, Gela Editrice.

POLO, J. (2001), ed.: *Criterios tradicionales y renovadores en la ortografía. Transcripción de una histórica mesa redonda (SEL, diciembre de 1984)*, dispuesto para la imprenta por _, Madrid, Sociedad Española de Lingüística.

PRATESI, A.: «Uno sguardo al passato per affacciarsi al futuro», en PETRUCCI, A. y A. PRATESI (1988), pp. XIII-XXI.

REDONDO, A., ed., (1997): *Figures de l'enfance*, sous la direction d'Augustin Redondo, París, Publications de la Sorbonne-Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1997.

SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, P. (1998[1]): «Para una historia de la escritura en Castilla», *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, La Rioja, 1-5 abril de 1997*, editadas por C. GARCÍA TURZA, BACHILLER, F. y MANGADO, J., Logroño, vol. I, pp. 289-301.

— (1998[2]): «Fonética ordinaria y fonética de la lectura en la investigación sobre los textos castellanos medievales», *Atti del XXI Congresso Internazionale di Linguistica e Filologia Romanza (Centro di studi filologici e linguistici siciliani, Università di Palermo, 18-24 settembre 1995*), a cura di Giovanni Ruffino, Tubinga, Max Niemeyer Verlag, 1998, pp. 455-470.

SAUSSURE, F. DE (1975): *Cours de linguistique générale*, ed. crítica de T. DE MAURO, París, Payot. (Trad. esp.: *Curso de lingüística general*, Madrid, Alianza.).

SÁEZ, C. (1995): reseña sobre TORRENS, M. J. (1995), *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 4, pp. 306-307.

SUPINO MARTINI, P. (1988): «La paleografia latina in Italia da Giorgio Cencetti ai giorni nostri», en PETRUCCI, A. y PRATESI A., (1988), pp. 37-80.

TORRENS, M. J. (1995): «La paleografía como instrumento de datación. La escritura denominada littera textualis», *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, 20 (1995), pp. 345-380.

— (en prensa): *El* Fuero de Alcalá. *Edición y estudio lingüístico*, Alcalá de Henares (incluye facsímil).

Un hombre de esta casa

Blas Matamoro

Durante unas cuatro décadas, Manuel Alvar permaneció ligado a la institución que sucesivamente funcionó bajo los rótulos de Instituto de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana y Agencia Española de Cooperación Internacional. Concretamente, nuestra revista lo contó entre sus colaboradores y publicó diecisiete de sus trabajos de varia orientación (lingüística, crítica literaria, filosofía, ficción) a partir del número 136 que corresponde a abril de 1961, donde apareció «El problema de la fe en Unamuno».

Sin duda, la actividad alvariana de mayor repercusión personal ha sido la de Secretario Técnico de OFINES (Oficina Internacional para la Información y la Observación del Español), fundada conforme a la Cuarta Resolución del Congreso de Instituciones Hispánicas y que fue conducida, en su origen, por Manuel Criado del Val.

Entre las tareas asignadas a dicha Oficina figuran: informar sobre la actual situación del español, relacionarse con los centros de enseñanza de la lengua en todo el mundo, hacer un relevo de las personas dedicadas a dicha enseñanza, elaborar un atlas lingüístico del español y estudiar su situación en zonas especiales y fronterizas con otras lenguas, en particular el Magreb, los sitios de habla sefardí y Filipinas. A tales efectos, cada cuatro años, la Oficina convocaba una reunión internacional cuyo tema permanente era «Presente y futuro de la lengua española».

Por su vocación multidisciplinaria y sus incontables relaciones con las esferas académicas vinculadas a ella, Manuel Alvar consiguió dar especial relieve a los cursos anuales que la Oficina organizaba desde su sede madrileña. Transcurrían entre enero y junio reuniendo a veinticinco becarios entre españoles e hispanoamericanos. Recibían clases dictadas por dos profesores semanales, cuya lista sería fatigoso reproducir, pero que pueden ser evaluados por algunos ejemplos: lingüistas españoles (Antonio Quilis, Gregorio Salvador), lingüistas de otros países europeos (Bernard Pottier, Eugenio Coseriu), lingüistas americanos (Humberto López Morales), historiadores (José Antonio Maravall), escritores (Carlos Bousoño, Félix Grande), críticos literarios (Dámaso Alonso, Ricardo Gullón, Rodolfo Borello).

Los seis mejores alumnos eran favorecidos con un cursillo complementario, que tenía lugar en Málaga durante seis semanas del verano y que se montaba con la colaboración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CESIC) y el aporte de instituciones locales del gobierno y la banca. También funcionaba en el ámbito de la Oficina una Escuela de Investigación Lingüística y Literaria, destinada a trabajos de pesquisa puntual y monográfica acerca de las materias del caso.

Los cursos se dictaron anualmente entre 1965 y 1992. A punto de convocarse el número XXVIII, la institución decidió suspender las actividades de OFINES.

De algún modo relacionada con las actividades que acabo de reseñar está la publicación de la revista *Español Actual*, que apareció bajo la dirección de Alvar entre 1963 y 1991, con frecuencia semestral y algunos números monográficos.

Bajo distintas denominaciones institucionales y siempre con el sello de Ediciones Cultura Hispánica, la casa dio a conocer los siguientes libros de Manuel Alvar:

- *Americanismos en la obra de Bernal Díaz del Castillo*, 1990.
- *Antigua*, con fotografías de Daniel Gluckmann y textos de Manuel Alvar, Luis Morales Chua y Luis Luján Muñoz, 1991.
- *Atlas lingüístico de Hispanoamérica,* en colaboración con Antonio Quilis, 1984.
- *Colectánea lexicográfica*, 2001.
- *Encuestas fonéticas en el suroccidente de Guatemala*, 1980.
- *El español en Paraguay* (en colaboración con Jairo García y otros), 2001.
- *El español en Venezuela* (en colaboración con Florentino Paredes), 2001.
- *La Serena*, fotografías de Vicente Llamazares y textos de Manuel Alvar y Gonzalo Ampuero Brito, 1991.
- *Léxico del mestizaje en Hispanoamérica*, 1987.
- *Norma lingüística sevillana y español de América*, 1990.
- *Nuevo México*, con fotografías de Juan Costa, 2001.
- *Los otros cronistas de Indias*, 1996.

A pesar de su formación científica como lingüista, la obra de Alvar apunta más al habla que a la lengua, por aceptar el vocabulario que Amado Alonso adjudica a su traducción del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. Alvar se interesó por la lengua que vive en el habla, por

la diversidad fonética, semántica y lexical del español en España y, especialmente, en América, que es donde habita la mayoría de sus hablantes. Recorrió incontables paisajes y paisanajes en busca de informantes que le permitieran satisfacer una de sus más fuertes fascinaciones: advertir la unidad de la lengua en la proliferación de las hablas y los dialectos. De ahí su importante conexión con los dialectólogos americanos y las instituciones como las academias de la lengua o de letras con dedicación a la lengua que se ocupan de esta indetenible e inabarcable diversidad del español, tan extendido en la geografía y la demografía americanas. Indetenible e inabarcable como todo lo vivo y, en el caso de nuestra lengua, en constante ampliación de superficies y poblaciones.

Objetivo y cortés, Manuel Alvar daba sitio, en el trato cotidiano que con él tuvimos quienes trabajábamos contemporáneamente en la casa, a cierta cordialidad amistosa. Sus alumnos, colegas y compañeros de tareas lo recordamos como le gustaba definirse a él mismo, un aragonés grave capaz de divertirse – baste recorrer la fina socarronería de sus relatos y poemas – como un maño jotero en las fiestas de su pueblo.



Elena y Manuel Alvar. Olinda, 1959

PUNTOS DE VISTA



Vaso polícromo, período clásico tardío (550-900 d.C.). Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Ciudad de Guatemala

Un bosque de alegorías. Sobre Michel Tournier

Rafael Narbona

Michel Tournier soñó con reescribir la *Ética* de Spinoza, pero sólo ha conseguido escribir novelas. Podría decirse que, en su caso, el espíritu eludió la geometría del teorema para tomar la forma de la intuición y la imagen. Sin embargo, la obra de Tournier no se abastece de la nuda evidencia del relato, sino de símbolos y alegorías que exigen la complementariedad del ejercicio hermenéutico. Esto no significa que su literatura sea un conjunto de meras equivalencias. Para Tournier, la interpretación no es ingenio, erudición o filología, sino un elemento constitutivo de la expresión artística. Cada obra es una red de analogías que presta su voz a un mundo incapaz de hablar por sí mismo. Cada novela abre un espacio donde el ser se transmuta en lenguaje. No es el espejo de Stendhal, sino el *claro* donde se conciertan las cosas para constituir un mundo. Por eso, la figura que más se aproxima a la esencia del arte es la del *doble*, pues éste, al objetivar un aspecto de lo real, rompe el ensimismamiento de las cosas, insertándolas en una trama de correspondencias.

Todo esto viene a decir que el arte no es algo acabado, sino proceso que mantiene su apertura mediante el ejercicio de comprensión inherente a cada lectura. Ésta es la poética de Tournier, que entiende que una vez concluido el texto se convierte en algo autónomo y con la capacidad de trascender los límites establecidos por la división canónica en géneros. Emma Rouault es mucho más que Flaubert, aunque éste haya objetivado su alma en el personaje. No pertenece a su autor, pero tampoco a sus lectores. No es más que lenguaje. Transido de tiempo, no cesa –por utilizar la expresión de Heidegger– de «abrir mundos». En su ausencia, todo deviene espectáculo mudo. No se equivoca el Evangelio de San Juan: la palabra creó el mundo y sólo ella podrá salvarlo. No es el trabajo, sino la escritura se su diario lo que preserva la humanidad de Robinson. El problema del Robinson de Tournier es que coloca el lenguaje al servicio de la subjetividad y el lenguaje no es una herramienta, sino un poder demiúrgico que, al dotar al ser de expresiones saturadas de sentido, infunde vida a lo inerte. Es evidente que no puede atribuirse a la palabra la producción material del mundo, pero en sí misma la idea de mundo sería inconcebible sin un lenguaje que imprimiera formas en el desorden de la percepción.

Desde las postrimeríuas del romanticismo, el arte suele acompañar sus manifestaciones de una teoría sobre la naturaleza de su trabajo. Esta forma de proceder, que adquiere una madurez definitiva con autores como T. S. Eliot o Musil, ha difuminado las fronteras no ya de los géneros literarios, sino de las diferentes disciplinas separadas por la heterogeneidad de sus materiales y la supuesta especificidad de su objeto. La literatura de Sebald, que combina texto y fotografía, palabra y documento, o el ambicioso proyecto narrativo de Quignard, que organiza sus novelas como estampas o *tempi* de una partitura, ponen de manifiesto que la literatura ha entrado en el siglo XXI con una marcada tendencia hacia la hibridez, apropiándose de recursos ajenos y asimilando la necesidad de rebasar sus límites genéricos.

La literatura de Tournier, impregnada del giro hermenéutico y de los planteamientos del segundo Heidegger, se despliega en esa tensión, cuestionando especialmente la supuesta divergencia de intenciones entre la escritura filosófica y el texto literario. Se atribuye al filósofo la búsqueda de la verdad. El autor literario se movería, por el contrario, en el espacio de lo imaginario. Sus obras serían meras ficciones. La evolución de los géneros (particularmente de la novela) ha invalidado esta distinción. *Viernes o los limbos del Pacífico* (1967) pertenece al ámbito del hecho literario, pero su reacción del relato de Defoe no surge de la nostalgia, sino de la posibilidad de llevar a cabo una crítica de la modernidad, empleando «partidas de damas con un juego de ajedrez»[1]. Para Defoe, Robinson era la evidencia de la indudable superioridad de la civilización blanca y cristiana, la confirmación de que la ciencia puede derrotar a las fuerzas de la naturaleza y someterlas a su dominio. Para Tournier, el superviviente del *Virginia* es un ejemplo algo ridículo de esa razón hemipléjica que confunde el conocimiento con la omnipotencia de un demiurgo. Robinson se ve a sí mismo como un colonizador y actúa con esa petulancia de los que se consideran hijos de una cultura superior. De ahí que se atribuya el cargo de gobernador y bautice a la isla con el nombre de *Speranza*, nueva provincia del Imperio que saldrá de la barbarie gracias a la hegeliana «astucia de la razón», ese misterioso rodeo de la historia capaz de convertir la fatalidad (en este caso, un naufragio) en piedra fundacional de una nueva era.

El propósito de Robinson es transformar el caos en orden, la alteridad en taxonomía, pero su obra se aproxima más a las estrafalarias disposiciones de un bufón. Su soledad no le impide levantar una pequeña capilla en la que

[1] *Tournier, M.,* El viento paráclito, *Madrid, Alfaguara, 1994, p. 180.*

hombres y mujeres están rigurosamente separados ni acordar que el dinero, las onzas de oro que salvó del naufragio, se someta a la disciplina de un interés fijo. Estas medidas preservarán la inflación y el decoro, las dos cualidades emblemátics del puritanismo anglosajón. La aparición de Viernes pondrá fin a esta locura. A través de él, Robinson aprenderá a vivir de espaldas al tiempo y recobrará esa inocencia del cuerpo que, ajeno a los valores, no conoce otra fuerza que un deseo exento de fantasías morales.

Viernes aparece en *Speranza* bajo la forma de un salvaje preparado para el sacrificio, pero esa apariencia sólo es un signo que apenas oculta su verdadera condición. Viernes no pertenece a la tierra, sino al aire, pues es un dios, un dios negro donde confluyen Eros y Thánatos. Cantor del Pacífico, Vate de los elementos, Portador de la Inocencia Original, fabricará un arpa eólica que produce una música verdaderamente inhumana, un sonido que reúne la «voz tenebrosa de la tierra» y «la armonía de las esferas celestes». Viernes, en realidad, es Orfeo, pero un Orfeo que vence a la muerte y que anticipa la heliofanía que recibirá Robinson, insólito depositario de la genuina manifestación de lo divino. La gracia no es un don que se otorgue mediante el sacrificio o la renuncia, sino una bendición que produce un gozo ilimitado, una alegría salvaje que se reconoce en la pureza de la risa, tan opuesta a la solemne gravedad de la oración. El cuerpo de Viernes –musculoso, bruñido– proclama la muerte de Cristo y el renacimiento de Venus, pero su mensaje de vida no se agota en esa noticia venturosa, auténtica buena nueva simbolizada por el astro triunfante, sino que se prolonga en la revelación de los Dióscuros, gemelos celestes, de procedencia solar, numinosa, cuya identidad en la diferencia pone de manifiesto que lo finito sólo es una manifestación de lo infinito, una sucesión formada por eslabones que, bajo el aspecto de lo diverso y precario, renueva una y otra vez el viejo adagio platónico, según el cual «el tiempo es la imagen móvil de la eternidad». En realidad, el itinerario de Robinson, un verdadero camino de perfección, no es más que una dolorosa anamnesis a través de la cual se reencuentra consigo mismo y recupera el sentido de lo humano, esto es, su calidad de testigo ontológico de la verdad, de memoria del ser.

El rey de los Alisos (1970) condensa toda su enseñanza en un breve aforismo: «todo es signo». La potencia significativa de las cosas desborda su mera apariencia. De acuerdo con los «maestros de la sospecha»[2], Tournier no se conforma con el dato objetivo, desnudo, sino que busca un sentido, una clave explicativa que establezca relaciones y paralelismos entre los deslavazados hechos de la experiencia. Ese supuesto hilo conductor nos

[2] *Esto es, Marx, Nietzsche y Freud.*

mostraría no ya la estructura del mundo, sino la peripecia humana de Abel Tiffauges, que tendrá que recorrer un largo camino para encontrar la llave que accede al corazón de los signos.

Abel pasa su infancia en el colegio San Cristóbal, donde conoce a Néstor, un obeso y miope muchacho que ejerce una autoridad silenciosa sobre profesores y alumnos, y que se convertirá en su protector y maestro. Néstor le enseñará que la realidad está tejida por signos y que su trama sólo se revela al que consigue descifrarlos. Este modo de proceder permite vislumbrar el absoluto en las evoluciones de un giroscopio, cuyo movimiento perpetuo refleja el juego de la vida. Néstor, que morirá calcinado en un incendio, sembrará en Abel una serie de enseñanzas gracias a las cuales descubrirá su verdadera naturaleza. A través de él, reconocerá su condición de nómada (Abel era pastor; Caín cultivaba la tierra) y su naturaleza fantástica: Abel Tiffauges no es un hombre, sino un ogro, cuyo destino es «servir y dominar, amar y matar»[3]. Al igual que San Cristóbal, soporta sobre sus hombros a esos niños que excitan simultáneamente su ternura y su afán de dominio. Esa afición a la infancia, que no es carnal, sino «pre-sexual, proto-sexual»[4], casi le cuesta la cárcel o el manicomio. En su caso, el estallido de la guerra tendrá un carácter providencial, pues interrumpirá la investigación abierta sobre él, a raíz de un confuso incidente con una menor. Tras su breve estancia en el ejército, cae prisionero de los alemanes y es enviado a Rominten, una amplia extensión de bosque de Prusia Oriental donde el mariscal Göring puede entregarse a su pasión por la caza y la gastronomía. Tiffauges descubrirá que Alemania es el «país de las esencias» y que la afición de los nazis a los ritos y símbolos expresa la verdadera naturaleza de una cultura que concibe la realidad como un plexo de símbolos. Néstor y Göring son figuras paralelas, ogros que saben descifrar el significado de las heces y que entienden la comida como un rito que cierra su ciclo con la defecación. La interpretación de esas masas informes que se configuran al calor del cuerpo, le conducirá hasta el caballo, animal mitológico donde convergen la potencia escatológica y la naturaleza fórica de todo lo sobrenatural. El caballo es «un Genio de la Defecación, el Ángel Anal y la clave de la esencia de Omega»[5], la ciencia coprológica que concibe el universo como el tránsito incansable de lo Uno a lo Múltiple y el inagotable regreso de lo particular a su origen primordial.

[3] *Tournier, M., íbid., p. 125.*
[4] *Tournier, M., íbid., p. 125.*
[5] *Tournier, M.,* El rey de los Alisos, *Madrid, Alfaguara, 1992, p. 284.*

Acompañado de Barbazul, un vigoroso caballo capaz de soportar sus casi dos metros de estatura y sus más de cien kilos, Abel conseguirá que lo destinen al castillo de Kaltenborn, donde bajo la atenta mirada de su aristocrático señor, el conde Herbert von Kaltenborn, se educa a cuatro centurias de las Juventudes Hitlerianas. Asistidos por el *Doktor* Otto Blättchen, el director del centro y todos los mandos del instituto buscan el *Homo Aureus*, ese hombre superior donde la especie humana alcanzará su excelencia. Las tesis de Finkielkraut, según el cual la barbarie del pasado siglo hunde sus raíces en el culto al progreso, se confirman con extravagancias de un régimen que justifica el sacrificio de lo individual en el altar de una entelequia llamada Humanidad. Sin embargo, esta idea no se muestra como un itinerario lineal, sino como un círculo que disuelve las contingencias de la historia en las formas perennes de la eternidad. La masacre de inocentes, la estridencia de la guerra, su furor mitológico, sólo es un holocausto –una ofrenda– donde las brasas humeantes renuevan la alianza con la tradición y los vínculos con la tierra. Es el eterno retorno de lo mismo, que permite el regreso de los muertos y que revela el verdadero sentido de la sangre, ese líquido oscuro que garantiza la continuidad de las cosas. La juventud sacrificada compone una melodía tan antigua como los cantos fúnebres de los héroes de Troya. No hay dolor en esa música, pues los que se despiden de los muertos saben que el sacrificio trasciende lo individual. Es de nuevo la lección de Cástor y Pólux que superan su diferencia ontológica (sólo Pólux, como hijo de Zeus, conoce la inmortalidad) mediante la fusión cósmica. Unidos para siempre en forma de constelación (Géminis), su luz iluminará el firmamento hasta el fin de los días. Gracias a su camaradería –ambos combaten a los piratas y conquistan ciudades–, obtendrán ese destino inmortal que sella definitivamente la escisión abierta por la desigualdad de su origen.

Abel vive su creciente poder sobre los niños –la evolución de la guerra le ha convertido en algo más que un prisionero– como una teofanía. Su trayectoria cada vez le acerca más a esos esclarecidos hermeneutas, que le han ido mostrando el valor de los signos, su paradójica fuerza. Néstor y Göring, la mística de la esvástica, han ejercido sobre él la tutela del maestro que prepara el camino a su aprendiz. Sin embargo, ya no necesita su guía. Abel ya es un ogro con un alma inmortal. El conde de Kaltenborn, *Komandeur* y señor del castillo, le sacará de su error. «Todo está en los símbolos»[6] –le confirma–, pero los símbolos escarnecidos se transforman en fuerzas malignas. Cuando se produce esta inversión, los signos «ya no simbolizan

[6] *Tournier, M., íbid., p. 375.*

nada»[7] y utilizan a sus porteadores como mensajeros de la destrucción. La cruz gamada es «la antítesis flagrante de la Cruz de Malta resplandeciente de calma y serenidad»[8]. Los nazis han pretendido restaurar el pasado, pero su miope lectura de los signos sólo ha desatado las fuerzas del Apocalipsis. Abel descubrirá que el niño no es la ofrenda predestinada al sacrificio, sino el heraldo de la vida y que, por consiguiente, su valor es sagrado. Nada puede justificar su inmolación. La *foria* que ignora este principio invierte su sentido original y se convierte en cruel dominio, el acto *antifórico* que olvida la vieja sentencia paulina: «¡Aunque yo soy libre respecto a todos, me he hecho siervo de todos!» (1 *Corintios* 9, 19). Cuando Abel camina sobre las espaldas de los niños, demorando sus botas sobre sus espaldas, ha llegado a la perversión radical de la *foria*, cuyo origen –San Cristóbal llevando al Niño Jesús sobre sus hombros– se identifica con la vocación de servicio nacida de la humildad.

Abel saldrá de su monstruoso error a través de un superviviente de Auschwitz, un niño judío –Efraím– evacuado del campo y abandonado al pie de un camino. Tiffauges lo recogerá y lo ocultará en el castillo. Gracias a sus cuidados, se irá recuperando poco a poco y le relatará su espantosa experiencia: las listas, las selecciones, el pelo de los prisioneros reciclado por la industria militar, los dóberman adiestrados para despedazar a los que intentaban la fuga, los experimentos del doctor Mengele con los gemelos, las duchas convertidas en cámaras de gas y dotadas de mirillas a través de las cuales los guardianes y algunos curiosos venidos de Berlín observan la agonía de los condenados. Abel descubrirá una monstruosa analogía entre la organización de ese infierno y la disciplina de Kaltenborn. Él también disfrutaba pasando lista a sus pupilos y seleccionando, entre los muchachos de los alrededores, a los nuevos alumnos, una tarea para la que utilizaba perros adiestrados que perseguían a los que se resistían. También sentía fascinación por los gemelos y había realizado un orificio en las duchas para contemplar a los niños mientras se lavaban. Su pasión por ellos le había llevado a emplear su pelo como relleno de su almohada o a dormir directamente sobre esos mechones celestiales (cabello de ángel, rizos de pureza inmaculada) que le arrancaban lágrimas de alegría. Su tacto sobre su cuerpo desnudo le producía algo más que voluptuosidad. Era una forma de comunión y no tenía nada de obsceno.

Sin embargo, Tiffauges se ha equivocado de bando, pues las víctimas de la esvástica son judíos y gitanos, pueblos nómadas descendientes de Abel,

[7] *Tournier, M., íbid., p. 376.*
[8] *Tournier, M., íbid., p. 377.*

que de nuevo han sufrido la ira de Caín. El primogénito de Adán y Eva, fundador de la primera ciudad y primer agricultor, continúa su vieja querella, aplastando a los hijos de su adversario mítico con las armas de la ciencia. Tiffauges no forma parte de su estirpe. No es de condición sedentaria, sino un nómada que también ha sufrido la violencia de los que huyen de la mirada de Yavé, levantando ciudades y construyendo imperios. Portador de la Estrella, aquel niño judío le ha revelado el verdadero sentido de la *foria*: sostener el peso del mundo, como el atlante que sobrevivirá a la destrucción de Kaltenborn. Esa tarea no se basa en la fuerza, sino en la ternura, pero la Alemania de la esvástica sigue creyendo que el peso del mundo sólo puede descansar sobre una mano de hierro. Por eso, cuando aparece el cadáver de un antiguo germano en las turberas de Walkenau (Prusia Oriental), acompañado de un cuerpo indefinido, el profesor que lo examina lo identifica con un rey sacrificado en una ceremonia solemne. Exhumado cerca de un bosquecillo de alisos, será bautizado como *Rey de los Alisos*, de acuerdo con el título de la más misteriosa balada de Goethe. Las circunstancias de su muerte –todo indica que el óbito había sido precedido por una colación ritual– insinúan un sugestivo paralelismo con la Última Cena que precedió a la Pasión de Cristo. Se trataría de la aurora de una nueva religión basada en las tradiciones de los países nórdicos, un dogma fundado en la fuerza y en el culto a la tierra. Esta nueva fe se opondría a la doctrina del joven rabí oriundo de Belén. La buena nueva, cuyo emisario será el hijo de un aduanero (Hitler, al igual que Cristo, tiene orígenes humildes), no es más que un viaje a un pasado donde no hay sangre inocente. Sólo la vida es inocente y la sangre vertida renueva la alianza del hombre con las fuerzas telúricas, dioses oscuros que entienden la crueldad como la expresión más pura y más libre de una humanidad emancipada del resentimiento.

El destino de Abel, que se hunde en las turberas bajo el peso de Efraím, actualiza el mito de San Cristóbal y repudia los valores del viejo culto germánico. Tiffauges estaba extraviado y sólo a través de Efraím, víctima sacrificial de las religiones del Norte, se convertirá en un nuevo *Cristophoros*. Portador de la inocencia, su muerte renovará las bienaventuranzas del Evangelio: el valor de la dulzura, de la misericordia, de la pureza de corazón. Abel muere bajo el peso de un perseguido, un hijo de Israel estigmatizado por la estrella de David, cuyas seis puntas resplandecen ante la barbarie de la cruz gamada, esa araña convulsa que se retuerce como un demonio ridículo. Es la victoria del hombre frente al culto a la vida, pero Tiffauges no es su nuevo Mesías. Abel sólo es Behemoth, un monstruo algo estúpido que ofrece sus fuertes espaldas al Niño perseguido. Su papel es semejante al de Simón de Cirene, que portó la cruz hasta el Gólgota. Fren-

te a la inmolación de inocentes, la búsqueda del Otro, la disposición a soportar su sufrimiento, hasta la desposesión de uno mismo. Tiffauges es un penitente que expía su culpa, abdicando de lo que hasta entonces le había constituido. No se trata de la disolución en la masa que se funde en una consigna, sino de la comunión con otro semejante, cuya exterioridad rompe la enajenación del individuo uncido a la falsa utopía. Es probable que Tiffauges no ignore la confusión que provocará el hallazgo de sus restos y los de Efraím en las turberas. Una vez más se impondrá la necesidad de interpretar los signos. Aunque las apariencias apenas difieran, Tiffauges no es un nuevo Rey de los Alisos, que se hunde en la tierra junto a un inocente inmolado en un rito de significado impreciso. Tiffauges es San Cristóbal, que ofrece su cuerpo y su vida al exluido, al enfermo, al «musulmán». Su acto no es un acto de fe, sino el doloroso reconocimiento de que, entre todos los signos, no hay otro más elocuente que el humano existir.

Tournier se inscribe en una tradición muy francesa: la vocación pedagógica, moralizante. Al igual que Gide o Camus, utiliza la ficción para construir una imagen del mundo, capaz de combinar el diálogo intertextual y el propósito ético. El descrédito del compromiso intelectual recusa cualquier alianza entre ficción y moral, pero ante la pervivencia del honor (Srebreni-ca, Yenín), conviene recordar las palabras de Thomas Mann: «Nosotros hemos conocido el mal en toda su miseria, y ya no somos lo bastante estetas para tener miedo a proclamar nuestra fe en el bien, como para avergonzarnos de conceptos y de pautas tan triviales como la verdad, la libertad y la justicia»[9].

[9] *Thomas Mann,* Schopenhauer, Nietzsche, Freud, *Barcelona, Bruguera, 1984, p. 168.*

Marinetti en Montevideo. Idas y vueltas de la vanguardia*

Pablo Rocca

El 20 de febrero de 1909 el diario parisino *Le Figaro* dio a conocer un documento escandaloso. «Fondazione e Manifesto del Futurismo», firmado por Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944), se publicaba en Francia no por accidente, sino para lograr una rápida circulación de sus novedades sobre arte y literatura. Pronto el éxito estuvo asegurado. En todas partes brotaron las reacciones de viejos y de jóvenes, de conservadores y de revolucionarios. Los futuristas glorificaban la guerra («única higiene del mundo»), el antifeminismo, el «gesto destructor de los libertarios»; proponían liberar a Italia de «la gangrena fétida de los profesores, los arqueólogos, los cicerones, los anticuarios»; destruir los museos, quemar las bibliotecas. Más allá de la carga metafórica de algunos de estos postulados, al margen de lo puramente gestual, de lo meramente teatral, como se sabe era un esfuerzo por abolir el pasado, arrasar con la estética romántica, exaltar lo nuevo, cantar a las máquinas que habían cambiado la faz del mundo, admirar «la belleza de la velocidad», desatar «las palabras en libertad». Sin pausas, un manifiesto sucedió a otro[1]; se organizaron grupos de escritores, pintores, músicos y hasta cineastas y cocineros futuristas. Con una sólida plataforma de actos públicos y de revistas –como *Poesia,* la más duradera y eficaz– pregonaron sus ideas, editaron novelas, poemas, dramas, ensayos, artículos y hasta llegaron a rodar una película *(Vita futurista,* 1916). Marinetti fue el profeta y el caudillo del movimiento, aun cuando él adhirió con energía al régimen de Benito Mussolini, quien lo nombró Académico de Italia en el 29; aun cuando, en la vejez, su férrea y antigua vocación de fascista lo llevó a alistarse entre las maltrechas tropas del Eje en el frente ruso,

* *El presente artículo se inscribe dentro del proyecto de investigación en curso, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República, Montevideo), sobre «Las revistas culturales de la vanguardia: Argentina, Brasil y Uruguay».*

[1] *Véanse los manifiestos futuristas en* I futuristi. I manifesti, la poesia, le parole in libertà, i disegni e le fotografie di un movimento «rivoluzionario», che fu l'unica avvanguardia italiana della cultura europea, *Roma, Gradi Tascabili Economici/Newton, 1990. A cura di Francesco Grisi.*

de donde volvió enfermo aunque con suficiente tiempo como para escribir un poema al batallón de jóvenes feroces y fanáticos de la República Social Italiana («Quarto d'ora di poesia della X Mas»), para terminar recluido en Bellagio, entre las montañas y ante el esplendoroso Lago di Como, donde lo encontró la muerte[2].

Muy poco después de la aparición del primer manifiesto, en España Ramón Gómez de la Serna lo tradujo[3], y en América Latina muchos escritores de primera y segunda fila se pronunciaron sobre el texto: desde Rubén Darío a Amado Nervo, desde Almaccio Diniz a Mário de Andrade[4]. Hubo de todo: comentarios, transcripciones parciales del manifiesto, rechazos, aceptaciones y hasta llamados de admiración. Una respuesta singular aportó el uruguayo-francés Álvaro Armado Vasseur (1878-1969), reclamando para su cosecha el término «futurismo». Su declaración consta en un largo poema, de cuyo sarcasmo da suficiente testimonio este fragmento:

[...]

un Poeta de la Joven América, un contemporáneo
del hombre de las ciudades, que ha creado el
Futurismo, en hecho, en cantos, en libros,
antes que tú soñaras en histrionizar la palabra;
un innovador, ayer social, hoy subjetivo, siempre
renovándose, sin dogmatizar su verbo, ni momificarse
en escuelas,

[2] *Una importante recopilación de estudios sobre la obra y la vida de Marinetti, a las que –por supuesto– no corresponde atender en este trabajo, véase en el libro colectivo* Marinetti futurista, inediti, pagine disperse, documenti e antologia critica a cura di «ES.», *Napoli, Guida Ed., 1977. Asimismo, consúltese el excelente trabajo de G. Battista Nazzaro,* Introduzione al futurismo, *Napoli, Guida Ed., 1984 (2ª ed. completamente rifatta). Debo a la profesora Rosa María Grillo el conocimiento de estos libros.*

[3] *Hacia 1915, sin pie de imprenta, la casa editora de Valencia, F. Sempere y Compañía, publicó el volumen* El Futurismo, *de F.T. Marinetti, traducido por Germán Gómez de la Mata y N. Hernández Luquero. El volumen, de 198 páginas, reúne varios manifiestos y artículos, y tiene en la portada una fotografía oval de Marinetti. Los Libros de Sempere se distribuían fluidamente en las dos orillas del Río de la Plata. Aún es posible ver ejemplares en librerías de viejo. Tengo en mi poder el que perteneció al profesor y crítico uruguayo Roberto Bonada Amigó, que adquirí en una librería anticuaria en 1996.*

[4] *Los textos de Diniz y de Mário de Andrade consúltense en* Las vanguardias literarias en América Latina, *Jorge Schwartz (com., prólogo y notas). Madrid, Cátedra, 1991 (2ª edición ampliada y corregida: México, Fondo de Cultura Económica, 2002). Así también los de Darío, Nervo y otros en esta notable compilación. Los textos de los hispanoamericanos pueden verse, también, en la recopilación de Hugo J. Verani* (Las vanguardias literarias en Hispanoamérica. *Roma, Bulzoni, 1986; 2ª ed.; México, Fondo de Cultura Económica, 1993) y en la de Nelson Osorio T.* (Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana. *Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1988).*

desde la falda occidental de los Pirineos,
misericordiosamente,
te sonríe,
¡oh, poeta milanés, calvo, espadachín, y «fundador
de escuela» a los treinta años![5]

Como es conocido, contra todas las adversidades, el futurismo abrió el fuego de las vanguardias del siglo XX, y junto al cubismo inició el cambio radical en el estatuto del arte. En poesía, confirmó el predominio del verso libre que ya habían propiciado Jules Laforgue, Walt Whitman y Emile Verhaeren, remozó los temas y las fuentes, estranguló el confesionalismo y el adjetivo fácil, instaló el espíritu agresivo como norma de la nueva ola creativa. No obstante, para 1926 el grupo futurista no había logrado remontar su propia postulación de cambio perpetuo. Perdida la fuerza juvenil de que se había jactado en sus orígenes, endurecidos sus reflejos, jaqueado por otras ofertas vanguardistas –como el surrealismo–, se imponía un viraje. El expansionismo desenfrenado hacia tierras presumiblemente vírgenes, o percibidas como tales desde una orgullosa actitud imperial, era una vía a explorar[6].

Marinetti merodeaba la cincuentena y ya, sin disimulos, había comprometido demasiado su suerte con la del arte oficial. En esa encrucijada, una gira sudamericana ofrecía la posibilidad de internacionalizar el movimiento, captar nuevos adeptos –o enrolarlos a la fuerza en inconsultas listas de creadores «futuristas»– y efectuar así alguna transfusión de sangre mestiza a su «cruzada» universal. Pero había algo más. Los investigadores João Cezar de Castro Rocha y Jeffrey T. Schnapp demostraron que el viaje servía tanto para inyectar oxígeno al movimiento como para difundir las conexiones ideológicas entre futurismo y fascismo, y también era una estupenda oportunidad para hacer buenos negocios. Por oficio del ítalo-brasileño Niccolino Viggiani –*alma mater* de la iniciativa sudamericana–, este empresario y Marinetti se repartían el dinero recaudado por concepto de conferencias del avejentado profeta futurista. Las presentaciones en Brasil,

[5] *El poema se inicia con los versos* «Poeta milanés, calvo y "fundador de escuela"/treinta años» *y lleva una nota al pie que indica: «Respuesta al Manifiesto y a los ejemplares de* Poesía *dirigidos al autor». Vasseur lo incluyó en su libro* Cantos del otro yo. *San Sebastián, J. Baroja e hijos, 1909. Citamos por edición de* Todos los cantos, *Álvaro Armando Vasseur. Montevideo, Colección de Clásicos Uruguayos, Biblioteca «Artigas», 1955, p. 259. Prólogo de Emilio Frugoni.*

[6] *Queda por investigar el trayecto de las ideas futuristas y su recepción entre 1909 y 1926 en Uruguay, con más detalle. Ese trabajo ha sido afrontado ante el caso argentino por Patricia Artundo en su excelente artículo «El futurismo en Buenos Aires: 1909-1914», en* Europa y Latinoamérica. Artes visuales y música. *III Jornadas de Estudios e Investigaciones. Instituto de Teoría e Historia del Arte «Julio E. Payró», Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1999 [Edición en CD ROM].*

ofrecidas en Río de Janeiro, São Paulo y Santos, fueron lucrativas. No lo serán tanto en Argentina y, mucho menos, en Uruguay[7]. La gira total no fue nada breve. Duró alrededor de dos meses: comenzó en Río, siguió en São Paulo y luego en Santos, desde allí la dupla artista y *manager* pasó a Argentina (Buenos Aires, La Plata, Rosario), desde donde recaló en Montevideo. Por fin, regresó a la entonces capital brasileña de Río de Janeiro, la que abandonó para volver a su país de origen.

Rumbo a la capital argentina, el pope futurista tocó tierra uruguaya el 6 de junio. Su fama venía precedida por una serie de croniquillas remitidas por agencias informativas desde Brasil, en las que se comentaban los enfrentamientos, los repudios o las adhesiones de los intelectuales y el público.

Siempre los provocadores han tenido buena prensa. Un número nada desdeñable de periodistas llegó al puerto de Montevideo para tomarle declaraciones. La sorpresa fue grande cuando en lugar de verse frente al supuesto incendiario se encontraron con un señor elegante, moderado y gentil. Marinetti comentó a un cronista de *El Día:*

> «Estoy encantado de haber venido a la América del Sur. Y he venido a este Continente –todo fuerza y espontaneidad–, con un fin exclusivamente futurista. Quiero conocer a los modernistas de todas las artes, que llevan su vida en el Brasil, la Argentina y el Uruguay. Quiero unirlos a músicos de los valores de Balilla Pratella, de Casavala, de Mostani; a poetas de la talla de Paolo Bruzzi, de Carli, Settimelli, Volt [...] Tengo intención de dar entre vosotros varias conferencias. Una de ellas la dedicaré al estudio de la fuerte figura poética de Jules Laforgue, de cuya obra soy un apasionado admirador. Es que entre Laforgue y el futurismo hay señalados puntos de contacto, pues cuando él creó con Gustave Kahn el verso libre, fue un futurista de su época. Y quiero pasearme por vuestras callejas coloniales, [...] sé también que vive aquí un dilecto grupo de intelectuales de vanguardia, con quienes he de vivir hermosas horas de intercambio idealista»[8].

Algo sabían los intelectuales uruguayos sobre los fundamentos de la estética marinettiana. Y bastante más se supo del futurista en aquellos días brasileños, en medio de conferencias estridentes, plenas de apoyos y repulsas.

[7] *Información y análisis en* Brasilian Velocities: On Marinetti's 1926 Trip to South America, *Jeffrey T. Schnapp/João Cezar de Castro Rocha, en* South Central Review, *New York, 1996. Otra versión de este trabajo, con el título «As velocidades brasileiras de uma inimizade desvairada. O (des)encontro de Marinetti e Mário de Andrade em 1926», de los mismos autores, en* Revista Brasileira de Literatura Comparada, *Río de Janeiro, 1996, pp. 41-54.*

[8] *«Marinetti. Esta mañana pasó por nuestro puerto. Conversando con el "leader" del futurismo», Sin firma, en* El Día (Edición de la tarde), *Montevideo, nº 2740, 7 de junio de 1926.*

En la edición vespertina de *El Día,* con notorio malestar, Francisco Alberto Schinca firmaba con el pseudónimo «El duendecillos fas» unos pequeños artículos bajo el título genérico de «Carnet del lector». En ellos glosaba irónicamente fragmentos del manifiesto originario y espigaba declaraciones de aquellos días ajetreados, recogidos aquí y allá: de los cables provenientes de Brasil, de las revistas argentinas, como *Martín Fierro,* la única que le ofreció una cena-homenaje al poeta itinerante. También Alberto Lasplaces, reconocido crítico y entusiasta batllista, publicaba en el mismo periódico una nota nada clemente remitida desde Bahía, bastante más cerca de los pasos del agitador italiano[9]. La poesía de Marinetti no se había divulgado mucho en Montevideo, aunque en la revista *Calibán,* de la que se publicaron diez entregas (1922-1924) bajo la dirección de Francisco Álvarez Alonso, nada menos que en el número inicial sale la traducción de *La guerra, única higiene del mundo,* en el mismo número en que aparece por primera vez el poema, ahora célebre, «Polirritmo dinámico a Gradín (jugador de fútbol)», de Juan Parra del Riego (1894-1925), cuya obra tiene notorias deudas con el futurismo[10]. El mismo año de la visita, muy esperada por un grupito, el desconocido crítico Francisco Orcajo Acuña tuvo la rara ocurrencia de juntar en un pequeño volumen dos trabajos incompatibles: uno sobre Javier de Viana y otro sobre «El futurismo y Marinetti». Si bien el ensayista no aporta nada novedoso y conoce muy poco más de lo que podía saber cualquier seguidor más o menos atento del panorama intelectual europeo de la época, llega a una conclusión válida para los lectores uruguayos promedio:

> «Nosotros hemos empezado recién a conocer el futurismo y éste es considerado como fenecido ya. Ha dado –dicen– todo lo que podía dar. Pero no, ya aparecerá otro ismo que, parangonando el de invención marinettiana, deje a éste muy bajo, es decir, le supere. [...] La verdad sea dicha: combatimos el futurismo porque no lo comprendemos».

Y cerraba su evaluación, bastante conservadora y torpe:

> «El futurismo, pues, no debe ser combatido; debemos, eso sí, tratar de convencer a los marinettistas de que se puede serlo sin ponernos en alas de ese Pegaso, que es sólo Rocinante, y arremeter contra los molinos de viento. Sea-

[9] *«Marinetti en el Brasil», Alberto Lasplaces, en* El Día, *Montevideo, 6 de junio de 1926.*
[10] Calibán, *Montevideo, año I, nº 1, marzo de 1922. Este texto ya había sido traducido en el volumen editado en Valencia hacia 1915 (véase nota 3). Seguramente los redactores de esta revista montevideana de escasa circulación lo pudieron tomar de ese libro.*

> mos futuristas en el sentido del progreso, pero no en el de llevar a la bancarrota a la gramática y a las elementales leyes del sentido común[11]».

Lo que Orcajo no sabía es que el Marinetti de 1926 ya no era el mismo de 1909. Había limado sus aristas agresivas, pese a las discrepancias –que no deja de manifestar– se había integrado a los circuitos de poder de un régimen totalitario, olvidando así cualquier rasgo ácrata que podía alentar o simular en los orígenes; sobre todo, a esa altura había elaborado un programa que le permitía manipular el pasado y el presente de donde fuera en favor de su proyecto. Dicho de modo sintético: Marinetti postulaba que sólo existía un eje en la historia del arte, el futurismo, y bajo ese lente deformante lo que sea que pudiera ser considerado útil, viniera de donde viniere, sería un precedente, una prefiguración del futurismo, que vendría a constituirse en el ápice, el destino último de la perfección artística. Eso quedó claro en Argentina en aquellos días, en particular a raíz de una conferencia que fuera reseñada en el diario *La Nación* el 12 de junio, sobre «Orígenes y verdadero concepto del futurismo». Comenta Sylvia Saítta:

> Día a día en toda la prensa la decepción ante los efectos reales de la visita de Marinetti aumenta: no sólo no hay escándalos sino que tampoco hay discusiones en torno a las supuestas novedades estéticas que el poeta proclama desde el escenario. La única polémica que sus palabras suscitan se basan en un equívoco: mientras que se le discute su idea de abolir la tradición (discutiendo lo expresado en el manifiesto de 1909), el Marinetti de 1926 recupera para el futurismo una gran tradición que abarca a Miguel Ángel, Leonardo, Giotto, etc., señalando que es un error que se considere a los futuristas como deseosos de romper sus lazos con el pasado [...][12].

Avisado de su recalada en Montevideo, Marinetti elige a Laforgue, uno de los poetas fundamentales de la modernidad y que casi toda la vanguardia metropolitana se disputa como precursor o como padre, pero al que también el poeta milanés utilizaba como miembro de una genealogía que bifurcaba su sangre entre Europa y América. Laforgue le servía para unir varias líneas que hacía converger en su alicaído movimiento: primero, lo europeo y lo americano, en detrimento de este último, ya que más allá de su lugar de origen o del sitio en que hizo sus primeras letras, Laforgue

[11] *«El futurismo y Marinetti», en* Javier de Viana. El futurismo y Marinetti, *Federico Orcajo Acuña. Montevideo, la Bolsa de los Libros, 1926, pp. 49 y 64.*

[12] *«Marinetti en Buenos Aires. Entre la política y el arte», Sylvia Saítta, en* Cuadernos Hispanoamericanos, *Madrid, nº 539-540, mayo-junio 1995, p.166.*

escribió en francés y no en castellano rioplatense; segundo, el pasado y el presente, en el doble sentido de la construcción de una «tradición de la ruptura» –de la que en otro contexto habló Octavio Paz– y, a su vez, en el de la apropiación de un escritor que ya ocupaba un lugar entre los clásicos.

Si la frecuentación estética de la vanguardia italiana había sido limitada en Uruguay antes de 1926 –con la excepción parcial y, si se quiere, marginal de Parra del Riego– la faz política del movimiento gozaba de menor simpatía y, de hecho, le había enajenado apoyo. Los mencionados artículos de Schinca y Lasplaces lo prueban. Lo certifica, asimismo, una nota anónima aparecida en *Mundo Uruguayo,* en la que se mira con simpatía las renovaciones en el plano retórico (ruptura con el verso métrico, con la «tiranía» de la rima). Pero

> «[...] lo que verdaderamente está fuera de nuestra aprobación, son los otros principios atacados por el fundador del futurismo, en las bases de su ideario; el amor, el feminismo y otras cosas de las que nos sentimos defensores y partidarios, son echados por tierra en el programa de Marinetti; son muchos los puntos en que encontrará como detractores, a espíritu más avanzados que él y avanzados más justiciera y seriamente[13]».

El Uruguay batllista, en pleno apogeo triunfal, no era terreno pródigo para prédicas violentas. El fascismo tenía dificultades graves para penetrar con la firmeza deseada, aunque no le faltara prensa dirigida por un grupúsculo de inmigrantes ni careciera de políticos vernáculos que publicitaban su admiración por Mussolini –como el alto dirigente colorado Julio María Sosa y numerosos blancos herreristas de segunda fila–. Marinetti estaba advertido de esa diferencia nada desdeñable entre el clima político reinante en el pequeño país y la situación que le era más propicia en Brasil y en Argentina. Por eso, antes de que partiera el barco que lo llevaba a Buenos Aires, recordó al periodista de la edición vespertina de *El Día* que lo entrevistó: «No olvide usted de decir que no traigo ninguna representación oficial».

A pesar de estas precauciones, la embajada italiana miraba su pasaje como un acto más de propaganda oficial. Por lo menos la legación italiana en Montevideo consideró la fugaz presencia del intelectual fascista como un hecho destacable y digno de ser comunicado al ministro de Relaciones Exteriores de la península. Aún más, lo tomaba en cuenta como un síntoma de cierto cambio de actitud del órgano batllista *El Día* respecto al régimen mussoliniano, al que tanto había castigado:

[13] *«Marinetti», Sin Firma, en* Mundo uruguayo, *Montevideo, Año VIII, nº 387, 10 de junio de 1926, p. 1, cols. 4-5.*

> «Corredo inoltre il presente Rapporto con un altro ritaglio sulla conferenza tenuta da Marinetti a Montevideo (Allegato H), facendo rilevare che mentre un mese or sono, è cioè quando il Marinetti era ancora in Brasile, El día si abbandonava a lepidezze sul binomio futurismo e fascismo, nell' articolo in parola invece parla con molto garbo del poeta futurista dicendo fra l'altro che la sua brillantissima esposizione è piena di ragioni da tenersi molto in conto[14]».

Antes, cuando se aproximaba el día señalado para la conferencia sobre Laforgue, el periódico fascista de Montevideo –en realidad poco más que una gacetilla de escasísima incidencia–, asumió el acontecimiento como un acto de pura propaganda nacionalista italiana. *Italia Nova. Organo degli Italiani fidenti nella Patria nel Re e nel Governo,* dirigido por Fernando Chiappini, fustigaba número tras número al diaria *El Día* y a su mentor, José Batlle y Ordóñez, los que a su turno no se callaban y devolvían los ataques al fascismo y a la gacetilla local. El 24 de junio la hoja mussoliniana publicó un aviso en caracteres sobresalientes:

> «ITALIANI! Martedì 30 corr. il geniale poeta Marinetti, darà sua Conferenza al Teatro Artigas. ACCORRETE NUMEROSI».

Marinetti y su hermosa y joven consorte Benedetta Cappa permanecieron apenas 48 horas en Montevideo. El 29 de junio el escritor dictó la charla prometida, condimentada, de apuro, con la recitación de algunos poemas propios. Se vendieron 398 localidades, la mitad de la capacidad del teatro que se ubicaba en la esquina de Colonia y Andes. Se recaudó un total de $ 354,20, de los cuales le correspondieron $ 65,84 al disertante. El resto fue para el empresario, los gastos de instalaciones y la publicidad[15]. Los precios de las localidades oscilaban entre 30 centésimos el paraíso hasta los cinco pesos el palco[16]. El espectáculo resultó tan insatisfactorio para las expectativas de los organizadores y propagandistas que hasta el periódico *Italia*

[14] *Documento perteneciente al Archivo Histórico, Ministero Affari Esteri, Roma. En papel con el membrete «Legazione d'Italia» y el título de «Stampa», tres folios mecanografiados con firma manuscrita ilegible. Debo a la profesora Clara Aldrighi el conocimiento de este documento, al que obtuvo en el acervo mencionado.*

[15] *Datos obtenidos del mencionado estudio de Schnapp/Castro Rocha.*

[16] *Información tomada del programa:* «Teatro Artigas. Colonia esq. Andes. / Martes 29 de junio de 1926. A las 21 y 30 / Extraordinario acontecimiento / Única Conferencia / Del eminente Literato italiano / –MARINETTI– / Tema: Jules Laforgue / el célebre poeta uruguayo / Futurismo integral / Precios de las localidades / Palcos sin entrada $ 5,00 / Sillón de Platea $ 2,00 / Tertulia alta 1ª fila $ 1,50 / Tertulia otras filas $ 1,20 / Entrada general $ 1,00 / Delantera de paraíso $ 0,50 / Entrada a paraíso $ 0,30 / Imp. Benedetti Hnos. P. Independencia, 805» *[Original en poder de Wilfredo Penco, a cuya gentileza debo una fotocopia].*

Nova se vio en la obligación de explicar que «il pubblico non era troppo numeroso, però in cambio era composto di persone intelligenti, che seppero tributare i giusti onori al valente oratore che per oltre due ore parlò in un linguaggio chiaro e preciso»[17]. Otro órgano de la colectividad italiana en Montevideo, *L'Italiano,* vinculado al régimen de ultramar aunque más mesurado en sus ímpetus doctrinarios, en su edición del 4 de junio comentó que Marinetti tuvo una «grande, simpatica accoglienza e certamente il pubblico –non numeroso causa il teatro freddo, umido, scelto– que lo ascoltò con intenso interesse fu conquistato dalla sua parola vibrante, dalla sua poderosa espositiva»[18].

En esa fecha había en Montevideo una sola revista literaria sensible a lo nuevo: *La Cruz del Sur.* En ella, la conferencia fue reseñada por Gervasio Guillot Muñoz con el pseudónimo H. W., quien calificó al «orador asombroso», de «creador y teorizante capaz de acabar con el quietismo y la pasividad que envolvían a Italia», pero no ocultó la mala elección del teatro y el consiguiente fracaso de la jornada:

> «Marinetti habló en el Artigas, en ese teatro donde hace algún tiempo aparecieron excéntricos, acróbatas y bailarinas de todos los continentes. Fue una buena ocurrencia que Marinetti hablara en esa escena que, cuando era el Casino, se había libertado con la gracia futurista del music-hall, y que ahora está ocupada por los filisteos de la moral casera. [...]
>
> Marinetti dijo que volvería el año próximo para hacer, en el Río de la Plata, una exposición internacional de arte futurista, con lo cual dejó consternado y vencido a ese público de italianos que había esa noche en la sala del Artigas, y que en su mayoría estaba formado por gustadores de la ópera italiana, de los divos de pescuezo opulento, de las melodías azucaradas y de las bailarinas de traje esponjado y piruetas aprendidas en la danza revenida»[19].

Los inquietos pudieron sacar provecho del acto. Ha podido verificarse que Ildefonso Pereda Valdés (1899-1996) estuvo entre los 398 asistentes, número altísimo si se piensa en las cotas actuales de público para cualquier conferencia. También trató de parodiar a su maestro, como se lo dijo en una entrevista que concedió a Wilfredo Penco en febrero de 1980:

[17] *«Cronaca cittadina: Marinetti all'Artigas», Sin Firma, en* Italia Nova, *Montevideo, anno I, nº 12, 1 Luglio 1926, p. 3, cols. 5-6.*

[18] *«Marinetti in Montevideo», Sin Firma, en* L'Italiano, *Montevideo, nº 729, 4 Luglio 1926, p. 1. [Incluye foto del autor].*

[19] *«Conferencia de F .T. Marinetti sobre el poeta montevideano Jules Laforgue y el futurismo integral en el Teatro Artigas», H. W. (pseud. de Gervasio Guillot Muñoz), en* La Cruz del Sur, *Montevideo, nº 14, octubre de 1926.*

«Para nosotros la llegada de Marinetti fue todo un acontecimiento. Lo conocí el día en que dio una conferencia acerca del Futurismo en el Teatro Artigas de la calle Andes. Recuerdo que le escribí un poema de salutación que hice imprimir en una hoja suelta. Fui lanzando desde el paraíso del Teatro las hojas sueltas, que caían como las hojas de un árbol sacudidas por el soplo del viento. Pero, como al cabo del acto me quedara un resto bastante grande de hojas-poema, decidí arrojarlas todas juntas al escenario, sobre el que cayeron con cierto estruendo. Al final de la conferencia me presenté ante Marinetti, quien me agradeció mucho la expresión amistosa de mi poema al que acogió con simpatía. También me confesó que estaba tan acostumbrado a los exabruptos, que en un primer momento había creído que aquella hoja constituía otra manifestación hostil contra él[20]».

En cambio, no pudo estar presente Julio Raúl Mendilaharsu, ya que había muerto tres años antes de la llegada de Marinetti. En la biblioteca latinoamericana del escritor italiano, que se conserva en la Beinecke Library of Rare Books, Yale University (U.S.A.), Jorge Schwartz ha detectado tres libros de escritores uruguayos. Uno de ellos es *Voz de vida*, de Mendilaharsu, un poeta formado a medio camino entre los últimos restos de la poética modernista y los primeros estremecimientos de la vanguardia metropolitana. Mendilaharsu dedica su poemario de una manera coherente con sus opciones, con la situación transicional en que se ubica: «Al gran poeta de renovaciones líricas F. T. Marinetti, con los recuerdos afectuosos de su admirador y amigo». El archivo de Mendilaharsu no contiene documento alguno que pueda certificar la devolución de la gentileza[21]. Pereda Valdés es el autor de los otros dos libros uruguayos que fueron ubicados –o que Marinetti conservó–: los ensayos reunidos en *El arquero* (1924) y los poemas de *La guitarra de los negros* (1926). En el primero hay una dedicatoria en la que declara su «admiración»; en el segundo va más lejos, admitiendo de hecho su integración al plan expansionista del italiano: «Al maestro F. T. Marinetti. Con simpatía futurista. Ildefonso Pereda Valdés»[22].

Contrasta la escasez de montevideanos en la biblioteca privada del visitante con la superabundancia de argentinos (Lugones, Ricardo Güiraldes, Leopoldo

[20] *«Yo estuve con Marinetti», Wilfredo Penco, en* El País Cultural, *Montevideo, Año IX, nº 439, 3 de abril de 1998, p. 6. [Fragmento de una entrevista a Ildefonso Pereda Valdés, efectuada en febrero de 1980].*

[21] *El archivo de Julio Raúl Mendilaharsu está depositado, desde 1999, en el Programa de Documentación en Literaturas Uruguaya y Latinoamericana (PRODLUL), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.*

[22] *«A bibliografia latino-americana na coleção Marinetti», Jorge Schwartz, en* Boletim biblioteca Mário de Andrade, *São Paulo, vol. 44, nºs 1-4, janeiro a dezembro de 1983, pp. 133-145.*

Marechal, Salas Subirat, Oliverio Girondo, etc.) y de brasileños (Oswald y Mário de Andrade, Manuel Bandeira, Graça Aranha, entre tantos). Es claro que el desnivel se debe al mayor vigor vanguardista de los vecinos mayores y a la dilatada permanencia marinettiana en esos lares. La poca comparecencia de escritores uruguayos obedece a dos causas bien nítidas: por un lado debido a la generalizada resistencia o desconfianza a las vanguardias; por otra parte, dado el arraigo de la sensibilidad democrática radical que, en consecuencia, rechazó toda manifestación extremista, de derecha o de izquierda.

En el mismo artículo de *Italia Nova* se informa que «All, uscita del Teatro, gli fu improvvisata una manifestazione di simpatia». Es probable. Oportunidades para conocer la obra de Marinetti no le faltaron a la minoría interesada. En la Biblioteca Nacional había media docena de libros del autor en todos los géneros, incluyendo los imprescindibles manifiestos[23]. Uno de los presentes de aquella jornada fue el siempre esquivo Fernando Pereda (1899-1994), quien conservó el programa del acto, que llegó a manos de Wilfredo Penco después de la muerte del poeta. Y seguramente fueron a oírlo algunos muy jóvenes, que sólo habían dado a conocer pocas líneas esporádicas pero que preparaban una obra que pretendía romper con lo que se estaba haciendo en ese momento en Uruguay. Quizá no por casualidad al año siguiente del tránsito rápido de Marinetti por Montevideo salieron tres volúmenes de poemas que tienen una fuerte deuda con la estética futurista en la apología de lo moderno, en la marca urbana y maquinista: *El hombre que se comió un autobús,* de Alfredo Mario Ferreiro (1899-1959); *Paracaídas,* de Enrique Ricardo Garet (1904-1979) y *Palacio Salvo,* de Juvenal Ortiz Saralegui (1909-1959). Acerca de este opúsculo juvenil y del publicado por Ferreiro, Ortiz anotó con tono autocrítico en su tardío (y póstumo) ensayo autobiográfico:

> «[...] la poesía se nos representaba como un juego ingenioso, atlético, de antídoto. La nota urbana, la exaltación de la urbe en su despertar, de los primeros rascacielos y autobuses, cubrían en apariencia nuestras almas románticas[...] Lejanos ecos de los ismos europeos éramos sucursales a destiempo, como acontece en América con todas las influencias literarias, lentamente asimiladas. ¡Cuán pasajero y fugaz todo, aun estos necesarios impulsos renovadores![24]».

[23] *Se trata de los siguientes libros, hasta hoy conservados en la Biblioteca Nacional:* Mafarka le futuriste, roman africain, *1909;* Enquête internationale sur le vers libre et manifeste du futurisme, *1909;* Distruzione, poema futurista, traduzione dal francese in versi liberi, *1911;* La bataille de Tripoli..., *1912;* I manifesti del futurismo, lanciati da Marinetti, Boccioni-Garra e altri, *1914;* Guerra sola igiene del mondo, *1915. Probablemente de este último volumen los redactores de* Calibán *tomaron el original para su traducción publicada siete años después.*

[24] De la amorosa búsqueda poética, *Juvenal Ortiz Saralegui. Montevideo, Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1961, p. 19. Nota preliminar de Arsinoe Moratorio.*

Quizá estos muchachos, cuyas edades oscilaban entre los veinte y los veintisiete años, llegaron a tener algún apresurado «intercambio idealista» a la salida del teatro con el declamador itálico. Pero es difícil que hayan paseado con él por las pocas «callejas coloniales» de la Ciudad Vieja. Antes que dedicar tiempo a poetas casi inéditos, el disertante y su esposa fueron reclamados por los deberes de la diplomacia: cenaron en la sede de la legación italiana, donde los fotografió el fervoroso periódico *Italia Nova;* pernoctaron y, al día siguiente, sin mucha demora, se tomaron un barco rumbo a Río de Janeiro donde la fama y el dinero les sonreían.

Varios ecos marinettianos quedaron resonando, lo que prueba la marca profunda que dejó su paso por Montevideo. Orestes Baroffio, un activo periodista, por muchos años director de *Mundo uruguayo,* traduce para *La Cruz del Sur* algunos fragmentos dramáticos de «Teatro futurista sintético», a los que acompaña con una breve introducción, en la que ataca a los «escuadrones de la burguesía literaria» que rechaza al futurismo para concluir:

> «Y fue purificadora la obra de Marinetti.
> Y fue benéfica. Fue también una obra de reconstrucción, que comenzó en la vieja península itálica y continuó su avance a través de la Europa, y ahora entona su himno de guerra, entre las selvas vírgenes de la América latina[25]».

Dos números después, en la misma revista, Adolfo Agorio, que pronto se alinearía con el fascismo –del cual sería su propagandista en la revista montevideana *Corporación–,* escribió un poema en francés en el que celebra la estética maquinista contra *«des vieux gagas/classiques»,* y agradece a Marinetti el homenaje a Laforgue. Así comienza su texto:

> *Merci, cher Marinetti,*
> *de votre message.*
> *Montévideo,*
> *la ville de Laforgue*
> *éclate telle qu'un orgue*
> *sous la foudre de votre musique*
> *motoriste*[26].

[25] *«Sinfonía futurista», Orestes Baroffio, en* La Cruz del Sur, *Montevideo, nº 13, agosto de 1926, p. 15.*

[26] *«Reponse a Marinetti», Adolfo Agorio, en* La Cruz del Sur, *Montevideo* nº 15, noviembre-diciembre 1926, p. 36.

Adolfo Montiel Ballesteros se había desempeñado desde 1919 hasta fines de la década del veinte como cónsul uruguayo en Florencia, esto es, presenció el apogeo del futurismo y el comienzo de su decadencia y también vio nacer, crecer y desarrollarse el régimen de Mussolini. Con ese conocimiento de primera mano, Montiel hace una presentación escueta de veintiséis intelectuales italianos, entre los que figura este retrato irónico de Marinetti, la primera diatriba uruguaya realizada con un humor que no oculta el rechazo a la alianza entre maquinismo marinettiano y fascismo:

> «Entre un embrollo de líneas, catástrofes ferroviarias y esculturas de lata y papel de plomo, la concurrencia se prepara.
>
> Ni vemos si el orador desciende de un aeroplano, salta de un torpedo, desmonta de una Harley Davidson 50 H.P.
>
> Entra disparado, decidido, fulmíneo.
>
> Parece un señor que tiene un vencimiento para las 3 h. 55... y son las 4.
>
> No hay tribuna; nos estiramos para verlo:
>
> ¡Ma-ri-ne-tti!
>
> Es un irreprochable corredor viajero de artículos de tienda con su mona corbatita de moño, su traje «demodé» y su gran calva, que un hombre práctico alquilaría para reclames.
>
> Nos grita:
>
> –¡El futurismo ha conquistado el mundo! ¡¡Yo canto a los motores, a los maniquíes y le pego un tiro en el ojo a la luna!!
>
> Charla de ametralladoras, de un pantano, de los sobres de goma y nos muestra las manos cerradas, secas, bailándole entre los puños almidonados, como la cabeza de dos pelados muñecos.
>
> Se queda más verde cuando nos increpa:
>
> –¡Momias! ¡Plagiarios! ¡Nos tienen envidia! ¡Nosotros somos lo nuevo!
>
> Un señor digno, contagiado de entusiasmo y de futurismo, vibra en sus 75 primaveras, cantando:
>
> –¡Giovinezza, primavera di belleza![27]».

[27] *«Cine. Montiel Ballesteros presenta: 26 italianos y 3 argentinos», [Adolfo] Montiel Ballesteros, en* La Cruz del Sur, *Montevideo, nº 26, octubre-noviembre 1929, p. 26. En* Cartel, *nº IV, mayo 15 de 1930, Montiel Ballesteros vuelve a la carga con una entrevista imaginaria con el pope futurista: «Entrevistas con hombres célebres. F.T. Marinetti». El texto es una parodia de la afición de Marinetti por lo nuevo enfrentado a lo clásico. Se lo muestra adicto sin descanso a las máquinas y las onomatopeyas. Transcribo un solo pasaje:*

«Y las entrevistas condensadas, comprimidas, sintéticas, se reducían a dos frases, a una, a media... Un saludo, un amago de apretón de manos...

–F.T.M... futurista...

–M.B... apenas...

Y yiff... pim, pam, pummmm!!!!

El hombre desaparecía, volaba, se volatizaba».



Anónimo. *Arcángel San Miguel*, siglo XVIII. Museo de Arte Colonial, Antigua

CALLEJERO



Urna funeraria, período clásico tardío (550-900 d.C.). Museo Popol Vuh, Ciudad de Guatemala

Verdaguer, poeta y mendigo

Isabel de Armas

Para toda Cataluña, 2002 fue un año verdagueriano, por ser el centenario del fallecimiento de Jacint Verdaguer (1845-1902), uno de los nombres fundamentales de la literatura catalana y padre de la lengua catalana moderna, anterior a la normalización ortográfica de Pompeu Fabra. Extrajo su rico vocabulario de las fuentes populares más vivas, las rurales, y el poeta Joan Maragall llegó a compararle con Dante. Fruto tardío del romanticismo, fue admirado por autores tan distintos como Juan Ramón Jiménez y Menéndez Pelayo.

Poeta, ante todo, no deja de ser curioso que la primera publicación verdagueriana reeditada el año de su centenario, ha sido, precisamente, una de sus obras en prosa, *En defensa propia*, trabajo formado por una serie de polémicos artículos autobiográficos publicados entre los años 1895 y 1897, que le valieron la suspensión *a divinis*. El libro ha superado ya su tercera edición en catalán, lo que significa que Verdaguer no deja indiferentes a los lectores de hoy. Otras obras en prosa también solicitadas en la actualidad son su *Dietari d'un pelegrí a Terra Santa* y *Excursions i viatges*. Siguen teniendo interés las notas del personaje que había viajado ya a América, Rusia, Turquía, Alemania y otros países.

Jacint Verdaguer nace en Folgueroles, pequeño pueblo cercano a Vic, en 1845, hijo de payeses, y a los diez años de edad, ingresa en el seminario, donde Cinto no se distinguió en ninguna de las disciplinas; ni siquiera en la de Retórica y Poética, en la que nunca consiguió notas brillantes. Su inteligencia no destacó por su fuerza o su claridad. Con una ascendencia campesina de hombres no acostumbrados a pensar, el cerebro es el punto más débil de su fuerte constitución. «Cuando oigo una disputa escolástica –decía–, la cabeza me da vueltas». Confiesa que «más pronto habría compuesto un poema, que plantear el más simple silogismo». Durante este periodo entra en contacto con la obra de los clásicos griegos, renacentistas, castellanos y catalanes, que serían un importante soporte para sus posteriores creaciones.

Su biógrafo Sebastián Juan Arbó apunta dos grandes errores en la vida de Verdaguer: el ingresar en el sacerdocio, por lo menos en la edad tan temprana que lo hizo, y el segundo, el entrar en la casa Comillas, donde sepul-

tó, entre los muros sombríos de aquel palacio, bajo la severidad de las ropas talares, y de una conducta que durante mucho tiempo fue considerada como ejemplar, su fuego vital, la exaltación de su temperamento. «Aquella vida de inactividad –puntualiza Arbó–, de austeridad, de oraciones, en un carácter volcánico como el suyo, le preparaba para todas las desviaciones».

No se hallará a gusto en ningún lugar de la tierra. Irá de una parte a otra en una tibia inquietud vagabunda, persiguiendo el imposible de una paz que sólo existirá en el sueño. Fue considerado como un amante de la soledad, y él mismo se lo creía, pero lo cierto es que confundía la soledad con la libertad que era lo que, en el fondo, añoraba. Cuando mosén Cinto se sentía feliz en la cumbre de una montaña, no era por sentirse solo sino por sentirse libre. En el único dominio donde se movió con seguridad, fue en la poesía. Fuera de ella, los actos de su vida se cuentan casi todos por errores o desaciertos. «Mitad maquinalmente se vio sacerdote; mitad maquinalmente entró en la casa Comillas; mitad maquinalmente pasó por el mundo» –escribe Arbó–.

El capítulo más delicado, y también el más oscuro, de la vida del poeta, es el de los exorcismos y las alucinaciones. Pero no podemos olvidar que tan crítica etapa, que supondrá su carrera hacia el abismo, se da en momentos en que las prácticas del mesmerismo tienen resonancia en toda Europa, y una importante corriente espiritista había invadido Barcelona, con numerosos centros o lugares de encuentro donde se celebraban las primeras sesiones. Verdaguer se lanzó a aquellas prácticas con todo el ardor de su alma, y con una inmensa buena fe. «No hemos de olvidar nunca –señala su biógrafo– su pasmosa credulidad, la falta total de reflexión, a la cual se añadía en aquel momento el estado de exaltación en que se encontraba».

Vida de ayunos, de abstinencias y de oraciones le llevó también en aquel tiempo a sufrir alucinaciones. Veía al diablo, y en las injusticias, en las miserias, la obra del mismo. Por aquellos días se llegó a dudar de que el poeta estuviese en su sano juicio, y se le llegó a acusar, decididamente, de loco, aunque se hiciese en voz baja. Sin embargo, cuando se decide a redactar las cartas tituladas *En defensa propia*, en las mismas no se detecta desvarío alguno, sino más bien claridad y coherencia, dentro de la desenfrenada violencia que le es propia. A pesar de las extravagancias, Verdaguer nunca dejó de moverse dentro de la lógica de sus sentimientos, de sus ideas y, sobre todo, de sus inquietudes de toda la vida.

La lectura de los santos y de los místicos era su predilecta. Con las páginas de Santa Teresa, los encendidos versos de San Juan de la Cruz o con los textos del «loco» de Mallorca, Ramón Llull, se sentía arder en ansias de sacrificios, en afanes de realizar algo grande, elevado y noble. De mortifi-

carse y hasta de sufrir martirio. En no pocos de sus escritos se detecta la inspiración directa de San Juan de la Cruz, pero Verdaguer no se mantiene nunca en aquel firme vuelo, en aquella altura casi inaccesible, en la divina embriaguez del gran místico castellano. El alma del mosén de Vic no es como la del sublime carmelita, su noche no es como la del alma del santo. San Juan pone el cielo en la tierra; Verdaguer, al contrario, pone la tierra en el cielo; ama demasiadas cosas de aquí y las ama demasiado intensamente; no puede, por más que quiera, renunciar a ellas, y de otra parte, sabe poco de los bienes del intelecto.

Los estudiosos de la obra poética de ambos, coinciden en reconocer que entre Verdaguer y San Juan de la Cruz existe un lejano parentesco y unas radicales diferencias. El primero, niño siempre, sueña con encontrar a Jesús niño para poder jugar con él; el segundo siempre sueña con encontrarlo pero su visión y su esperanza son muy diferentes. El primero pensaba en jugar, es decir, en la fiesta del corazón; el segundo ahondaba en ver «ordenarse los misterios», es decir, en la aspiración intelectual suprema. Verdaguer no puede remontarse a aquellas cumbres de San Juan, en sus vuelos hay siempre una cierta pesadez, el barro de aquí abajo no consigue despegarse de sus alas y la madurez de su espíritu no acaba de llegar. Nunca fue un ser reflexivo, y su voluntad era tan débil que casi ni existió. Siempre avanzaba de la mano de alguien, nunca había sabido ir solo. La primera y principal influencia fue la de su madre, después la del canónigo Cullell, del que precisa su consejo antes de dar cualquier paso. Más tarde sufre la influencia de la viuda doña Deseada y de su hija que consiguen absorberle hasta el final de sus días.

Esta inseguridad vital también se detecta en su obra, y a veces ocurre que, por más ternura y sinceridad que el poeta ponga en sus composiciones, no llega a convencer, porque en ellas encontramos como una sombra de puerilidad, un exceso de sensiblería que lleva a matar la emoción. Sin embargo, la parte más débil de sus poemas no se encuentra en estas evidentes notas de infantilismo, sino que siempre estará en la ordenación y distribución de las partes, en la estructura. En sus obras, lo que más falla siempre es la idea, la concepción del conjunto, que nunca llega a conseguir plenamente la inteligencia ordenadora. El verso puede ser elevado, enternecedor o lleno de ímpetu, pero el conjunto, en cambio, con frecuencia aparece desordenado, confuso, con falta de sentido en las proporciones y la armonía. Lo mejor de Verdaguer siempre lo encontramos en las composiciones cortas.

Finalmente, al recordar a mosén Cinto, no podemos dejar de mencionar sus obras capitales que fueron *L'Atlántida* (1877) y *Canigó* (1886).

L'Atlántida es su combate de Hércules: la lucha contra el dragón. Era el gran combate de su vida; el monstruo estuvo a punto de devorarle; pero, por fin, ha sido él el vencedor, el héroe, y ha salido robustecido de la prueba. Como Hércules, él también ha alcanzado la rama cimera.

El signo de la Atlántida es la violencia: la tempestad, el incendio, los truenos, los relámpagos, el ruido de las aguas y el viento no cesan. La lucha y el tumulto llenan la acción a través de los diez cantos que componen el poema. La Atlántida, la gran nación que extendía sus dominios de Oriente a Occidente, ha sido condenada por Dios a ser destruida con todos sus habitantes. En momentos claves la obra es un caos en el que el poeta no ha sabido, o no ha podido, poner orden. La Naturaleza ahoga a los personajes, y precisamente ahí es donde encontramos al Verdaguer más auténtico; a través del tumulto y de la violencia le podemos seguir paso a paso pues él se retrata tal cual es en esa etapa de su vida. A través de la Atlántida vemos pasar los arrebatos del poeta, sus iras contra las humillaciones que le inferían, contra las vejaciones que le tocó sufrir, contra las decepciones y contrariedades. Su sensibilidad es delicadísima, irritable, su orgullo desmedido y su sentimiento de dignidad ante las ofensas no tiene límite. En estos versos retrata la parte tenebrosa de su alma: su violencia, su grito de venganza. Para él debió ser una liberación, un desahogo, una purga de su espíritu.

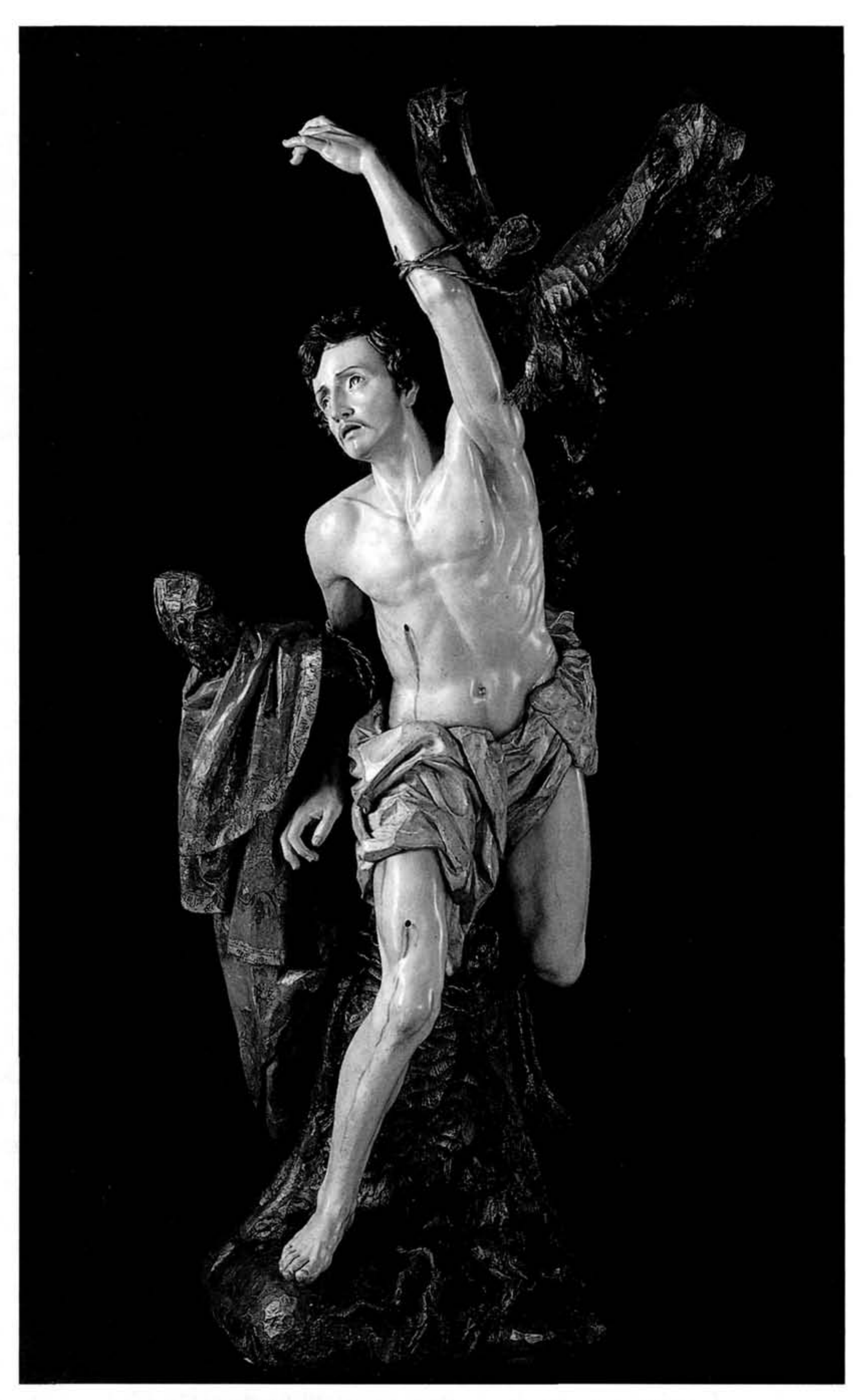
En las cumbres del Monseny y del Canigó, en plena naturaleza, el payés de Folgueroles, que nunca le abandonó, siempre vuelve a encontrarse a sí mismo; en el puente del barco, en alta mar y en medio de la tempestad y la furia de las olas y el viento, sentirá vibrar en él todas las fuerzas de la tierra, en la que tiene profundamente hundidas sus raíces.

En *El Canigó* encontramos la historia más íntima y secreta de su espíritu. Si en *L'Atlántida* Verdaguer nos da la historia de sus instintos, en el Canigó nos dará su más viva biografía espiritual. En esta obra se consolará por todo lo que perdió y llorará por lo que no pudo alcanzar. Y lo hará con los versos más bellos y más inspirados que brotaron de su pluma. Este trabajo es su profesión de fe, su testamento y la más viva expresión de su amor a la tierra natal. Está forjado sobre leyendas guerreras medievales, monjes y hadas, y se apropia de los grandes temas catalanes: el simbolismo de Montserrat y del Montseny.

Mosén Cinto siempre se resiente de un fallo: la humanidad de los personajes. En él falla el elemento humano. Ya desde pequeño le interesaba más el paisaje que el hombre; le importan el campo, el cielo, los recuerdos. La leyenda le gusta más que la historia; soñar más que vivir. Es menos doloroso y más bello. Entre sus lecturas predilectas se encuentran las leyendas,

o la historia mezclada con la leyenda. De las vidas le gustan las de los santos, llenas de milagros y de intervenciones divinas.

El literato aplaudido en esplendorosas fiestas, el más alto representante de la *Renaixença*, el limosnero de la casa Comillas, el que repartió dinero a manos llenas entre los pobres, acabó sus días siendo el más pobre de todos; el gran poeta quedó convertido en un mendigo. En los últimos años de su vida, Verdaguer aparece cada vez más viejo, más abatido, más miserable, como un pobre cura de los llamados de «misa y olla», dedicado en la parroquia de Belén de Barcelona a humildes tareas que poco tenían que ver con lo excelso de su figura literaria. Después de su muerte le levantarán grandes monumentos en los lugares más céntricos de la Ciudad Condal, en Montserrat, en Folgueroles. Su tumba se inundará de flores y toda Cataluña le tendrá presente en su memoria.



Juan de Chávez (atribuido a). *San Sebastián*, siglo XVIII.
Catedral de Guatemala, Ciudad de Guatemala

Entrevista con Alberto Ruy Sánchez

Reina Roffé

—*Su primera novela,* Los nombres del aire, *fue galardonada con el prestigioso premio Xavier Villaurrutia, que se otorga en México. Esta novela se convirtió en un libro de culto. Dadas las reglas del mercado editorial de estos últimos años, ¿alcanza con ser un autor de culto o pesa más el número de ejemplares vendidos?*

—Es casi una casualidad, cuando alguien trabaja con la preocupación formal con la que yo escribo, obtener el favor del público. Cuando se tiene, es un añadido, un don, porque demuestra que la obra significó algo para una o varias personas. En realidad, todo reconocimiento es un don, un regalo de quien lo da. Y la parte de mérito que le corresponde al autor es secundaria y azarosa.

—*¿Qué debemos entender exactamente cuando se dice Ruy Sánchez es un autor de culto?*

—Bueno, la frase es un poco pedante.

—*Sin embargo, es de uso corriente cuando se quiere hacer referencia a ciertos autores cuyas obras son leídas por un reducido grupo de lectores. Es decir, esas obras no responden a las políticas del mercado editorial ávido de producir* best-sellers.

—Mi primera novela, *Los nombres del aire*, fue rechazada por diez editoriales, incluyendo Tusquets, que la iba a publicar, pero se le cayó el mercado de México en una crisis económica y entonces dijeron: ésta no, la próxima. Pero después que fue publicada por la editorial Joaquín Mortiz, en México, hace cerca de quince años, no ha dejado de ser reeditada cada año en tiradas que van entre los mil y los cinco mil ejemplares. Siempre ha estado presente, la gente la recomienda de boca en boca. Y desde que existe el Internet, sobre todo, yo recibo dos o tres mensajes diarios relacionados con el libro y conteniendo peticiones o comentarios.

Hay una gran cantidad de niñas que actualmente llevan el nombre de la protagonista de mi novela. También hay gente que me cuenta que han ido a Mogador, porque han leído mi libro. Incluso en mi sitio de Internet hay una fotografía del lugar que me mandó un lector. Fue allí, se maravilló y me mandó la fotografía, que es muy bonita. Todo esto constituye una respuesta, que no es masiva, no convierte al libro en un *best-seller*, pero me demuestra que tiene un público asiduo, constante. En muchas de las cartas que recibo, advierto que mi obra le sirve a la gente para hablar de sí mismos. Y eso es una riqueza que emana de los libros. En la misma crítica, en los ensayos que se han escrito sobre mis novelas, la gente habla sobre lo que es y encuentra allí lo que pensaba que quería encontrar desde antes. Es algo extraño. Por eso, mi mérito es secundario. Los lectores proyectan una parte de sus deseos. El hecho de que todos mis libros sean sobre el deseo es coherente con que encuentren en ellos una respuesta a sus propios deseos.

—Hay quienes escriben para poder dialogar mejor con otros autores. Creo que, en su caso, también se percibe este diálogo con obras que han sido, seguramente, fundamentales en su formación como lector y como escritor. ¿Podría mencionar cuáles son y qué autor es su interlocutor permanente?

—Precisamente, mi séptimo libro de ensayos lo titulé *Diálogo con mis fantasmas* pensando que después de escribir tanto sobre muchos autores y de reincidir sobre algunos, regreso con frecuencia sólo a aquellos con los cuales ensayo no solamente mi escritura sino mi vida, los que me ayudan a pensar mi vida. Vuelvo, de manera preponderante, a Rilke, por su poesía y sus reflexiones sobre el arte. La relación que él sostuvo con Rodin, la manera en que se vinculó con Rodin, es fundamental para mí. Y también un autor como Pier Paolo Pasolini, no solamente como cineasta vital, sino como crítico social y literario, porque la recopilación de historias y de poesía popular que hizo es espléndida, sino sobre todo como un novelista que supo hablar de una actualidad social, que le tocó vivir, de una manera profundamente poética. Algún día, cuando termine mi ciclo sobre el deseo, yo escribiré sobre muchas de las cosas que suceden ahora en México buscando un tono emparentado con el de Pasolini. Otro de mis autores, digamos tutelares, es Lezama Lima. Me interesa, en especial, su poesía y una buena parte de sus ensayos. También Octavio Paz, por supuesto. Y hay autores que no son poetas ni narradores, como Roland Barthes, que han sido muy importantes para mí.

—Ha mencionado a Octavio Paz, con el que usted trabajó.

—Sí, yo trabajé con Paz y cuando dejé de trabajar con él seguimos siendo amigos. Fui secretario de redacción de la revista *Vuelta* durante dos años, de 1984 a 1986. Fue una experiencia maravillosa estar en contacto con él todos los días, y después seguir siendo alguien cercano a su persona y a su obra. También escribí *Una introducción a Octavio Paz*, encargado por una casa norteamericana que edita libros de divulgación y con un afán didáctico; ese libro, aunque es un ensayo muy diferente a los que yo escribo, también ganó un premio, el «José Fuentes Mares» en 1990.

—Dada su proximidad a la revista Vuelta, *quizá usted sepa decirme si había una suerte de rivalidad entre Rulfo y Paz. Hay quienes afirman que, cuando murió Rulfo, Paz y su revista apenas le dedicaron unas pocas líneas al autor jalisciense. ¿Es cierto?*

—No, no es cierto. Octavio, cuando murió Rulfo, escribió un artículo; y yo, en el número siguiente a la muerte de Rulfo publiqué otro en *Vuelta*. El de Octavio debe de estar en el volumen que se llama *Conversaciones y semblanzas*. El mío es breve, pero parte de ese artículo escrito a la muerte de Rulfo está ampliado en otro, recogido ahora en un volumen que se titula *Cuatro escritores rituales*. Uno, como le decía, es Rulfo, y los otros son Álvaro Mutis, Severo Sarduy y Juan García Ponce. El fragmento que publiqué en *Vuelta*, creo que se llamaba «La segunda muerte de Juan Rulfo» y era sobre su silencio como narrador. Todo esto no quiere decir que no hubiera enemistad entre Paz y Rulfo. No puedo decir con certeza qué sucedió entre ellos. Durante mi relación con Octavio yo cultivé, especialmente, todo lo que no era el lado guerrero. Es decir, cultivé su lado solar, el lado de la poesía y la literatura. De hecho, me importa muy poco la parte polémica. Pienso, como Borges, que nuestras opiniones son la parte más banal y circunstancial de cada uno. Lo que sí le puedo decir es que Octavio Paz sentía una gran admiración por *Pedro Páramo*, sin duda, y también por *El llano en llamas*; porque nadie, con un poco de razón, puede dudar de que éstos son dos grandes libros de la literatura mexicana.

—¿Octavio Paz era un centro, Rulfo estaba desplazado?

—Desplazado, no. Para Octavio, parte de su manera de ser centro fue vivir fuera de México, por ejemplo, y tener una gran información muy

cosmopolita. Al principio, su vínculo con el surrealismo. Nadie, en México, ningún poeta mexicano lo tuvo de la misma manera; y después su información de primera mano de Oriente. Es cierto que desde su posición de crítico al gobierno, desde 1968, se convirtió en una figura política, digamos. La gente esperaba su opinión sobre todo. Otro factor es que tener medios de comunicación, dirigir una revista y todo eso también implica, a veces, poder dentro del medio pero, sobre todo, una gran influencia. Además, hay un hecho fundamental y es que México, a diferencia de los países anglosajones, tiene el modelo social francés para la inteligencia. Un intelectual, con que haya escrito uno o dos libros que llamen la atención, tiene acceso a los hombres del poder político y del poder económico del país. Sin tener poder, tienes influencia, que es el modelo francés. Para salir en la primera página de *Le Monde* basta con haber escrito un libro que haya llamado la atención. Para salir en la primera página de *The New York Times* necesitas ser, no un simple asesino, sino un asesino en serie, haber matado a varias personas. El premio Nobel se lo dan a Toni Morrison y ni siquiera el alcalde de la ciudad la felicita; se lo dan a Octavio Paz en Nueva York y lo llama para felicitarlo el rey de España antes que nadie, el presidente de México y el presidente de Estados Unidos. Hay un valor que la sociedad otorga a los intelectuales latinoamericanos que no se le da a los del mundo anglosajón. En la pirámide social los intelectuales tenemos una voz que es escuchada, que perturba y puede que incida para que cambien muchas cosas. También depende del carácter de las personas. Si las personas quieren ejercer o no esa voz. Yo pienso que la gran discreción y la gran contención de Rulfo lo hacían una persona que no estaba con un deseo tremendo de ejercer todos estos poderes. Hace poco hicieron una exposición en la ciudad de Guadalajara sobre Juan Rulfo, donde se mostraron no sólo sus fotos, sino también muchos de sus objetos. Entonces uno se da cuenta de todo lo que él dedicó como editor del Instituto Indigenista, que era su trabajo principal, a la exploración de los mitos indígenas. Era un tipo con una vida interna increíblemente rica y que hacía pública a su manera. Recibía una gran demanda del exterior y, sin embargo, hizo todo lo que pudo para resistir a esa demanda y seguir siendo él mismo. Qué más se le puede pedir a un gran escritor.

—Pero Rulfo no era, digamos, un maestro como se lo puede considerar a Paz.

—Es que esa palabra es muy chocante. En México se la usa casi como sinónimo de licenciado. A veces, en vez de decirte licenciado, que es un

título que se le inventa a todo el mundo para dirigirle la palabra (en España es *don* Fernando, *don* Alberto), te llaman «maestro». Cuando me dicen maestro a mí me resulta chocante, porque es como un doble *don.*

—*De* Los jardines secretos de Mogador *surge un texto de referencia de gran relevancia en cuanto a la construcción de esta obra. Me refiero a* Las mil y una noches. *¿Hay en su intención creativa una necesidad de volver a uno de los orígenes del relato?*

—Más que volver a uno de los orígenes, es jugar con la idea del reto. En realidad, uno de los motivos por los cuales yo escribo tiene que ver con ciertos diálogos con algunos miembros de mi familia. Una familia del Norte de México, que llegó a la ciudad emigrada; una familia muy grande que conservó durante muchos años la costumbre de reunirse y, en las reuniones, contar historias. Los abuelos contaban las historias que les habían contado a ellos y también las historias de los muertos, porque eran espiritistas. Muchas de las gentes del Norte lo son. Yo solía ir a desayunar muy temprano con mi abuela y ella me decía: «A qué no sabes quién vino a verme anoche». Y entonces me contaba la historia de algún muerto que había ido a visitarla. En las reuniones familiares todo el mundo contaba algo. Las primeras cosas que yo escribí fueron por el placer de contar historias. Todo lo que escribo está vinculado a ese placer. Más que como una referencia literaria importante, pienso en *Las mil y una noches* como un libro indeterminado, como lo son todos los que funcionan como recopilaciones de textos, y a mí me gustan esos libros porque son imán de muchos relatos distintos. Hay varias versiones de *Las mil y una noches*, pero en todas existe ese elemento de reto que Sherezada toma y continúa. Yo me imaginé unas segundas *Mil y una noches* en las cuales Sherezada está embarazada. El rey no solamente se halla fascinado por seguir escuchando sus relatos, sino también por la vida erótica que posee con ella, aunque tiene a su disposición un harén. Para no perderla, el rey se ve obligado a contar historias, pero carece de la sensibilidad de Sherezada, entonces ella tiene que educarlo. En el origen de mi libro está la idea de una Sherezada que es la que pone las condiciones, mientras que el rey es un pobre hombre poderoso, amenazado de muerte erótica; es decir, de castración simbólica.

—*¿Existe una historia personal vinculada a este libro?*

—Hay un momento de gran felicidad erótica y de descubrimiento vital que fue el momento de los primeros embarazos por los cuales nacieron los hijos

que tengo con Margarita de Orellana. Y como sucedieron casi a los diez años de vivir juntos, revitalizaron nuestra vida erótica. Obviamente, a los diez años de una pareja, la vida erótica no es la misma que al comienzo. Y esos embarazos nos dieron a los dos un renacimiento. Tal vez por eso seguimos juntos. Vivo con Margarita desde hace 25 años. Gracias a aquella experiencia aprendimos a releer nuestros deseos, a descifrar nuestros cuerpos de otra manera. Para mí, el embarazo de Margarita significó un reto tremendo que ella me imponía, el reto de saber cómo se iba transformando cada día, porque era una mujer diferente cada día. El aumento de sensibilidad que tiene una mujer embarazada es algo que no siempre los hombres saben cómo seguir y no siempre las mujeres aceptan que no se clausure el mundo del deseo. Por eso, a mí me interesó preguntarle a muchas mujeres embarazadas cómo vivían su erotismo. El arte de un novelista no sólo radica en saber observar (estamos acostumbrados a que los grandes novelistas clásicos eran muy buenos observadores), sino en saber convertirse en entrevistador gracias a la dimensión del periodismo literario. Nuestra ventaja está en que podemos ser unos indiscretos fabulosos y preguntarle a la gente cosas muy íntimas, de las que antes no se decían y menos a una persona que las puede escribir. En efecto, entrevisté a mujeres para esta novela y para todo el ciclo del deseo. En el primer libro, *Los nombres del aire*, están los deseos de muchas mujeres. El segundo, *En los labios del agua*, es casi un recuento de los fantasmas masculinos, incluso los más extraños. Por ejemplo, a mí siempre me ha asombrado cómo a muchos hombres y amigos míos la fantasía de hacer el amor en un avión es algo que los vuelve locos.

—*¿Como en una de las películas de* Emanuelle*?*

—Claro, está en la película *Emanuelle*. Es un deseo en el que se unen tres fantasías importantes: la fantasía de estar en un nicho, de regresar a un nicho, la fantasía de volar y la presencia de las azafatas. Esto en el libro aparece criticado, pero puesto en escena. Para el último, *Los jardines secretos de Mogador*, interrogué a muchísimas mujeres y me interesó comprobar una vez más la gran relatividad que existe en la vida erótica. Un día en el que interrogaba a cinco mujeres sobre su mejor amante y el peor, de pronto, sin que me dijeran el nombre, yo sabía que la misma persona había sido el mejor de una y el peor de otra, lo cual ya establece una de las reglas sobre la relatividad del deseo. De la misma manera, durante el embarazo, cada mujer vive de forma muy diferente su relación erótica. Son muchas más de las que uno piensa las mujeres que no se conforman con clausurar su vida erótica durante el embarazo. Y la siguen teniendo, muchas veces,

no con el marido. Hay mujeres que retan al hombre para su propia felicidad y para felicidad de la pareja a no tener sólo amor sino también deseo. Estamos acostumbrados a pensar que el amor está por encima del deseo. Pero hay mujeres que dicen quiero amor y quiero deseo. Este es el caso de Jassiba, la protagonista de mi novela. Él tiene que descifrar esos espacios privilegiados en el mundo, donde la gente ha depositado sus deseos con gran intensidad, y que constituyen unos pequeños paraísos metafóricos. Son tan importantes para las personas, porque ahí concentran sus deseos. Entonces él tiene que aprender a leer los deseos de los demás en el mundo. Jassiba cree que de esa manera él se convertirá en un mejor amante, en un mejor lector de los deseos de ella. No sabemos si este hombre que ha aprendido a descifrar los deseos del mundo, se ha convertido en un mejor amante, lo que sí sabemos es que se convierte en un contador de historias.

—Jassiba le exige, para volver a hacer el amor con él, que le cuente un nuevo jardín de la ciudad. ¿Por qué cada historia, cada jardín, tiene un registro distinto?

—Me impuse ese desafío. Quise marcar una diferencia con Italo Calvino (otra de mis figuras tutelares) y su libro *Las ciudades invisibles*, donde todas las ciudades están contadas en el mismo registro. Por eso, en mi novela hay diferentes tipos de cuentos; algunos bordean el ensayo, otros la poesía. Además, también me impuse el mismo reto que Jassiba le exige a su marido-amante, no inventar nada, todo debía tener un origen, su existencia en el mundo; esos ámbitos en los cuales alguien depositó sus deseos con inmensa fuerza debían ser verdaderos. Por tanto, me dediqué a recorrer y coleccionar ámbitos de excepción. Todos están documentados. Cada uno de los jardines que cuento tiene en su origen un hecho o un objeto que está cargadísimo de deseo. El narrador, al final de cada uno de los cuentos de jardines de las narraciones, hace una coda. Todas esas codas, para dar un hilo de unión al collar de piedras diversas, están escritas en un mismo registro que es el de la poesía mística, porque lo que está haciendo el amante es traducir la recopilación de deseos del mundo en términos de los deseos a su amada. Es decir, traduce y convierte el mundo en un poema erótico hacia su amada.

—Antes mencionó a Roland Barthes. ¿Qué hay de los Fragmentos de un discurso amoroso *en estas narraciones suyas?*

—Es un libro que a mí me ha marcado mucho, pero no está tan presente en mi novela como en los cursos que doy sobre erotismo. Barthes fue una

figura tutelar para mí, aunque él evitaba ser tutelar. Barthes sí era un maestro, pero en el sentido artesanal del término. Yo estudié con él cinco años y puedo decir que era alguien que ejercía su oficio a su medida. Los alumnos no aprendían principios o verdades de él como se usa en la escuela, sino que veían cómo él hacía sus cosas, y así los alumnos podían hacer, a su vez, las suyas creando sus propios instrumentos. Los artesanos de la plata crean sus instrumentos a la medida de sus manos hasta para hacer el mismo objeto. Y ésa es la gran enseñanza de Barthes. No quería epígonos. De ahí que yo haya procurado que mis ensayos, que cada uno de mis libros, fueran de mi propia factura, producto de ensayarme a mí mismo en temas distintos con mi propio punto de vista. Otra cosa fundamental de *Los fragmentos de un discurso amoroso* es que Roland Barthes los escribió en un momento en que él era un semiólogo muy riguroso y, al enamorarse, introdujo todo lo que le estaba sucediendo a nivel emocional. Quiero decir: citaba conversaciones de amigos y situaciones personales con la misma validez con la que hablaba de importantísimos libros y autores. En este libro está, por otra parte, entramada la novela que nunca alcanzó a escribir. Para mí otra de las enseñanzas de Barthes es la de haberse atrevido a decir «yo» al escribir un ensayo y crear un «yo» muy personal sin perder de vista el rigor que requiere el ensayo.

—En alguna ocasión, usted ha dicho que su escritura narrativa, cercana a la poesía, es una «prosa de intensidades». ¿Podría explayarse al respecto?

—En el momento en que terminé de escribir *Los nombres del aire*, no tenía una etiqueta para clasificarlo ni me importaba mucho hacerlo. Yo escribí lo que necesité escribir y tenía mucha consciencia de que estaba haciendo una composición. Nunca he creído en la inocencia del lenguaje, tal vez por haber vivido en distintos países con distintas lenguas. No puedo pensar que exista un habla natural. En cualquier país, en diferentes regiones, siempre se da una construcción. Por lo tanto, he buscado que en mis libros haya una composición que sea un trabajo de arte. Nunca he tratado de que fuera un espejo de la realidad, como cuando hacemos periodismo. *Los nombres del aire*, que fue el comienzo de esta serie sobre el deseo, me llevó a escribir un libro anfibio, un libro extraño que es un poco ensayo, un poco poema y un poco narración. Y cuando lo llevé a publicar, me dijeron: vaya usted a una editorial que publique poesía, esto no es suficientemente narrativo para nosotros. Lo llevé a publicar a una editorial de poesía y me dijeron: no, esto es evidentemente una novela. Entonces me di cuenta de que no existía en el armario mental de las personas encargadas de la edi-

ción en México un cajón para que mi libro encajara. Por tanto, me di cuenta de que debía construirlo de alguna manera, sobre todo para entender lo que yo estaba haciendo. Me puse a averiguar quién había escrito así y advertí que, en gran parte, era fundamental tomar en cuenta que yo, ese libro, lo había escrito en Francia, durante los casi diez años que viví allí, años en los que estuve aislado de todas las voces de mi generación. Es decir, encontré mi voz narrativa muy solo y eso hace, para bien o para mal, que no tenga nada en común con la gente de mi generación. Escribí lo que quise y como quise, sin la presión del medio que te va a publicar o de los amigos o enemigos que te van a criticar. No me importó. Y en el momento en que comencé a interesarme por lo que había hecho, me di cuenta de que en Francia no necesitas ninguna justificación. Tal vez por eso mis libros han circulado mejor en Francia que en España, por ejemplo. Bueno, ése es otro fenómeno: la poca recepción o sensibilidad que hay en España hacia lo extranjero, ¿no? Entonces, en México, escribí algunos ensayos sobre lo que llamé «la prosa de intensidades» para darle nombre a un equivalente en prosa del poema extenso. El poema extenso tiene su propia lógica y ha habido teóricos, como Octavio Paz, del poema extenso. Yo traté de hacer una reflexión, no de la poesía en prosa, sino sobre la poesía extensa en prosa y encontré el concepto de intensidad tomado de Spinoza, Nietzsche y otros para hablar de esos momentos que, siendo puntos culminantes de la narración, no están vinculados al suspenso, sino al asombro poético, y cómo esos momentos pueden ser articulados en una composición que no necesariamente tiene que ver con el sentido del suspenso y de la intriga. Por lo tanto, se convertía casi en un cuestionamiento no sólo de la intriga y del esquema dramático tradicional en el cual el clímax es muy importante, sino también (puesto que mi libro es sobre el deseo) en una crítica de ese otro clímax ideológico que es el orgasmo, y una crítica implícita de ese otro clímax en la vida que es el éxito, la acumulación de puestos importantes, de dinero y de notoriedad. Entonces, mis libros empezaron a organizarse en una composición que responde al modelo de la espiral, un poco para conjurar esta predominancia del modelo de la montaña que se escala, yo he querido explorar otro modelo, el modelo de la espiral, que es un modelo en el cual uno se va moviendo hacia un centro, pero, al mismo tiempo, el centro puede ser el primer círculo que uno recorre. Es decir, se está llegando a la meta desde que se comienza a circular.

—Me decía usted que vivió casi diez años en Francia. En una entrevista con otro autor mexicano, Sergio Pitol, hablamos de las adquisiciones de otras lenguas. ¿Usted reconoce este tipo de adquisiciones?

—Soy muy malo para adquirir, soy mal poseedor, pero, al mismo tiempo, soy muy influible, por fascinación, más que por conciencia de lo que adquiero. Incluso no soy un gran cultivador de la memoria y olvido con mucha frecuencia los títulos de los que he hablado. Para mí escribir es un gran placer en el cual se incluye el placer de comprender, el goce tremendo de comprender. Y con un gran énfasis en los sentidos. Aprender otras lenguas, vivir en otras lenguas ha sido un inmenso descubrimiento que ha modificado mi cuerpo, que es el que escribe, mi cuerpo entero es el que escribe incluyendo, desde luego, mi mente. Y a través de algunas culturas, como la francesa, he descubierto muchas otras. Francia es el lugar donde más se traduce la literatura extranjera. Si se compara con Estados Unidos o con España, donde se traduce poquísimo de la literatura de otras lenguas, Francia es no solamente una ventana a la cultura francesa sino una ventana a las culturas del mundo, las culturas de Oriente, las culturas de África. En ese sentido, aprender francés es fundamental. Tengo poca conciencia de cómo eso ha modificado mi propia lengua, mi propia escritura y soy escéptico de que cualquier cosa que haya adquirido dure en mí mucho, porque no soy bueno para tener esa conciencia. Cada cultura te da una apertura a la sensibilidad. Yo creo que la cultura francesa, sin duda, me obligó a ser más útil y más reflexivo, y más sensible a las diferencias.

—*¿Hay un lugar para lo diferente?*

—Hay muchos lugares para lo diferente. Es el gran contraste con la cultura de marca protestante que es la anglosajona. La cultura norteamericana, sobre todo, lleva aún la marca de su origen, que es el de una secta protestante. Las culturas inglesa y canadiense son un poco más abiertas que la cultura norteamericana. En ese sentido, hasta lo que no nos parece positivo nos enseña por contraste.

—*Alberto Manguel en «Una geografía erótica: La literatura de A.R.S» dice que, lo cito, «carecemos de un lenguaje para contar lo erótico». ¿Carecemos o contar lo erótico es una tarea tan difícil que parece, por momentos, estar fuera de nuestro sistema literario?*

—Es importante tener conciencia de que lo erótico se conoce y se cuenta con las manos, con los ojos, con los olores, que lo erótico está vinculado al sentido distinto que toma cada acto erótico cada vez. No sólo cada día, sino cada momento. Esta fugacidad de la experiencia es un reto tremendo para los escritores. Por supuesto, hay escritores de lo erótico que reposan en un

lenguaje común que le sirve a un gran público. Eso también es válido. Una de las cosas maravillosas de la literatura es que hay de todo para todos.

—Manguel comenta, además, que «Marruecos se convierte para Ruy Sánchez en ese otro lenguaje que sirve para describir aquello que su propio lenguaje ha callado» ¿Es el desierto, el mundo árabe, esa zona del norte de África por donde transitan muchas de sus historias, referentes que le sirven para desbloquear aquello trabado por el miedo, el patrón social y la autocensura?

—También tengo poca conciencia de la censura y de la autocensura.

—Pero existe, existe en México, en la Argentina. La sociedad latinoamericana convive con diferentes tipos de censuras.

—Sí, claro. Pero yo soy un escéptico de las mayúsculas. Cuando me dicen: hay una gran libertad con ele mayúscula, yo les digo no. Todos nos limitamos. Y cuando me dicen hay una gran censura, contesto también que no. Soy un creyente de la paradoja, es a lo único que le pongo mayúscula. Por supuesto, siempre hay una línea de demarcación y una relatividad: lo que para unos es permitido para otros no. Por ejemplo, la revista *Cambio* de García Márquez tiene una sección final donde invita, generalmente a artistas y modelos, a salir desnudos. Entonces, me invitaron a salir desnudo. Al mismo tiempo, siempre hacen una entrevista sobre el cuerpo. Yo acepté y lo hice. Provocó gran escándalo a mi alrededor. Para mí fue divertido. Las fotos son incluso púdicas, porque aunque esté desnudo, con las sombras ocultan el sexo. Claro, el sexo no es lo que me da vergüenza, lo que me da vergüenza es el estómago desbordado que tengo. Eso es algo vergonzoso, y es culpa mía, lo demás es lo que uno tiene y no me da vergüenza. Hubo ahora un segundo proyecto de un editor muy osado en México que está haciendo retratos de escritores, todos desnudos o semidesnudos, con una modelo, una jovencita que se fotografía con ellos. Es muy curioso ver esas fotos con los escritores, toda la serie parece *La bella y la bestia*, somos espantosos comparados con la jovencita. A mí no me parece osado, sino mitológico dentro de este género de *La bella y la bestia*. Entonces, yo les dije: por qué no hacemos algo distinto, yo ya he salido desnudo, hagamos mejor desnudos abstractos: grandes acercamientos a las manos, manos entrelazadas, formando entre sí un entramado. Muchas veces esto resulta más sorpresivo y sugerente que el desnudo mismo. En fin, cuando las cosas apare-

cen de un lado hay que tocar el otro. En todo caso, es un término relativo lo permitido o no permitido. Existe, pero es una frontera que se desplaza siempre. Lo interesante para mí de Marruecos es que funciona de otra manera. El mundo de lo permitido es diferente. Las mujeres reunidas en grupo, incluso veladas, tienen la libertad de observar a los hombres físicamente. Del mismo modo que los machos mexicanos observan a las mujeres y las comentan entre ellos, las mujeres marroquíes se reúnen en grupo y miran de arriba abajo a los occidentales y los comentan. Te examinan detenidamente y se ríen entre ellas. Son códigos de lo permitido o no permitido que funcionan con diferencias con respecto a nuestro mundo. El mundo de lo clandestino también funciona de otra manera. En fin, son otros códigos. Yo viví de niño en el desierto del Norte de México, entre los tres y los cinco años, y al llegar al Sahara tuve un ataque involuntario de memoria y comencé a recordar muchas de las cosas que yo no sabía que había olvidado, y así recuperé parte de mi infancia en el desierto. Por eso, el desierto se convirtió para mí en algo importante. Por otra parte, creo que entre México y Marruecos hay paralelos que son consecuencia de haber sido ambos descendientes de la cultura árabe-andaluza, y que muchos de los ingredientes de tecnología cultural, es decir, la alfarería, la cerámica, los textiles, las cosas que se usaban para la vida de todos los días, que era una tecnología, por eso lo llamo tecnología cultural, permanecieron en Marruecos y en México aisladas de otras influencias predominantes, que hace, por ejemplo, que la cerámica que nosotros llamamos de Talavera, en Puebla, sea idéntica a la cerámica azul de Fez y no se parezca en nada a la cerámica que se hace en Talavera de la Reina ahora, más que en la técnica. Entonces, es un fenómeno histórico curioso que crea la impresión de un puente y un vínculo grande e intenso entre Marruecos y México.

—Usted dirige actualmente una revista.

—Sí, *Artes de México*. Durante mucho tiempo mantuve columnas en los periódicos y en las revistas, especialmente en la de Octavio Paz. Pero me di cuenta de que prefería un trabajo menos expuesto a la política cultural de los grupos. Al terminar en muy malos términos con una buena parte de la corte de Octavio Paz, me di cuenta de que yo tenía que ser independiente, y surgió la necesidad de tener mi propio medio. Pero, al mismo tiempo, no quería que fuera un círculo más de poder que compitiera con los otros. Si yo voy a hacer un medio, va a ser un medio que se interese antes que nada y sobre todas las cosas del contenido de lo que trata el

medio, y no de la política cultural, me dije. Entonces, traté de hacer una revista de confluencia. Me propuse como meta, por ejemplo, en un momento en que Octavio Paz y Carlos Fuentes estaban distanciados, que los dos quisieran publicar en mi revista sin necesidad de que coincidieran, y que lo hicieran por la calidad de la revista. Lo mismo aplicado a todos los grupos intelectuales que están peleados entre sí en la historia del arte, de la filosofía. La publicación que dirijo es monográfica, aborda la cultura y las culturas tradicionales de México; intentamos explorar nuestra cultura a diferentes niveles. En ella publican, sobre todo, especialistas, pero hay diferentes dimensiones, no son sólo historiadores de arte, sino también escritores, antropólogos. Y es, en gran parte, una antología de lo mejor que se ha hecho en cada tema. Una antología, un punto de vista de la historia de las mentalidades, un punto de vista heterodoxo sobre los fenómenos culturales y, al mismo tiempo, una exploración en el límite de lo que se sabe sobre cada fenómeno para que la gente que no sabe nada sobre un tema, lo descubra, y la gente que sabe todo, encuentre una idea nueva, algo que pueda dar indicios de nuevas investigaciones. Entonces, eso es lo que yo quise: un lugar de confluencia, no una tienda de campaña más en la guerra.

—*Por lo visto, no faltan tensiones en el ambiente cultural mexicano.*

—Siempre hay agresiones y guerras.

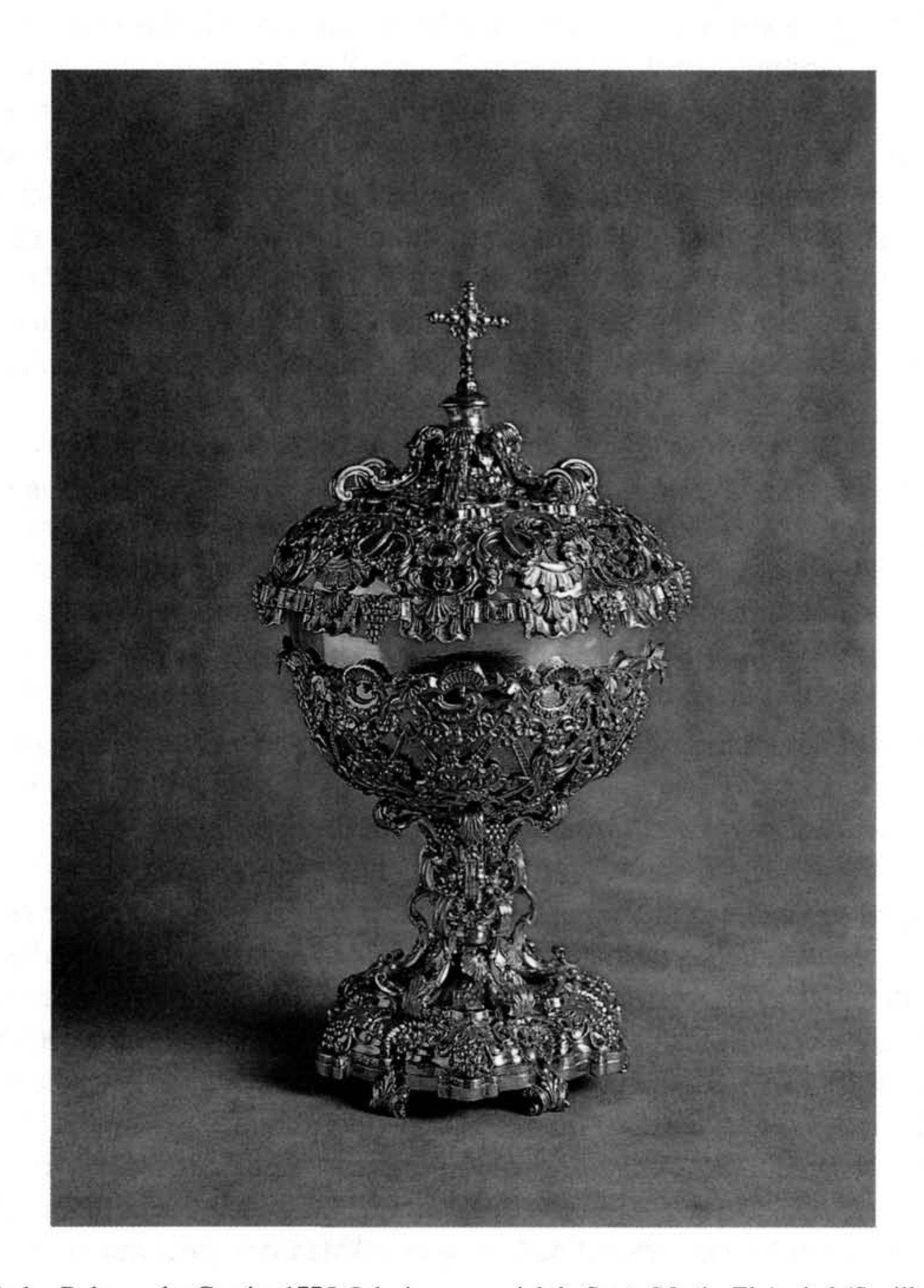
—*¿Qué es lo que se pone en juego en estas luchas?*

—Los poderes simbólicos y, para algunos, los poderes económicos.

—*¿Se siente parte de la tradición literaria de su país?*

—A mí me interesa mucho el tema de la tradición, y siendo editor de una revista que estudia las tradiciones de México, la cultura y sus vínculos con lo tradicional, estoy convencido de que no hay tradición si ésta no es renovada cada día. Son los creadores los que le dan vida a una tradición. Y, en ese sentido, mis libros pueden o no convertirse en parte de la tradición de México, esto dependerá de cómo lo retomen los jóvenes más que cómo me siento de vinculado con mis contemporáneos. Esto dependerá, en gran parte, del azar. Lo que le puedo decir es que paso una buena parte de mi vida explorando, en profundidad, lo que es México, paso mucho tiempo recorriendo el país, hablando, sobre todo, con artesanos, estudiando el

fenómeno de la creatividad en los pueblos, de todos esos creadores que no pertenecen a la escena principal del arte, y que producen cosas maravillosas, que están vinculados, en gran parte, a tradiciones rituales. Y a otros que se reinventan esa tradición todos los días. No creo que se pueda hablar de tradición como algo fijo, para mí es una noción cambiante. Me siento inscripto de una manera heterodoxa. Y en cuanto a las culturas de México y a todo lo que sucede en el país a nivel de los artesanos y de los rituales, es algo que me fascina. Entonces, por fascinación, me siento un gran admirador de todo eso.



Pedro Balenzuela. Copón, 1775. Iglesia parroquial de Santa María, El Arahal (Sevilla)

El país del quetzal

Carlos Alfieri

Si se pasa revista a las exposiciones realizadas en Madrid a lo largo de 2002, no se puede dejar de recordar una que constituyó un raro acontecimiento: *El país del quetzal. Guatemala maya e hispana* que, organizada por la Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior (SEACEX), tuvo lugar en el Centro Cultural de la Villa desde el 17 de mayo hasta el 21 de julio.

Pocas veces se ha coronado con tanto éxito la intención de brindar una muestra global del arte y la cultura de un país como en este caso. Aunque centrada en dos etapas fundamentales de la historia guatemalteca, la maya prehispánica –sobre todo en sus períodos Clásico (300 al 900 d.C.) y Postclásico (900 al 1500 d.C.)– y colonial (siglos XVI–XIX), la producción artística desarrollada en ellas fue tan vasta y de tan alta calidad que ofrece todos los obstáculos imaginables al propósito de presentar una síntesis válida y proporcionada a esa grandeza.

La muestra organizada por la SEACEX fue impecable en muchos sentidos: aportó centenares de piezas relevantes, capaces de brindar un panorama exhaustivo de los períodos tratados sin abrumar al espectador, y su organización espacial fue tan acertada que hizo parecer diáfano un ámbito que no lo es.

Seguramente a causa de las insuficiencias de la investigación histórica, la civilización maya –esos «griegos del Nuevo Mundo», como se los ha llamado– se nos aparece como uno de los fulgores más intensos del desarrollo de la humanidad cuyo surgimiento y ocaso siguen constituyendo un misterio. Sabida es la excepcional aptitud de esta cultura obsesionada por el paso del tiempo para la elaboración de calendarios de asombrosa precisión, para la profundización de notables conocimientos matemáticos –con el empleo del cero– y astronómicos, para la creación de un sistema de escritura que subsiste como el único comprensible de las civilizaciones precolombinas, para la escultura, la cerámica, la arquitectura. En este sentido, las piezas reunidas en la exposición madrileña bastaban para aplastar cualquier posible rescoldo de las teorías de Corneille de Pauw acerca de la inferioridad intrínseca de los americanos.

Estelas, jambas, altares, dinteles, figuras de bulto y marcadores de juego de pelota sobrecogían por su gravedad y densidad simbólica. Altares como el de Kaminaljuyú, del período Preclásico tardío (400 a.C.–250 d.C.) o el denominado L, de Quiriguá, del Clásico tardío (550 al 900 d.C.), soportes de altares como el del número 2 de Piedras Negras, Petén (Clásico tardío), la escultura del Dios Solar de Dos Pilas, Petén (Clásico tardío), el Panel 1 de La Amelia, Petén (Clásico terminal, 800 al 900 d.C.), la Estela 2 de Machaquilá, Petén (Clásico terminal) o el Dintel 3 de Piedras Negras, Petén (Clásico tardío), con sus textos jeroglíficos que además de su no siempre descifrado significado documental –todo era datado por los mayas– poseen un singular valor ornamental, son testimonios del extraordinario grado de maestría escultórica alcanzado por esta civilización.

Piezas como la máscara funeraria de Tikal, Petén (Clásico tardío), construida con mosaicos de jade, concha, madreperla y pirita, o el vaso de mosaicos de jade de Tikal, Petén (Clásico tardío) revelan un arte exquisito. Pero son quizás las pinturas que decoran los objetos de cerámica polícroma –platos, vasos, fuentes– los ejemplos más admirables del refinamiento artístico maya. A diferencia de la escultura, las figuras humanas no son aquí hieráticas sino que están dotadas de una notable vivacidad; las líneas del dibujo, con profusión de curvas, son sueltas, decididas, gráciles; todo rezuma una increíble delicadeza, la misma que caracteriza a sus maravillosas piezas de joyería.

Si excelente fue la representación de la etapa maya prehispánica, no lo fue menos la de la época colonial, en la que sobresalían los objetos de platería –el prestigio de la platería guatemalteca era reconocido en todo el mundo hispánico– y la escultura religiosa.

Los grandes maestros españoles implantaron en Guatemala una escuela a la que fueron provechosamente receptivos los artistas autóctonos, continuadores de una milenaria tradición escultórica: el resultado fue la realización de tallas en madera policromada que están entre los más altos ejemplos del arte religioso. En *El país del quetzal* sobresalían varios, como el *Arcángel San Miguel* (Anónimo, siglo XVIII), el *Calvario* (Anónimo, mediados del siglo XVIII), el *San Miguel Arcángel* y el *San Gabriel Arcángel* (ambos anónimos y de finales del siglo XVII y principios del XVIII) y, sobre todo, el extraordinario *San Sebastián*, atribuido a Juan de Chávez (siglo XVIII), portadores admirables del esplendor barroco.

Así, desde las realizaciones de la civilización maya hasta las del tiempo de la dominación española, la exposición llevada a cabo por la SEACEX puso de manifiesto a Guatemala como territorio privilegiado de la creación artística.

BIBLIOTECA



Anónimo. Arcángel San Miguel, siglo XVIII. Casa Museo Santo Domingo, Antigua

América en los libros

La verdad de las mentiras, *Mario Vargas Llosa, Madrid, Alfaguara, 2002, 408 pp.*

Podríamos decir que el impulso de disfrutar con este libro es muy tentador porque reúne y discute lecturas que nunca nos han fallado, que hemos empezado a tomar como imprescindibles y que albergan en sus estratos más íntimos nuevos significados y la capacidad de que éstos germinen con el tiempo. Pese a circular por un campo de fuerzas de tal dinamismo, Vargas Llosa se esfuerza por imponer orden en una jurisdicción –la del lector– que admite la arbitrariedad, el capricho y la controversia. Y de algún modo, su primer y más dificil mérito es otorgar mayor puntuación a títulos que no necesitan pretextos para figurar en cualquier biblioteca. Sin entorpecer cláusulas ni razones privadas, ésa es la idea que cada página expresa en esta colección de ensayos, editada originalmente en 1990 y ahora disponible con diez nuevos artículos y no pocas enmiendas en aquellos que integraron la primera tirada. Ligados por su fecha de impresión y no por consanguinidad estilística, todos los relatos y novelas por los que el autor toma partido aparecieron en el siglo XX. Después de todo, muchos interlocutores de Vargas Llosa preferirán remitirse a un capítulo tan lozano de la historia literaria, pródiga y asiduamente confuso. Además, en esta esfera narrativa, el carácter del entusiasmo y las heridas puede comprenderse en relación con singularidades históricas muy recientes. También aquí resulta posible contextualizar el equívoco de la supuesta *mentira* literaria –precisamente el que da título al libro–, estudiando en contraposición a ese relato histórico en el cual no escasean los engaños y las exageraciones, y que en las sociedades cerradas acaba por impregnarse de ficción. De ahí que el autor observe cómo, en rigor, los fraudes de la literatura narrativa sirven para enunciar «verdades profundas e inquietantes que sólo de esta manera sesgada ven la luz». Y dado que las novelas mienten y no pueden hacer otra cosa, habrá que proteger un oculto prestigio: el de esa verdad que únicamente puede manifestarse «encubierta, disfrazada de lo que no es».

En el fondo, dicha constatación guía todo el plan de la obra. Si bien se mira, no es difícil compartir la divisa del tratadista, y es que las mentiras de la ficción nunca son gratuitas, pues llenan las insuficiencias de la vida, le sirven de sucedáneo pasajero, representan experiencias identificables con ella y además permiten apreciar loa aza-

res de la libertad. Otros informes lo vienen señalando desde hace tiempo, pero es probable que éste difunda mejor ese punto de vista tan saludable, sobre todo entre quienes no acostumbran a hojear ensayos de orden literario. De igual manera, habrá quienes, gracias a este libro, emprendan un fructífero repaso de *El corazón de la tinieblas, La muerte en Venecia o Dublineses*, cuya maravilla principal vemos de nuevo confirmada.

Además, para consolar a cuantos presienten el declive de la lectura, culmina el recorrido un texto sobre la relación de la obra literaria con la vida de su auditorio, en el cual se confirma que aquélla, a diferencia de la ciencia y de la técnica, fue y continuará siendo un denominador común del tráfago humano, idóneo para serenar las aflicciones y fomentar esa sensibilidad crítica que nos hace más aptos para resistir la desdicha.

En el bosque del espejo. Ensayos sobre las palabras y el mundo, *Alberto Manguel, versión española de Marcelo Cohen, Alianza Editorial, Madrid, 2001, 290 pp.*

Por el hecho de ser un instrumento cognoscitivo que permite la comprensión –siempre aproximada, tentativa– de nuestra realidad sensible, la literatura figura como una múltiple necesidad, en cuanto en ella se subsume una abstracción del universo y de los hechos que en éste alcanzamos a intuir. En dicha dependencia, la lectura se gradúa como un oficio y también como un proceso metamórfico, pues el leyente debe descifrar lo escrito por otro, admitir su equilibrio y, una vez aceptado que la literatura tiene esa consistencia de lo real, darle altura y alcance –esto es, impulso ilusorio– a lo leído.

De ello no hay duda: el cosmos se puede imaginar a través de los libros, ya cada lector sitúa los límites de sí mismo en los azares de su biblioteca. En el caso concreto de Alberto Manguel se podrá decir que esos azares dibujan el tema recurrente que atraviesa su obra, y que él mismo describe aludiendo a una expresión acuñada por Henry James, la *figura en el tapiz*, acá identificable con el modo en que la lectura se relaciona con el mundo, a veces tan engañoso y tornadizo como pueda serlo la ficción más dilatada. Por las cercanías de este pensamiento, ya explicó Lezama Lima por qué *Don Quijote* y la *Dorotea* son consecuencias de vivir la literatura, o acaso –era deber suyo– de literaturizar la vida.

En esta línea, la tarea del autor argentino-canadiense es asimilable a la de un leedor que profundiza su palabra en la cuidadosa continuidad de estudios y placeres, en la ocasión que le brinda cada página, aun en el caso de haberla repasado previa-

mente. Con razón señala que los libros se vuelven diferentes cada vez que los leemos, y reitera que todas las lecturas verdaderas son subversivas, esto es, van a contrapelo. Quizá por ello Manguel busca la penetración de su análisis en detalles originales, excitantes, ingeniosos, vistos con sosiego y amenidad. Resulta así que construye un itinerario hetereogéneo pero enlazado en lo substancial de su pensar. Detalla, por ejemplo, los sinsabores amorosos de Borges, quien «hubiera deseado una reunión sentimental sencilla, sin complicaciones, pero el destino lo encaminó hacia relaciones que parecían urdidas por Henry James». Con igual perspectiva, sugiere las virtudes por que serán recordados el Che, Cortázar, Vargas Llosa, Cynthia Ozick o Chesterton, y en todos ellos advierte la secuencia de cambios y contrapuntos –la metamorfosis, no necesariamente biológica– que asimismo simboliza la historia de Eros y Psique, tomada como metáfora de más vastos alcances, pues tanto al leer como al hacer el amor «deberíamos perdernos en el otro, en el cual nos transformamos: el lector en escritor y éste en lector a su vez».

Al decir de Manguel, tanto el acto erótico como el acto de leer tendrían que ser anónimos y, sin embargo, queda explicado cómo le sientan bien al cambio del milenio imágenes discordantes, que hablan del fin del libro del tiempo: «Lectura automatizada que no necesita lectores; el acto de leer en manos de anacrónicos chiflados que consideran los libros como espacios para el diálogo; libros transformados en recuerdos que se transportan hasta que la mente cede y el espíritu flaquea».

Con todo, si bien el texto añade notas de pensamiento en torno al proceso editorial, cuyos filtros e intervenciones sobre cada manuscrito se van multiplicando –es la escala de matices que parece afirmar el mercado–, esto no inhibe a su autor de fijar un rasgo ético: «Se trate de combatir ratas o dictadores, en su papel de espías de Dios los escritores pueden suscitar indómitas formas de justicia». Acá bastaría con añadir, hegelianamente, que lo decisivo es cómo ese hábito de lo ético acierta a convertirse en una segunda naturaleza.

El enigma argentino (descifrado para españoles), *Horacio Vázquez-Rial, Barcelona, Ediciones B, 2002, 262 pp.*

El ensayo de Horacio Vázquez-Rial (Buenos Aires, 1947) es, según veremos, una excelente aproximación a esa realidad argentina que hoy nutre las cabeceras periodísticas y las conversaciones privadas. Una realidad desgraciada, en donde cumple investigar los gérmenes de la ruina. Toda conjetura es lícita,

pero acaso no exagere el autor como consideración previa que la Argentina puede desaparecer en cualquier momento. Al cabo, en su baldío empeño de reinventar la economía local, los dirigentes del país acaban autorizando nuevos y más firmes datos para el pesimismo. La opción fiable reside, por consiguiente, en proyectos de refundación y regeneración, como ese Movimiento por la Segunda República Argentina que Vázquez-Rial cita entre las soluciones más sensatas, pero que asimismo requieren más esperanza y también más paciencia. Mientras tanto, a la hora de asumir los síntomas de inviabilidad social, surge lo que él denomina una épica de la frustración, acorde con el sentimiento de fracaso por no haber aprovechado las innumerables posibilidades que, al menos en el plano teórico, debieran beneficiar a los argentinos. Así es la naturaleza humana cuando los tiempos abandonan su buen cauce. Al final, la diagnosis se vuelve confidencia. Quiere esto decir que el autor explora con lucidez todos los factores que concurren en este fatal determinismo, y descubre entre ellos el hecho de que Argentina «imagina media docena de pasados distintos, ninguno de los cuales coincide siquiera mínimamente con los hechos, como se demuestra cuando los lectores van a votar a Perón y a Evita sin importarles que estén muertos». Agrandando las dimensiones del panteón, aparecen además dos lápidas: la de los grandes hombres muertos en el exilio y la de los desaparecidos, cuya búsqueda nos de indicios de otras patologías personales y políticas. En definitiva, cada quien afronta su zozobra doblado por el peso de la memoria.

Al trasluz de este velo mortuorio, la reflexión se agita en oscuro mar de fondo, y nos conduce hacia esas áreas perdidas, marginales, donde el progreso deja de expresarse. Lugares de la miseria, cuya población delata un problema social que hunde sus raíces en el siglo XIX. Y es que,según detalla Vázquez-Rial, fue erróneo llevar hasta la Argentina más mano de obra de la que resultaba necesaria. En contraste con ese aluvión migratorio –imprescindible para imaginar la nación– se sitúa el tránsito en sentido inverso. Con certera pincelada, el ensayista explica las consecuencias de que 2.125.000 compatriotas intenten reconstruir sus identidades en el exterior. A la hora de compendiar la historia reciente, el libro abunda en argumentos inapelables. Tomemos algunos ejemplos: cuando Perón lanzó la consigna «alpargatas sí, libros no», fracturó en dos a la sociedad argentina. De hecho, a partir de 1945, el peronismo tomó el lugar que correspondía a la izquierda tradicional. Por otro lado, desde Videla hasta De la Rúa, existe una continuidad en la casta dirigente, lo cual confirma el

mayoritario colaboracionismo de los actuales políticos con los antiguos represores. Vista en una perspectiva que va más allá de sus atrocidades más divulgadas, cabe definir la dictadura argentina como un proyecto delictivo que hizo estragos en la economía nacional, y cual se vincularon cómplices internacionales que aún siguen obteniendo rentas del latrocinio.

En todo caso, aunque no hay lemas que valgan para discernir quiénes abrieron el foso, la simplificación resulta muy tentadora. Uno de estos desahogos es mencionado por Vázquez-Rial a propósito de aquella dictadura: «Pese a que el presidente Carter decretó el embargo comercial sobre Argentina por las reiteradas violaciones de los derechos humanos, y la Unión Soviética se esmeró por convertirse, y se convirtió, en el principal cliente exterior del país, los Montoneros (...) siguieron agitando el fantasma del imperialismo yanqui». Acaso, como dijo Tomás Eloy Martínez por boca de uno de los personajes de *Santa Evita*, a un olvido hay que oponerle muchas memorias, a una historia real hay que descubrirla con historias falsas.

Hondura y claridad de estilo son las virtudes predominantes de este ensayo, que en cada uno de sus apartados traspasa el límite en el cual una pesquisa periodística deja de ser coyuntural y admite el rango de las interpretaciones históricas más afinadas.

Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad, *Néstor García Canclini, Barcelona, Paidós, 2001, 346 pp.*

Cuando Néstor García Canclini publicó hace una década la primera versión de su análisis, ya era evidente para él que los medios masivos, y en buena medida los estudios culturales, construyen una noción de lo popular que refleja la lógica plebiscitaria del mercado. De acuerdo con ese juicio, resulta explicable que, por vía de la estadística comercial, el rasgo afecte exclusivamente a aquello que es vendido en grado superlativo. Es más: ni el mercado ni los medios se atienen a lo popular como una tradición que permanece y es descifrada por la nuevas generaciones. Fruto de una consciente asunción del negocio global, la popularidad se explica como un índice y no como un legado. En esa línea, otro de los interrogantes que dominan las páginas de esta monografía, hoy actualizada, viene a ser planteado por el autor en los términos siguientes: ¿cómo se concilia expansión del mercado capitalista con la tendencia a formar públicos especializados en ámbitos restringidos? Por esa vía, hay un dato objetivo en el ensayo, y es que en las modernas sociedades democráticas el consumo constituye un plano esencial para fijar y notificar las diferencias.

Ya en este recodo de sus análisis, explica García Canclini por

qué los promotores de la modernidad sienten una creciente simpatía por referencias del pasado, como el arte premoderno y el popular. Incluso a la hora de fraguar símbolos de la identidad nacional, las vanguardias han mostrado este apego, en modo alguno ajeno a esa *hibridación* que el autor define con claridad. Se trata aquí de procesos socioculturales en los que «estructuras o prácticas discretas, que exixtían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas». Para hacer inteligible semejante diversidad, el analista añade a la taxonomía de hibridaciones e intermedios tradicionales –mestizaje, sincretismo, creolización– dos nuevas recetas, fruto del impulso globalizador antes citado, que uniformiza esta red de traduciones: la *neohispanoamericación* de América, propiciada por el ingreso de empresas españolas en un mercado emergente como el latinoamericano, y la *fusión interamericana*, o dicho de otro modo: la norteamericanización de esos mismos países. Todo lo cual es materia etnológica, en su grado más revelador, y también política, pues hablamos de poder y, como señala el autor, se trata de observar qué consecuencias tiene «pasar de una concepción vertical y bipolar a otra descentrada, multideterminada, de las relaciones sociopolíticas».

De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano, *Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coordinadores), Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Consejería de las Artes de la Comunidad e Madrid, 2001, 391 pp.*

El modo en que los exiliados revitalizaron el mundo académico mexicano constituye, sin lugar a dudas, una admirable hazaña intelectual, y por ello sorprende la penumbra bibliográfica que domina su análisis, sobre todo en lo que concierne a la comunidad científica beneficiada por el régimen cardenista. Frente a este silencio de incomprensible carácter, el volumen coordinado por Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio propone una serie de aproximaciones, a cual más sugerente y documentada, en torno a los trasterrados españoles que pudieron prolongar su tarea en las aulas y laboratorios mexicanos.

El éxodo fue complejo, y hay que observarlo contextualmente. Tomás Pérez Vejo recorre la mitología referencial a la que tuvieron que acercarse los refugiados, y sus aportes a este repertorio simbólico, tan cargado de sobreentendidos, oscilante entre la hispanofobia y la hispanofilia. Una vez en materia, Miguel Ángel Puig-Samper Mulero conmemora el exilio científico especificando los avatares de *Ciencia*, una revista cuyo primer número apare-

ció el 1 de marzo de 1940. Los personajes que importan en su destino fueron Ignacio Bolívar Urrutia, quien fuera cabeza visible del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, y tres redactores destacados bajo la dirección de aquél, Cándido Bolívar Peiltain, Isaac Costero y Francisco Giral. También habla de Bolívar Urrutia el texto de Susana Pinar, quien asimismo esclarece, en todos sus extremos, la proyección mexicana de genetistas como Antonio de Zulueta y Bibiano Fernández Osorio-Tafall. Son modélicos a este respecto Odón, Rafael y Fernando de Buen, miembros de una ilustre saga de oceanógrafos que protagoniza el escrito de Salvador Sánchez Carrillo. Y otro tanto ocurre con un prehistoriador, Pedro Bosch-Gimpera, cuya herencia académica homenajea José Manuel Quesada López. Tales personalidades, como bien puede comprenderse, tomaron prestados los recursos académicos locales, y no es casual que prestasen servicio como profesores en centros de importancia, en los que introdujeron no pocas innovaciones. Tenemos así que, cohesionadas en torno al modelo educativo de la Intitución Libre de Enseñanza y la Junta de Ampliación de Estudios, algunas instituciones de sello ibérico probaron su eficacia –y por qué no decirlo: su afirmación utópica– en tierra mexicana. A través de Beatriz Morán Gortari, es posible medir los méritos del Instituto Luis Vives, el Instituto Hispano-Mexicno Ruiz de Alarcón, la Academia Hispano-Mexicana y el Colegio Madrid. En paralelo, Silvia Figueroa, Agustín Sánchez Andrés y Gerardo Sánchez Díaz evalúan otros dos planes docentes, esta vez llevados a efecto en Morelia, capital del Estado de Michoacán: la Universidad de Primavera Vasco de Quiroga y la Escuela España-México, modelo esta última de la política educativa cardenista.

Más allá del ordenamiento científico y de su balance, Enrique Baena culmina el estudio concentrándose en la mitología cultural y poética del refugiado. Destaca así el articulista cómo los transterrados, al tiempo que ceñían vínculos entre ambos países, no mostraron vacilación a la hora de conservar y enriquecer el legado intelectual de aquella España que un día debieron abandonar por la fuerza. En verdad, hubo en ellos un sustantivo apasionado y trascendente, clave para fijar su identidad colectiva.

Guzmán Urrero Peña

El fondo de la maleta

Ortega, una vez más

Insisten las biografías de Ortega y Gasset en los recientes tiempos. A ellas se suma la debida a Javier Zamora Bonilla: *Ortega y Gasset* (Plaza y Janés, Barcelona, 2002, 652 páginas). El autor ha querido hacer, estrictamente, un relato de vida curricular, pública, intelectual. Las noticias íntimas han sido eliminadas y las privadas, reducidas al mínimo indispensable. Parecería que, de esta manera, el personaje se esfuma. Pero no es así. Zamora Bonilla, paciente y ordenado lector de los textos orteguianos (éditos, inéditos, entrevistas, cartas, periodismo, discursos) ha conseguido construir al Ortega de todos en calidad de persona tal como Ortega mismo cancebía a la persona: un proceso contradictorio que se comparte con otros procesos contradictorios igualmente personales, en un tiempo y un espacio determinados.

Tal vez la contradicción que cabe insistir en calificar de personal, sea la que enfrentó al filósofo con el político. El primero se ocupa de lo intemporal, se ensimisma, busca la exactitud y vive en la incertidumbre que supone la búsqueda de la verdad. El segundo ha de resolver problemas fechados, suscitados por hombres concretos, se desvive y altera constantemente, debe determinarse como si todo lo que hace fuera verdadero, entramado en la inexacta realidad de cada día.

En términos intelectuales, el conflicto se da entre razón y vida, entre la escisión que impone el acto de pensar y la unidad indiscernible que es la vida misma, la de cada cual, en la plebe de los minutos que gustaba de esbozar Ortega. Si hay una razón vital, si la medida de lo racional puede conciliarse con el flujo indefinido de lo vital, si la partición del juicio es compatible con lo único que es lo vivo, todo ello sólo puede darse en el escenario de la historia: el tiempo común de quienes son con los demás, escuchan a los demás e intentan entender lo que dicen y hacerse entender a sí mismos y por los otros.

A menudo se retrata a Ortega como paseante entre nubes, perdido en altas abstracciones que nada tienen que ver con la vida concreta de sus semejantes, en especial durante la dramática experiencia española que va de la Restauración a la posguerra civil. Zamora Bonilla, en cambio, lo describe «metiendo el pan en todas las salsas», fascinando por eso que decía repelerlo, la concreta cotidianeidad de la vida política. Y, en esa medida, es notable encontar en las propuestas de Orte-

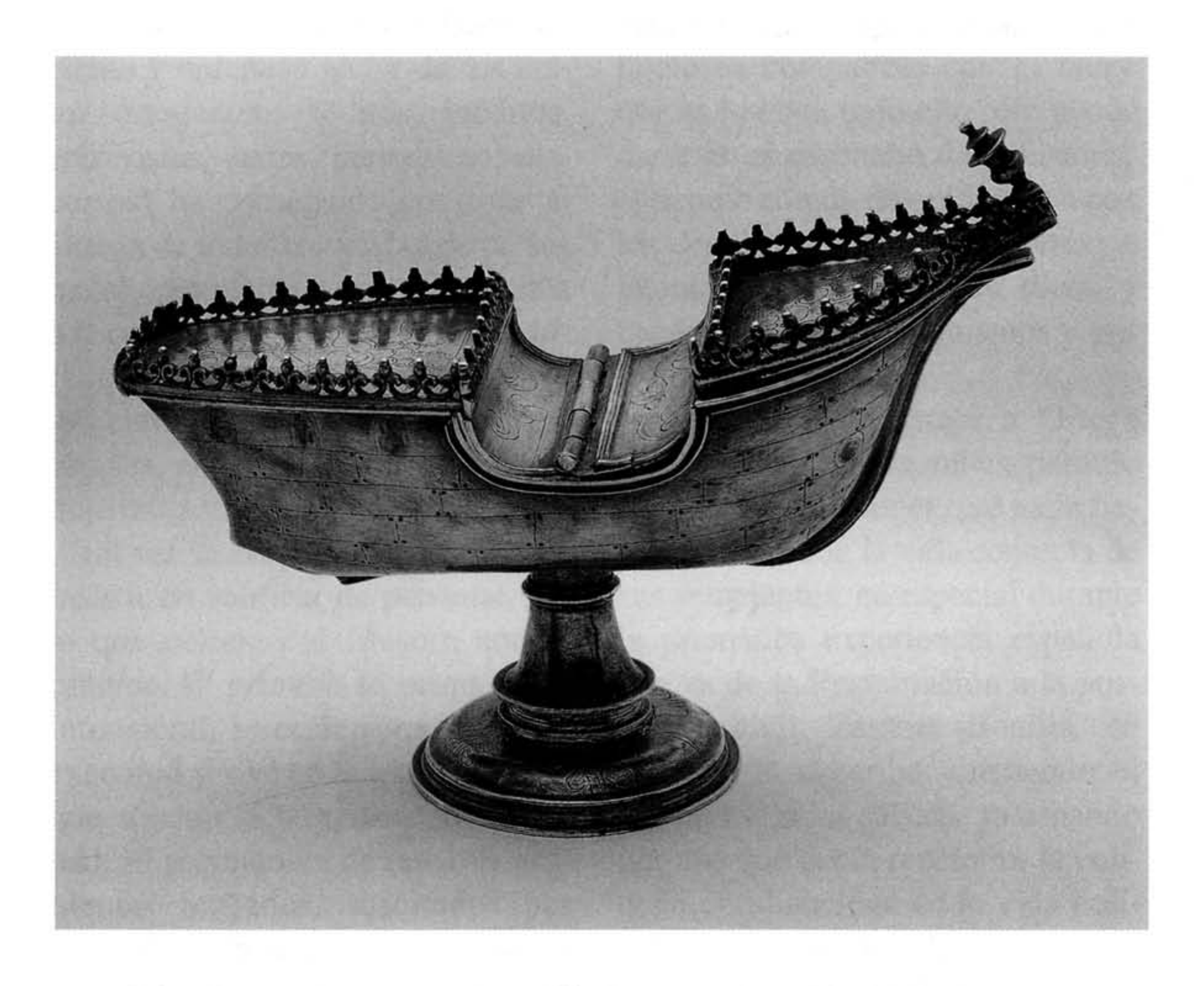
ga unas cuantas premoniciones de la vida española actual. Cómo vertebrar un país invertebrado, una sociedad sin burguesía moderna, sin élites eficaces, con masas desnortadas y proclives a la exaltación belicosa.

España estaba desarticulada por su dispersión rural y la agresividad de sus nacionalismos, los particularismos que vivían sin tener en cuenta a los otros, así como España, el Tibet de Europa, no tenía en cuenta sus espacios exteriores. La clave estaba en urbanizar el país, organizar sus regiones (las actuales autonomías) potenciando el desarrollo de sus ciudades capitales. Urbanizar es alfabetizar, difundir ciencias y técnicas, aumentar el flujo de las comunicaciones, secularizar la vida, despojándola de fanatismos religiosos. De alguna manera, con ciertas lamentables excepciones, la España de hoy en la Europa de hoy, una asociación de naciones sometidas a una normativa supranacional.

Ortega intentó, con sostenida pasión, elaborar un pensamiento laico, el pensamiento humano que puede salir de sí porque parte de sí mismo. Por ello lo censuraron las ortodoxias, tanto la clerical como la bolchevique. En esto también sigue siendo nuestro contemporáneo: pensar es liberarse responsablemente.

Colaboradores

CARLOS ALFIERI: Periodista y crítico literario argentino (Madrid).
ISABEL DE ARMAS: Crítica literaria y ensayista española (Madrid).
RAFAEL NARBONA: Crítico literario español (Madrid)
PABLO ROCCA: Crítico literario uruguayo (Montevideo)
REINA ROFFÉ: Escritora argentina (Madrid)
GUZMÁN URRERO PEÑA: Periodista y crítico español (Madrid).



Diego Montero. Naveta, ca. 1575-1580. Museo Popol Vuh, Ciudad de Guatemala

ÍNDICES DEL AÑO 2002*

AUTORES

A

B

* *Ver complemento en el próximo número.*

C

D

E

F

G

I

J

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

W

D

E

F

G

H

J

L

M

N

O

P

R

S

T

U

V

W

Y

Z

ANTROPOLOGÍA

ARQUITECTURA

ARTES VISUALES

CINE

FILOSOFÍA

HISTORIA DE AMÉRICA

LITERATURA NORTEAMERICANA

PERIODISMO

POLITICA

RADIODIFUSION

TEATRO

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

LOS DOSSIERS

559 Vicente Aleixandre
560 Modernismo y fin de siglo
561 La crítica de arte
562 Marcel Proust
563 Severo Sarduy
564 El libro español
565/66 José Bianco
567 Josep Pla
568 Imagen y letra
569 Aspectos del psicoanálisis
570 Español/Portugués
571 Stéphane Mallarmé
572 El mercado del arte
573 La ciudad española actual
574 Mario Vargas Llosa
575 José Luis Cuevas
576 La traducción
577/78 El 98 visto desde América
579 La narrativa española actual
580 Felipe II y su tiempo
581 El fútbol y las artes
582 Pensamiento político español
583 El coleccionismo
584 Las bibliotecas públicas
585 Cien años de Borges
586 Humboldt en América
587 Toros y letras
588 Poesía hispanoamericana
589/90 Eugenio d'Ors
591 El diseño en España
592 El teatro español contemporáneo
593 El cine español actual
594 El breve siglo XX
595 Escritores en Barcelona
596 Inteligencia artificial y realidad virtual
597 Religiones populares americanas
598 Machado de Assis
599 Literatura gallega actual
600 José Ángel Valente
601/2 Aspectos de la cultura brasileña
603 Luis Buñuel
604 Narrativa hispanoamericana en España
605 Carlos V
606 Eça de Queiroz
607 William Blake
608 Arte conceptual en España
609 Juan Benet y Bioy Casares
610 Aspectos de la cultura colombiana
611 Literatura catalana actual
612 La televisión
613/14 Leopoldo Alas «Clarín»
615 Cuba: independencia y enmienda
616 Aspectos de la cultura venezolana
617 Memorias de infancia y juventud
618 Revistas culturales en español

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Boletín de suscripción

Don ....

con residencia en ....

calle de ...., núm. .... se suscribe a la

Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de ....

a partir del número ...., cuyo importe de .... se compromete

a pagar mediante talón bancario a nombre de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

.... de .... de 2002

El suscriptor

Remítase la Revista a la siguiente dirección ....

....

Precios de suscripción

		Euros	
España	Un año (doce números)	52 €	
	Ejemplar suelto	5 €	
		Correo ordinario	*Correo aéreo*
Europa	Un año	109 €	151 €
	Ejemplar suelto	10 €	13 €
Iberoamérica	Un año	90 $	150 $
	Ejemplar suelto	8,5 $	14 $
USA	Un año	100 $	170 $
	Ejemplar suelto	9 $	15 $
Asia	Un año	105 $	200 $
	Ejemplar suelto	9,5 $	16 $

Pedidos y correspondencia:
Administración de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS
Instituto de Cooperación Iberoamericana
Avda. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria
28040 MADRID. España, Teléfono 583 83 96

Próximamente:

Dossiers sobre

Aspectos de la cultura uruguaya

Jorge Amado

Manuel Puig

Karl Popper

Alejandro Rossi

Elías Canetti

Pensamiento religioso hispanoamericano









5 euros